



El
chico
de mi vida

JANA ASTON

SERIE LOS CHICOS 3

CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Agradecimientos

Serie Los chicos 1

Serie Los chicos 2

Serie Los chicos 2.5

Sobre la autora

EL CHICO DE MI VIDA

Jana Aston

Serie Los chicos 3

Traducción de Olga Hernández para

Principal Chic



EL CHICO DE MI VIDA

V.1: Enero, 2018

Título original: *Trust*

© Jana Aston, 2016

© de la traducción, Olga Hernández, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen: kiui克森 / Shutterstock

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-07-2

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

EL CHICO DE MI VIDA

Toc, toc. ¿Quién es?

El chico de tu vida.

Chloe tiene veintidós años, es profesora y muy tímida. Cuando se pone nerviosa con un chico, cuenta chistes malos. Compulsivamente.

Boyd trabaja para el FBI y necesita que una chica se haga pasar por su novia en una boda. ¿Convencerá a la joven e inocente Chloe para que sea su cita y pasen un fin de semana juntos?

**Después de *El chico de una noche*,
concluye la serie de éxito de Jana Aston**

«Jana Aston no deja de sorprenderme con las historias de amor más ingeniosas e inesperadas. Estoy asombrada.»

Audrey Carlan, autora de *Calendar Girl*

«Menudo final tan dulce y divertido para esta serie. Jana Aston es la nueva reina de la comedia romántica.»

After Dark Book Lovers

A Chelcie, por creer en sí misma

Capítulo 1

Chloe

—**M**íranos. Somos unas pijas. —Everly busca a la camarera—. Querida, ¿serías tan amable de traerme un té? ¿Aquí sirven el té como es debido, con una tacita y un platillo? —Everly pestañea a la camarera con total sinceridad mientras la pobre mujer sonríe educadamente y contesta que solo tienen tazas normales. Las cuatro, Sophie, Sandra, Everly y yo, hemos quedado para comer en el restaurante italiano situado en el edificio donde vive Sophie. Acabamos de sentarnos, por lo que aún no estoy segura de por qué Everly habla con el peor acento británico que he oído jamás.

—Tráele un té helado en un vaso normal, por favor —intervengo en nombre de Everly y sonrío a la camarera, quien acepta encantada mi petición y se aleja rápido. Hace calor dentro del restaurante, así que me quito el jersey que me puse antes de salir de casa. Es casi imposible predecir cómo será el tiempo en octubre, por eso es mejor estar preparada.

—Chinchín, Chloe. Gracias por pedir por mí.

—¿Por qué narices eres británica de repente? —Bajo la carta para mirarla.

—Está practicando —explica Sandra—. Sawyer se la lleva a Londres por un viaje de negocios.

—No creo que nadie hable así en Londres —replico secamente.

—Puede que sí, queridas, puede que sí. —Everly mira esperanzada a toda la mesa mientras Sandra, Sophie y yo la observamos sin convicción—. ¿A que

estoy mejorando, chicas?

—Quizás deberías practicar un poco más —sugiere Sophie—. O mejor te compras un sombrero. Los sombreros se llevan mucho en el Reino Unido, ¿no?

—Madre mía, ¡voy a comprarme un tocado! —Everly deja de hablar con ese acento y la cara se le ilumina mientras agita las manos a su alrededor, emocionada.

—Ya estamos —murmuro—. Gracias, Sophie.

—¿Creéis que podría comprármelo por internet? ¿O mejor espero hasta llegar allí? —Los ojos de Everly se abren mucho—. ¿Pensáis que me quedaría bien una pluma?

—Definitivamente, deberías esperar —responde Sophie, que deja la carta en la mesa—. Rotundamente no a lo de la pluma. Ahora, elige algo de comer. Me muero de hambre. Y como pidas *fish and chips* en un restaurante italiano, te doy un puñetazo en la cara.

—Alguien está un poco gruñona —se queja Everly tras chascar la lengua.

—No estoy gruñona, sino embarazada. Muy embarazada. Llevo un año embarazada. Ya sé que son nueve meses y tal, pero ¿sabéis lo que son nueve meses de gestación? Ya os lo digo yo, un siglo. Tengo los tobillos hinchados, las tetas enormes, la espalda me duele y estoy lo suficientemente gorda como para estar criando una camada; pero no, mi médico y mi marido insisten en que solo hay un bebé ahí dentro. —Termina de quejarse mientras se señala al estómago—. ¡Uno!

Todas dejamos de ojear la carta para mirar a Sophie. En realidad, es adorable. El embarazo le sienta bien, aunque ella no lo crea. Es cierto que tiene una barriga enorme (saldrá de cuentas en menos de dos semanas) pero parece que tenga un balón de baloncesto bajo la camisa. Toda ella es extremidades y una única protuberancia.

—Hablando de eso —Everly señala la barriga de Sophie con una mano—, ¿cómo es el sexo con eso? —La pregunta va dirigida a Sophie, pero Sandra se ruboriza y yo gruño.

Sophie ni siquiera pestañea. Por lo visto, gestar un humano reduce el umbral de vergüenza.

—Siempre estoy cachonda —se lamenta en un susurro—. Constantemente. Luke dice que son las hormonas y que es normal, pero yo no opino que sea normal. Creo que soy una embarazada perversa.

—Entonces... —Everly la mira seria; se alisa el cabello oscuro sobre los

hombros y se acerca—. ¿A cuatro patas?

Sandra y yo nos miramos, luego observamos a Sophie. Vale, tengo curiosidad. Ese bulto es enorme.

—Hubo un tiempo en el que sí, pero las tetas me han crecido tanto que me duele cuando rebotan. Por lo que ahora lo monto y hago que me agarre las tetas con las manos.

Ah. Vale.

—Pues yo no pienso tener hijos —proclama Everly mirando el bulto de Sophie con recelo—, pero puede que monte a Sawyer cuando llegue a casa.

—Tienes un hijo —le recuerdo.

—Ya lo sé, Chloe —replica, agitando una mano delante de mí para restar importancia al asunto—. Y Jake es el niño más perfecto que nadie podría desear. Pero nació caminando, hablando y yendo al baño él solo. —Vuelve a mirar el bulto gigantesco de Sophie con auténtica preocupación en los ojos—. Me pregunto si Sawyer tiene alguna otra mamá secreta con un bebé por ahí —dice esperanzada, como solo ella puede hacer—. Una niña pequeña sería superdivertido, siempre y cuando no tuviera que expulsarla de mi vagina.

Sophie es la primera de nosotras en tener un hijo, aunque Everly tenga un niño de cinco años, Jake. Todo está ocurriendo muy rápido. Bueno, al menos, para mis amigas. Sophie conoció a Luke el otoño pasado, durante nuestro último curso en la Universidad de Pensilvania. Ya estaba embarazada y casada antes de la graduación. Everly conoció a Sawyer el día de Acción de Gracias y se casaron en verano. El hijo de Sawyer, de una relación anterior, vive con ellos a tiempo completo, y Everly se adaptó a su maternidad sorpresa mejor de lo que nadie se habría esperado. Ahora trabaja en una serie de libros infantiles sobre familias reconstituidas. Raro, lo sé. Siempre había asumido que escribiría porno. Y luego está Sandra. Es unos años mayor que las demás. Sandra trabaja para el marido de Everly y enseguida pasó a ser parte de nuestro círculo de amigas, o escuadrón, como sea que Everly prefiera que lo llamemos. Sandra empezó a salir con Gabe a principios de año y en verano ya vivía con él.

Solo faltó yo.

Chloe Scott. La tercera en discordia, o séptima en discordia en este caso.

No es que no lo haya intentado. Lo he hecho. Es que soy muy torpe y rara. Además, salir con tíos no es fácil.

Me han dejado plantada. Me han enviado fotos de pollas sin siquiera pedir las... más fotos de pollas de las que podría contar. A ver, ¿de qué va eso?

¿Por qué parece una buena idea? Borré la primera, pensando que era algún chiflado. Después de la tercera, revisé mi perfil de citas en internet, preguntándome si, de algún modo, había marcado una casilla donde solicitara fotos de penes. Ni siquiera encontré ninguna opción para eso.

Una vez, un tío se olvidó de mi nombre... en mitad de nuestra cita. Justo el mes pasado salí con un tío que me preguntó si quería follar antes de la cena. No es broma. Quedé con él a las siete fuera del restaurante y mencionó que había reservado para las nueve. Estaba confusa, pero sonreí, pensando que se habría olvidado de hacer la reserva y que por eso ahora teníamos que esperar hasta las nueve. No era importante. Pero no. Me dijo que vivía a la vuelta de la esquina y que pensaba que podríamos ir a su casa antes de cenar. Porque, y cito textualmente: «No es bueno follar con el estómago lleno».

Lo había conocido por internet unas semanas antes, después de haberme apuntado en una web de citas con la intención de cumplir mi lista de persona adulta:

Graduarme con honores.

Conseguir un puesto de maestra a jornada completa.

Buscarme un piso.

Aprender a salir con un tío.

Me había sentido cómoda con él. Había disfrutado de nuestras charlas por internet y, más tarde, por teléfono; además, era uno de los pocos que no me habían enviado una foto de su polla. De modo que, cuando me preguntó si quería salir a cenar con él, acepté enseguida.

Entonces hizo el comentario sobre follar con el estómago lleno. Estuve a punto de hacer una broma sarcástica, porque pensaba que bromeaba, pero continuó hablando:

—Aquí hacen un filete genial, pero no puedo comer carne roja antes de follar, así que he pensado que podríamos hacerlo antes de cenar, en lugar de después.

En serio.

Estuve a punto de sufrir un infarto, porque con mi experiencia limitada no sé qué puedo contestar a algo así; aparte de, evidentemente: «No, gracias». Pero detesto rechazar a la gente. Lo detesto. Doy clases a segundo de primaria. Lo mío es la amabilidad y la inclusión, no herir los sentimientos. Lo cual es

estúpido, lo sé. Un mal comportamiento no merece una recompensa. Eso es lo que le digo a mi clase: «Sed amables. Tratad a vuestros compañeros y compañeras como amigos. Elogiaos unos a otros. Si sabéis algo, compartidlo. Si podéis ayudar a alguien, prestadle vuestra ayuda». Cuando lo hacen, ganan monedas especiales que pueden intercambiar por premios especiales en mi tienda de la clase. Cuando no se portan bien con algún compañero, pierden una moneda.

Pero esas reglas no se aplican a estas situaciones. De modo que, aunque quería pedirle a mi cita que me diera sus monedas, no estoy segura de que hubiera funcionado... ni de que hubiera enviado el mensaje que pretendía enviar. Pero no me iba a abrir de piernas para no herir sus sentimientos. Por lo que le dejé claro que no me acostaría con él en la primera cita. Ya lo probé una vez, en la universidad; el tío ni se acordaba de haberse acostado conmigo al día siguiente... o fingía que no se acordaba. Ninguna de las dos opciones era ideal para mi autoestima.

De modo que decliné su oferta de mantener relaciones sexuales antes de la cena y él se negó a llevarme a cenar. Se marchó, yo me fui a casa y cené fideos orientales. Lo que está bien, no es una tragedia. Los fideos orientales están deliciosos.

Ya estuve en una página web de citas una vez. Everly, mi compañera de habitación en la universidad, me apuntó sin avisarme. Por lo visto, había muchos hombres interesados en mí en base a un perfil que yo no había rellenado y en conversaciones que no había mantenido. Mi mejor amiga haciéndose pasar por mí era muy popular. Más tarde, intenté convencerme de que, prácticamente, era como si yo fuera popular, pero no me lo tragué. Consiguió que asistiera a una cita porque me engañó y me dijo que era una clase particular. ¿Cómo consiguió que el tío quedara conmigo en una biblioteca de la universidad? Nunca lo sabré. Tardé veinte minutos en darme cuenta de que no necesitaba clases de inglés de primero; de hecho, se había graduado en ingeniería hacía cuatro años. Tardé otros cinco minutos en explicarle que yo no era la chica con la que había hablado por internet y me disculpé por la interferencia bienintencionada de mi compañera de habitación.

No me interesaban las actividades de casamentera de Everly. La universidad estaba para estudiar, para prepararme para el futuro. Además, Everly se deja llevar por el corazón, no por la cabeza, ¿y de qué le ha servido eso a nadie? A ver, sí, se casó con un multimillonario que está locamente enamorado de ella... Vale, no importa, mi teoría es una basura. Pero yo no soy Everly. Hacer las

cosas por instinto y dejarse llevar por el corazón funciona para chicas como ella, pero no para chicas como yo. A los hombres les atrae Everly. Yo emito señales de advertencia que dicen: «Demasiado trabajo».

De todos modos, no necesito un hombre, ni nada de eso. Puede que desee un hombre, pero no lo necesito. Puedo cuidar de mí misma perfectamente. No necesito que nadie me salve ni me arregle la vida. Eso es totalmente absurdo. No necesito flores, ni mariposas. Para nada.

Me gradué en mayo, me mudé a mi propio piso en junio y empecé trabajar como maestra de segundo de primaria en agosto. Estoy clavando todos los aspectos de mi vida.

Pero...

Pero las citas siguen siendo igual de difíciles que en el instituto. Y que en la universidad. Es decir, no se me dan muy bien. Una cita consiste básicamente en hablar tres horas con un desconocido, lo cual es estúpido, ¿verdad? No me hace mucha gracia. A ver, ¿a quién le hace gracia? ¿A quién? ¿Quiénes son esas personas? Es raro. Las citas son raras.

Y por más que no necesite un hombre, estaría bien tener uno. Pero mejoraré en lo de las citas, lo haré. La práctica hace al maestro, ¿no? Eso es lo que le digo a mis alumnos. Aprenden algo nuevo cada semana, y no siempre es fácil. Algunas clases son más complicadas que otras.

Algunos niños aprenden a un ritmo distinto que los demás, y no pasa nada. Y a mí las citas no se me dan tan bien como a mis amigas. Ya le pillaré el truco a ese arte. Tarde o temprano.

La camarera regresa y nos toma nota y, en cuanto se marcha, Everly me dirige la atención.

—Bueno, ¿y qué tal esas citas? —pregunta—. ¿Has recibido otra FDP?

—¿Qué es una FDP? —pregunto, confusa.

—Foto de polla —responde, y asiente con la cabeza cuando todas nos quedamos mirándola.

—¿Así es como se las llama ahora? —pregunta Sophie mientras se frota un lado de su protuberancia con una mueca en la cara.

—Todavía no —contesta Everly, girando la pajilla dentro de su vaso—. Pero estoy intentando que cuaje. Es algo más refinado que «foto de polla», ¿no os parece? —Le da un sorbo a su té helado y luego deja el vaso en la mesa, con las cejas alzadas mientras todas la observamos—. ¿Qué?

—¿Cómo pretendes conseguir que cuaje, exactamente?

—Me alegra que me lo preguntes, Chloe. La cosa es que estoy casada, así que ya nadie me manda FDP —comenta.

—Ya —respondo—. Espero que no.

—Pero tú, amiga mía, sigues teniendo citas, así que he pensado que podrías...

—No —la interrumpo—. No. Deja de hablar.

—Lo único que tienes que hacer —prosigue de todas formas— es responder a las fotos de pollas que recibes y poner «excelente FDP»; o, incluso, «excelente FDP xD».

—No, de eso nada. No voy a impulsar el envío de fotos de pollas para que puedas acuñar un término nuevo. No.

—Vale, no hay problema —acepta, encogiéndose de hombros. Guarda silencio tres segundos exactos antes de volver a abrir la boca—. ¿Y qué tal esto?: «¿Por qué me envías una FDP?». De este modo, mandas el mensaje con el término que intentamos promocionar, pero sin impulsar el envío de dichas fotos.

Me meto el tenedor con pasta en la boca, clavo la mirada en Everly y niego con la cabeza.

—Pues yo pienso que es pegadizo.

—¿Por qué los hombres hacen eso? —pregunto mirando a toda la mesa con incredulidad—. ¿Sabéis cuántas fotos de pollas...?

—¡FDP! —interrumpe Everly.

—¿Cuántas FDP me mandan tras intercambiar dos palabras? Dicen, «eh», yo respondo «hola», y lo siguiente que mandan es una foto de sus pollas. Qué raro todo.

—Quieren demostrar que tienen polla, evidentemente. Por si te preocupaba que fueran eunucos. —Everly hace este comentario con calma, como si fuera una explicación razonable, mientras que las demás la miramos fijamente—. Es gracioso, a mí sí que me preocupaba que Sawyer fuera un eunuco, porque me hizo esperar casi toda la noche para acostarse conmigo en nuestra primera cita.

Todas nos la quedamos mirando en silencio.

—¿Qué? No lo es. O sea, para nada... si sabéis a lo que me refiero. Es lo contrario de...

—Lo hemos pillado, Everly. Gracias.

—De todos modos —continúa Everly con su historia—, muchos hombres reemplazan su polla en esas fotos, así que la única forma de comprobarlo es en persona.

—¿Qué? —pregunto, ladeando la cabeza en su dirección, confusa.

—Ya sabes, mandan la foto de una polla cualquiera de internet porque es más grande que la suya.

—No. —Niego con la cabeza—. ¿Eso pasa de verdad?

—Cada dos por tres —confirma Everly, asintiendo con seguridad—. Leí un artículo sobre el tema. En un blog.

—Da igual —interviene Sophie y se gira hacia mí—. Volvamos con Chloe. ¿Cómo van las citas? —Extiende el brazo hacia su espalda y se la frota mientras me habla.

—Bueno, un tío propuso que me lo follara con un arnés —murmuro y me meto un pedazo de pan en la boca.

—¿Perdona? —pregunta Everly, inclinándose hacia adelante. Sophie se mueve en la silla, incómoda, frotándose la protuberancia, y Sandra suspira, porque ya ha oído esta historia; Everly es mi mejor amiga, pero Sandra es mi confidente de citas. Everly tiene muy buenas intenciones, pero es... un poco invasiva. No para de intentar organizar citas para mí con tíos que ella ha elegido; es mucha presión. Además, si ella me consiguiera una cita que me gustara, se pondría en plan petulante. Y probablemente me seguiría durante las citas para observar la situación y enviarme mensajes con instrucciones.

Por eso hablo con Sandra de estas cosas. Ella ha sido víctima de las artimañas de casamentera de Everly, por lo que me entiende. Sandra es muy discreta. Puedo contarle todos los detalles del tío con el que he quedado y sé que nunca se los diría a nadie, a menos que yo desapareciera durante una cita. Everly, por otro lado, usaría la información para ser amiga del tío en Facebook, comprobar sus antecedentes y hacerse amiga de su madre. Por eso le envío los detalles a Sandra. Me refiero a la información necesaria para garantizar mi seguridad: con quién he quedado, cuándo, dónde... Veo muchas series policíacas por la tele, *Mentes criminales*, para ser específica, por eso siempre me aseguro de que alguien sepa dónde estoy si voy a una cita. Por si resulta ser un delincuente o algo.

—Un arnés —repito—. Con un consolador —aclaro cuando nadie habla.

Se quedan en silencio. Miro en torno a la mesa, a sus caras de asombro, y entonces me meto un poco más de pasta en la boca mientras vuelvo a encogerme de hombros.

—Necesito más detalles de esa historia —comenta Everly alzando ambas manos y doblando los dedos hacia ella como si estuviera dirigiendo el tráfico—.

Más. Detalles.

—Sí, me parece que necesitamos más información —añade Sophie.

—Empecé a hablar con un hombre de la aplicación de citas que uso. El tío estaba buenísimo. Me envió un mensaje inmediatamente y yo estaba en plan «¡toma ya!», dando saltitos por la sala de estar. El mensaje decía: «Una pregunta. ¿Me follarías con un arnés con consolador?». —Hago una pausa y miro a las chicas—. Pensé que estaba de coña y le contesté: «Solo si me dejas elegir el tamaño». Me sentí superorgullosa de mi rápida ocurrencia, ¿sabéis? Estaba sentada en el sofá, riéndome, cuando me llegó su siguiente mensaje. Ponía: «El tamaño que tú quieras, yo lo compro». Iba en serio. Así es como me van las citas. Hombres que me mandan mensajes para preguntarme si quiero follármelos con un arnés con consolador. Creo que soy yo. Atraigo a los raritos.

—No creo que seas tú —replica Sophie con dulzura mientras Everly le da la razón y asiente con la cabeza.

—No, sí que creo que soy yo.

—Una vez, cuando aún estaba soltera, un tío se largó cuando estábamos haciéndolo —nos cuenta Sandra, y todas le dirigimos la atención.

—¡Para! —Everly alza una mano—. Sé que eres tímida, pero no me puedo creer que te conozca desde hace casi un año y nunca me hayas contado esta historia. ¡Un año!

Sandra se ruboriza y se cubre los ojos con una mano.

—Me da vergüenza.

—Demasiado tarde. Necesito los detalles.

—Pues ese tío y yo salimos un par de veces. Pensaba que todo iba bien, ¿sabéis? —Echa un vistazo en torno a la mesa.

—Quedamos para tomar café un par de veces. Otro día quedamos para tomar algo en un sitio muy cuco y acabamos cenando. Pensaba que había algo entre nosotros.

—¿Y entonces...? —pregunta Everly, alargando las sílabas.

—Nos acostamos. En mitad del tema, se detuvo, salió de mí y se marchó.

—Esta historia no puede ser verdad —dice Everly.

—Sí que lo es. —Sandra asiente—. Te prometo que sí.

—¿Seguía teniéndola dura?

—Sí. La sacó. Se puso los pantalones y se marchó. No he vuelto a saber de él.

La mesa se vuelve a quedar en silencio mientras le damos vueltas a su

historia. Entonces Sophie nos recuerda que ella salió con un gay durante dos años.

—Las citas son un rollo —concluyo.

—Un tío me echó de su piso una vez —comenta Everly para contribuir a las historias de citas terroríficas.

—Te colaste en su piso, Everly. Le robaste la llave y te colaste. Tú eres su cita terrorífica, no al contrario —le recuerdo mientras Sophie y Sandra se ríen.

—Es un detallito sin importancia, Chloe —gruñe Everly—. Aun así, fue una experiencia de aprendizaje dolorosa. Bueno, ya basta de pesimismo. Tengo en mente al tío perfecto para ti.

—Lo que tú digas. No.

—Está bueno y es del FBI. Todo el mundo sabe que tienes ese fetiche con los federales. Seguro que tiene esposas —añade, guiñando un ojo con dramatismo—. Y seguro que es buenísimo en la cama. Te lo aseguro. A veces puedes deducirlo con solo mirar a un tío. Solo por cómo se mueve. Eso es lo que necesitas. Un tío que sepa lo que hace en la cama. Y, como mínimo, este tío tiene un buen paquete.

—Espera, ¿estás hablando de mi hermano? —interviene Sophie. Tiene un medio hermano que no conozco.

—Evidentemente, Sophie. ¿Cuántos agentes federales conozco? —dice Everly como si fuera lo más obvio del mundo.

—La verdad es que es una gran idea; pero, por favor, no hables del paquete de mi hermano delante de mí. Es asqueroso. —Sophie hace una mueca de dolor y se frota la barriga de embarazada—. Pero me parece que Boyd es de los que van de flor en flor. Nunca me ha presentado a nadie con quien estuviera saliendo. Pero es un buen plan. Vosotras hablad de eso, que yo voy al cuarto de baño. —Empuja la silla hacia atrás, se pone en pie y se vuelve a sentar de inmediato, mirándonos con el pánico reflejado en sus ojos—. Creo que acabo de romper aguas.

—Todo controlado —anuncia Everly, agitando las manos con entusiasmo para que la camarera se acerque—. Necesito una olla de agua hirviendo, unas toallas y la cuenta.

—Ay, madre mía —murmura Sophie, y saca el móvil del bolso.

—Solo la cuenta —digo a la camarera. Me giro hacia Everly de nuevo mientras Sophie llama a su marido—. No vas a encargarte del parto de Sophie, Everly. Ha roto aguas hace diez segundos y su marido, el ginecólogo, está en el

piso de arriba. Por lo que, incluso si este bebé fuera a nacer en los próximos cinco minutos, que no va a ser así, no te encargarías de que Sophie pariera en una mesa del Serafina.

Everly se hunde en la silla y sacude la cabeza.

—Llevo meses viendo vídeos de nacimientos en YouTube, por si acaso. Menudo desperdicio. —Suspira y entonces se anima—. ¿Puedo estar en la sala de partos, al menos?

—No —respondemos todas al unísono.

El marido de Sophie, Luke, se presenta unos minutos después. Viven en el ático de este edificio, así que solo estaba a un viaje en ascensor de distancia. Coloca la mano con delicadeza en la nuca de Sophie y se inclina para susurrarle algo al oído. Ella pestañea y asiente mientras él la besa en la sien antes de enderezarse. Sostiene un largo abrigo para que ella se lo ponga y así ocultar discretamente que acaba de romper aguas.

—No puedo creerme que esto acabe de pasar en un restaurante —masculla Sophie mientras Luke la envuelve con el abrigo.

Sandra, Everly y yo volvemos a sentarnos en las sillas y nos miramos las unas a las otras, algo aturcidas por lo que acaba de suceder, hasta que Everly habla por fin.

—Bueno, ya es oficial. Nunca pienso dar a luz. Jamás de los jamases.

Capítulo 2

Chloe

Nunca se me ha dado bien lo de salir con chicos. En el instituto tuve un novio de rebote: mi mejor amiga salía con el mejor amigo de él y ¡tachán! Hecho. No estoy segura ni de si Dave me pidió salir con él, pero siempre acabábamos juntos. Dave me gustaba, y era agradable tener una cita para los bailes del instituto y demás. Pero no sé si con eso aprendí alguna cosa sobre salir con tíos.

La universidad no fue mucho mejor. Probé lo suficiente como para decidir que era preferible emplear el tiempo en estudiar, y pensé que ya saldría más delante para salir con alguien. Estaba en la Universidad de Pensilvania con una beca y era imprescindible que sacara muy buenas notas. De modo que aquí estoy ahora. Tengo una carrera universitaria, un piso y un trabajo. Y no tengo ni idea de cómo actuar en una cita. En mi defensa, las opciones hasta ahora han sido deprimentes. Pero esta noche tengo otra cita y tiene que ir bien, porque no podré soportar otro rechazo o situación extraña. No sé si podría lidiar con otra petición de arnés con consolador.

La verdad es que todo esto se me da fatal. La semana pasada salí con un tío a tomar algo. Era la primera vez que nos veíamos, y estaba nerviosa. Las citas me provocan ansiedad. La mayoría de las situaciones sociales me provocan ansiedad, pero las citas son lo peor. ¿De qué narices íbamos a hablar? Pero entonces me recordé a mí misma que a todo el mundo le gustan los cumplidos. Es algo que les enseño a mis alumnos: si hay una cosa que te gusta de otra persona, dilo. De modo que entré en el local y grité: «Me gustan tus

pantalones». Sí. La verdad es que es peor de lo que suena. La semana anterior a esa salí con un tío cuyo nombre era Rick Martin... yo voy y suelto, «*Living la vida loca*», y le hago un baile raro. En fin, es evidente que podría mejorar muchísimo.

Me examino en el espejo e intento con todas mis fuerzas calmar mi corazón desbocado. Puedo hacerlo. Por supuesto que puedo. «Solo es una cita, Chloe». Me recuerdo que no hay motivos para estar nerviosa. La gente va a citas todos los días... por diversión. Yo no creo que sea divertido, pero la gente, sí. Mis amigas, sí. Lo que pasa es que yo tiendo a comportarme como una rarita y parece que esté siendo sarcástica, pero no es mi intención.

Por eso, hoy las cosas tienen que ir bien. Es que... de verdad necesito que sea así. Vamos a ir a un partido de los Philadelphia Eagles y tengo la esperanza de que vaya bien. Técnicamente, es mi segunda cita con él tras haberlo conocido en persona el fin de semana pasado para tomar café. Me gusta este chico, Cal. Es bombero y muy mono. Un bombero y una maestra de escuela suena a pareja perfecta, ¿no? Y aquella cita fue bien. No quiero gafarlo, pero creo que podría haber algo entre nosotros.

Me miro en el espejo de nuevo, tejanos y una camiseta de punto de manga larga y de un verde que combina con mis ojos y con los colores del equipo de los Eagles. Las mangas son muy largas. Me llegan a la mitad de la palma de la mano y hay un agujero en los puños para meter los pulgares. Me pregunto si hay una palabra para ese agujero. Es raro, ¿no? Un agujero cosido en la costura de una camiseta de manga larga para meter el pulgar. Qué extraño. Tendré que buscarlo en Google luego. Pero, ahora mismo, Cal va a venir a recogerme. Me pongo la pulsera y bajo las escaleras hasta el vestíbulo del edificio para esperarlo.

—Ayer recibimos una llamada interesante en la estación de bomberos —me cuenta Cal mientras nos dirigimos en coche al estadio. Por suerte, el tráfico no está mal por la zona del Schuylkill y vamos bien de tiempo. El estadio está a menos de diez kilómetros de mi piso, pero nunca se sabe cómo estará el tráfico cuando hay partido.

—¿Qué pasó? —pregunto, girando la cabeza en su dirección. Me interesa la historia, y es una buena oportunidad para mirarlo mientras habla. Es muy mono.

No es demasiado alto, pero es un poco más alto que yo, tirando a robusto, con cabello oscuro y espeso, un poco alborotado. Lleva pantalones cortos, como la mayoría de tíos a finales de septiembre, y una camiseta de los Philadelphia Eagles. Las gafas de sol lo protegen de los rayos del mediodía, pero se le entrevén los ojos mientras habla.

—Nos avisaron de que un vehículo había herido a un niño pequeño.

—Dios, qué horrible.

Quita la mano del volante y dice:

—Espera un momento. —Sacude ligeramente la cabeza y sonrío—. Llegamos a la escena y no había coche. Ni siquiera había nadie en la calle. Ni una persona, ¿sabes? Normalmente hay una multitud, pero solo estábamos nosotros. Entonces la ambulancia y la policía aparcaron justo detrás de nosotros. Todos salimos y nos miramos durante un segundo antes de que uno de nuestros chicos subiera a la casa mientras uno de los policías comprobaba la calle en busca de marcas de neumáticos. Un adolescente abre la puerta y nos deja pasar. Resulta que el vehículo era un coche de juguete que un niño le había lanzado a otro, y la madre había llamado a la policía por una herida superficial.

—¡No! —exclamo, entre risas—. La gente está loca.

—¡Ha pasado ya dos veces desde que me uní al cuerpo de bomberos! —Cal sonrío y me mira.

—Supongo que es un alivio cuando se trata solo de un coche de juguete.

—Sí, esa es una forma de verlo —comenta, tomando la salida de Packer Avenue hacia el estadio.

—¿Cuánto hace que eres bombero?

—Seis años. Pero siempre he sabido que quería ser bombero, desde que era pequeño. Me encanta, como seguro que a ti te encanta enseñar. —Sonrío y yo asiento.

—Sí, ya quería ser maestra cuando estaba en primaria. Doy gracias por haber conseguido un trabajo de lo mío. Adoro mi clase, son unos niños maravillosos. Tengo mucha suerte.

Esboza una sonrisa y continuamos charlando de su trabajo y del mío, de sitios a los que nos gustaría ir en Filadelfia, esa clase de cosas. Menciona que está en una liga de béisbol de otoño con sus compañeros de la estación de bomberos y me dice que podría ir a verlo jugar alguna vez. Esta cita está yendo genial, y Cal es muy majo. O sea, puede que no sienta precisamente mariposas con él, pero es simpático.

Cal entra en el aparcamiento y seguimos la lenta fila de coches que se dirigen a las plazas libres y que van llenando las filas de aparcamiento, una tras otra. Finalmente llegamos a un espacio libre y aparcamos. Cal se pone la visera y agarra las entradas del partido para dármelas antes de apagar el motor.

Caminamos uno junto al otro hacia la entrada mientras hablamos. Sí, esta cita es perfecta. El sol brilla, los pájaros cantan, hay nubecillas en el cielo y todo eso. Tengo dominado esto de las citas.

Llegamos al acceso y nos validan las entradas, luego seguimos las indicaciones hacia nuestra sección, esquivando a la gente que abarrota el lugar. Cal me agarra de la mano y la aprieta firmemente mientras avanzamos con ligereza. El olor de los perritos calientes y las palomitas impregna el aire mientras los vendedores se pasean vendiendo de todo, desde gorras del equipo hasta cerveza. Cuanto más nos acercamos, más convencida estoy de que vamos en la dirección equivocada.

—Vaya, ¿seguro que estos son nuestros asientos? Estamos cerquísima. ¿Estos son abonos de temporada? —Me detengo para examinar las entradas de mi mano y comprobar si estamos en el sitio correcto. Estamos justo delante del centro del campo, cerca del banquillo de los Eagles. Me parece que las vistas son mejores que por televisión.

—Sí, un amigo me las dio. —Sonríe cuando encontramos nuestros asientos y nos sentamos—. Sin duda le debo una, ¿verdad? —dice guiñando un ojo.

Nos acomodamos y me quedo mirado a los entrenadores y jugadores que parece que estén a unos pocos metros de distancia. Están calentando y estamos tan cerca que los oigo. No es que el fútbol americano me entusiasme mucho, pero la verdad es que es chulo estar tan cerca. A mi alrededor, el zumbido de la multitud emocionada va en aumento mientras las pantallas gigantes indican la cuenta atrás de los minutos que quedan hasta que empiece el partido. Estoy inclinada hacia adelante en mi asiento, observándolo todo, de modo que tengo que girar la cabeza para ver a Cal. Pero no está mirando hacia el campo; de hecho, mira en dirección contraria.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Solo busco algún vendedor de perritos calientes. ¿Quieres uno? —pregunta, mientras sigue escudriñando su entorno.

—Claro, ahí hay uno. —Señalo hacia el vendedor que pasa delante de nosotros, un tipo vestido con el uniforme del estadio con una de esas cajas calientes sujetas con una correa alrededor de su cuello.

—No, mejor nos comemos unas hamburguesas con queso. Estamos en Filadelfia, ¿no? Voy a comprarlas, y también unas cervezas. Ahora vuelvo.

—Vale —acepto. Si quiere una hamburguesa en lugar de un perrito caliente, ¿qué más da? Vuelvo a mirar hacia el campo y me bajo las mangas, metiendo los pulgares por esos agujeros raros en las costuras. «Me parece que hoy será un día perfecto», pienso, mientras una brisa sopla y me coloco el pelo detrás de las orejas.

Un momento. ¿Debería haber ido con él? Qué maleducada soy. Tendría que haber ido con él. Me pongo en pie y me desplazo rápidamente hasta el final del pasillo, disculpándome con cada persona se encoge para dejarme pasar. Cal no podrá cargar con todo él solo. Y debería haberme ofrecido para pagar ya que él me ha invitado al partido. No pasa nada, daré con él en la cola. Siempre hay colas largas en el estadio para comprar comida.

Me abro camino cuando subo por las escaleras del estadio hacia la pasarela central que lleva al interior, donde están los vendedores de comida. Tardo varios minutos en llegar porque tengo que esquivar a todos los fans que intentan alcanzar a sus asientos antes de que empiece el partido. «Ojalá no nos perdamos el comienzo», pienso pesarosa mientras miro detrás de mí hacia una de las pantallas gigantes con la cuenta atrás. No tenemos mucho tiempo.

En cuanto llego a la cima de los escalones y me adentro en una especie de vestíbulo, me aparto a un lado para no bloquear el camino y echo un vistazo alrededor, intentando adivinar a dónde ha ido Cal. Diviso un puesto de helado de Rita's Italian Ice y la boca se me hace agua. No sabía que vendían helados aquí. «Ojalá tuviera tiempo para comprarme uno, pero tengo que encontrar a Cal primero», pienso mientras le doy un último vistazo a la cola de la heladería italiana. Vale, hamburguesas... Hay un puesto a unos metros de mí, pero no veo a Cal en la cola, así que continúo buscando. No sé por qué no habrá ido a ese puesto, ya que parece el más cercano. ¿A dónde narices ha ido? Un momento, ¿es ese de ahí? Me está dando la espalda. No estoy segura. Doy un paso en esa dirección y veo por el rabillo del ojo que alguien se acerca mucho a mí.

—¿Señorita? Necesito que venga con nosotros.

Es un guardia de seguridad del estadio.

Capítulo 3

Chloe

—No lo entiendo —repito, mientras me llevan a una especie de sala de conferencias en el estadio—. ¿Dónde está Cal? ¿Algo va mal? ¿Qué pasa? —Un momento. No es una sala de conferencias. En ese letrero pone: «Oficina de seguridad». Creo que es como una sala para personas detenidas. Para delincuentes.

—Siéntese. —El guardia del estadio señala una silla. Hay una mesa con dos sillas a un lado y una al otro. Hasta hay una ventana de vigilancia en la pared, como en un episodio de *Ley y orden*. Esto tiene que ser una broma.

Me siento. ¿Qué otra cosa voy a hacer? ¿Salir huyendo? No soy de la clase de chicas que huyen. Además, no he hecho nada. No soy ninguna delincuente. Soy maestra de segundo de primaria. ¿Le habrá sucedido algo a Cal? A lo mejor ha tropezado y se ha golpeado la cabeza. Para llegar a tu asiento en el estadio, has de desplazarte por muchas escaleras. O puede que lo hayan apuñalado mientras estaba en la cola de las hamburguesas. Con un cuchillo de plástico. Esas cosas pasan. Creo que una vez lo vi por la tele. ¿Y si necesitan información médica? No sabría darles información médica de Cal, solo he quedado con él dos veces.

Miro hacia el espejo de la pared y me pregunto si hay alguien observándome al otro lado. Meto los pulgares en los agujeros de las mangas de mi camiseta y apoyo los codos en la mesa mientras espero. Y espero un poco más. ¿Se habrán olvidado de mí? Me pregunto si podría levantarme e irme sin más. Pero eso

sería una grosería. Puede que Cal me necesite. A menos que me haya abandonado aquí, en cuyo caso, no pienso ayudarlo.

La puerta se abre y entra un hombre. No es el guardia de seguridad del estadio que me ha traído aquí, sino otra persona. Lleva vaqueros y una camiseta de manga larga gris ceñida. No puedo evitar fijarme en que la camiseta se ajusta perfectamente a su cuerpo. El tío tiene musculitos bajo esa camiseta. ¿Musculitos? ¿Qué narices me pasa? Paso demasiado tiempo con niños de siete años.

Arroja un cuadernillo sobre la mesa, se remanga la camiseta y revela unos antebrazos muy musculosos. Bajo la mirada y me fijo en que tiene unas manos bonitas. Uñas limadas y cuidadas. Muchos hombres descuidan sus uñas. Las uñas mordidas son lo peor. Tiene manos fuertes, es evidente. Estoy segura de que si le estrechara la mano, la tendría seca y algo callosa, pero firme y fuerte.

Dejo de encorvarme encima de la mesa y me siento con la espalda recta. Es... increíblemente atractivo. Como esos modelos que una se imagina en sus fantasías sexuales. Pero mejor aún, porque no es un veinteañero con vaqueros ajustados. Lleva el pelo como las uñas: cuidado y muy bien cortado. El cabello es espeso y oscuro. Tiene barba de un día y al instante siento curiosidad por saber qué se siente al tocarla.

—Agente especial Gallagher —anuncia y saca lo que parece una cartera de su bolsillo de atrás para enseñármela, luego se sienta frente a mí. No, no es una cartera, es una placa—. ¿Cómo se llama?

Un momento. ¿Qué acaba de pasar?

—¿Es usted policía? —suelto, estupefacta. De pronto, tengo el mal presentimiento de que esto no tiene nada que ver con que Cal se haya asfixiado con una hamburguesa.

—No, soy agente federal. ¿Cómo se llama? —repite, sujetando un bolígrafo sobre una libreta.

—Chloe Scott.

—Señorita Scott, ¿tiene las entradas? —pregunta mientras apunta mi nombre en la libreta. Es de tamaño normal. No una de esas libretas diminutas que caben en el bolsillo como las que se ven por la tele. ¿Cómo hará llegar estas notas a su oficina? No estoy segura de por qué esto me fascina tanto ahora, pero es así.

Saco las entradas de mi bolsillo y las deslizo por la mesa, observándolo mientras lo hago. Tiene los ojos clavados en mí y me estoy poniendo nerviosa.

Y entonces me recuerdo a mí misma que probablemente debería estar nerviosa porque me está interrogando.

—¿Va a esposarme? —suelto. ¿Por qué le he hecho esa pregunta? Ni siquiera veo esposas por ningún sitio.

—No. —Mueve la cabeza a un lado, como si estuviera considerándolo—. ¿Quería que lo hiciera? —pregunta lentamente, observándome. Veo la sombra de un hoyuelo en su mejilla y la piel alrededor de sus ojos se arruga mientras me mira. Se está divirtiendo.

—No. —Niego con la cabeza y con los ojos como platos. Bueno, puede que un poco. En plan, no ahora mismo, claro.

—¿Dónde ha comprado estas entradas, señorita Scott?

—No las he comprado yo —explico, negando con la cabeza—. He venido con otra persona. Él las ha comprado.

—Mmm. —Se pasa el dedo índice por el labio inferior. Tiene unos labios bonitos. Odio fijarme en algo así en este momento, pero no puedo evitarlo. Se recuesta en su asiento y se queda mirándome en silencio. ¿Por qué me mira fijamente? Creo que intenta quebrarme, en plan, poli bueno, poli malo. Salvo que solo está él. Eso, o está pensando.

—También necesito ver su carnet de identidad —dice finalmente.

—Eh, claro. —Abro la cremallera del bolsito que he traído al partido. Este estadio no permite bolsos grandes, de modo que ha dejado el otro en casa y he traído este. Un momento. Creo que no me acordé de meter el carnet en este. Dinero en efectivo, una tarjeta de crédito, las llaves de mi casa, el móvil y cacao para los labios. «Mantén la calma, Chloe, seguro que no eres la única persona que se ha olvidado su carnet». Mientras le interrogan los federales.

—No lo tengo —admito e intento no morderme el labio. Él se recuesta en la silla y se cruza de brazos, me observa con ojos entrecerrados.

—¿Entonces no lleva encima ningún tipo de identificación?

—Ya sabe que no permiten bolsos grandes en el estadio —explico—. Metí mis cosas en este —Alzo mi bolsito— deprisa y corriendo antes de salir por la puerta. No caben muchas cosas —añado mientras lo vacío en la mesa. Mis llaves hacen ruido contra la mesa de metal y el cacao de labios cae sobre la mesa y rueda hacia él antes de que yo pueda agarrarlo. Él descruza los brazos y lo detiene con la mano antes de que llegue al borde. Luego lo levanta. Creo que me lo va a devolver, pero en lugar de eso empieza a girarlo entre los dedos y lo examina.

—Fresa clásica —lee en la etiqueta y luego su mirada se desplaza hasta mis labios. Al menos, eso me parece, ya que ocurre muy rápido. Vuelve a girar el tubo entre los dedos antes de colocarlo verticalmente sobre la mesa delante de mí para que no ruede.

—Gracias —digo. Cuando no responde después de una pausa larga, sigo hablando—. No entiendo qué pasa —admito confusa mientras niego con la cabeza—. ¿Estoy metida en algún lío? ¿Dónde está Cal?

—¿Quién es Cal? —pregunta con las cejas alzadas. Esto parece interesarle.

—El chico de mi cita. He venido con él. —Señalo con el pulgar detrás de mí para indicar el estadio y caigo en la cuenta de que aún lo tengo metido en el estúpido agujero de la manga. Tiro de la tela para sacar el pulgar—. ¿Por qué estoy aquí? —pregunto, sacudiendo la cabeza. Estoy empezando a agobiarme—. No soy una delincuente. Soy una profesora de segundo de primaria que está en mitad de una cita desastrosa. No empezó mal, las he tenido peores. Pero, definitivamente, esta ha acabado siendo —exhalo— pésima. —Me recuesto en la silla plegable, que produce un chirrido, y entonces la sala se queda en silencio.

—No se llama Cal.

—¿Perdón?

—El hombre con el que ha venido aquí no se llama Cal —repite.

Me quedo pensando durante un segundo. Quizás debería limitarme a borrar «Aprender a salir con un tío» de mi lista de cosas por hacer.

—Y por si no se ha dado cuenta, la ha dejado plantada.

—¿Plantada?

—Vio que los guardias de seguridad del estadio se dirigían hacia él mientras usted aún estaba sentada en las gradas. Imagino que le habrá dicho que iba a por una cerveza.

Exhalo.

—Cerveza, no. Hamburguesas.

—¿Cómo lo conoció?

—En una página web.

—Ya. —Niega con la cabeza—. Ha de tener cuidado con eso.

—No me diga —replico.

Sonríe ante mi sarcasmo.

—¿Cuánto hace que lo conoce, señorita Scott?

—Esta era nuestra segunda cita. No lo conozco demasiado. Evidentemente. Es bombero, me dijo que un compañero de trabajo le dio las entradas.

El agente Gallagher inclina la cabeza y me mira sin decir nada.

Ah.

—Tampoco es bombero. Lo pillo. —Niego con la cabeza y desvío la mirada al techo un segundo para serenarme—. Bueno, ¿y por qué estoy aquí? ¿Investigáis citas trágicas?

—Estas entradas —dice, dando golpecitos en la mesa con el dedo índice al lado de las entradas de la discordia— son falsas. —Hace una pausa antes de proseguir—. Esto es solo una pequeña parte de todo el asunto, pero lo único que puedo decirle es que su acompañante ha sido detenido.

Asiento. No hay manera de que tenga una cita normal. Además, esto es humillante. ¿Por qué tiene que estar tan bueno este agente? Los nervios me comen. Si esto le ocurriera a Everly, acabaría teniendo una cita. Yo tendré suerte si no termino en la cárcel.

—¿A dónde la llevó en su primera cita? —pregunta el agente Gallagher. Se da golpecitos en el labio con su bolígrafo mientras me observa.

—Quedamos para tomar café. Nunca dejo que los tíos me pasen a buscar la primera vez que quedamos. Podrían ser delincuentes, ¿sabe? —comento. Entonces caigo en la cuenta de que es una pregunta retórica estúpida, porque he estado en una cita con un delincuente. Presuntamente.

Asiente.

—Claro.

—Así que quedé con él en una pequeña cafetería fantástica. Hacen un café muy bueno, por cierto. Cerca de mi piso, pero no demasiado. Es muy mona... —dejo de hablar y frunzo el entrecejo.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Quedé con él en Mugshots. Esa cafetería de Fairmount. Fuimos allí en nuestra primera cita. Un sitio llamado Mugshots, significa «ficha policial» en inglés. —Me doy una palmada en la frente—. Apropiado para mi primera cita con un delincuente. Esa soy yo. Atraigo a bichos raros. Parecía majó, ¿sabe? —continúo, retomando el hilo—. No sabe lo que hay ahí fuera. ¡Cal parecía majó! Ni siquiera me envió ninguna FDP, que es más de lo que puedo decir de la mayor parte de tíos que conozco en internet. Es evidente que no debería salir con tíos si creo que un delincuente parece majó. Llevo una década viendo series policíacas por la tele y no he aprendido nada. ¡Nada!

—¿Qué es una FDP?

—Eh... —Ay, mierda—. No es nada —aseguro, agitando una mano—. No tiene importancia.

—Señorita Scott —pronuncia lentamente, su expresión es indescifrable, su mirada es intensa. Tiene los ojos marrones, muy profundos, con motas doradas y verdes que te absorben y, al mismo tiempo, son enigmáticos. No creo que pudiera mentirle, ni aunque se me diera bien mentir—. ¿Qué es una FDP?

Suelto una larga bocanada de aire y aparto la mirada. Jamás voy a contarle esta historia a Everly.

—Es una foto de... un pene. —Echo un vistazo rápido al agente Gallagher—. Los tíos las envían constantemente. Es tan estúpido. —Pongo los ojos en blanco—. No sé por qué hacen eso. ¿Por qué lo hacen? —No espero a que responda—. Mi amiga ha empezado a llamarlas FDP... fotos de polla. Cree que tiene más clase o algo así, pero en mi opinión simplemente quiere inventarse un término nuevo. Y bueno... —concluyo rápidamente, y me encojo de hombros—. Perdona.

Se queda mirándome otra vez sin decir nada antes de enderezarse en la silla y acercar su libreta para empezar a escribir de nuevo. Probablemente esté apuntando lo de las fotos de pollas en mi expediente. Un momento, ¿tengo expediente? No puedo tener expediente. Soy maestra, no una delincuente. En cualquier caso, desearía que dejara de escribir. Nadie necesita una mención de FDP en su informe oficial.

Me hace algunas preguntas más y después me dice que aguarde mientras verifica la información que le he proporcionado para dejarme marchar.

Media hora más tarde, regresa y me hace un gesto para que lo siga.

—Parece que ya hemos terminado aquí —declara—. ¿Tiene forma de volver a casa?

—No. —Niego con la cabeza—. Tomaré un taxi.

No estoy segura de que vaya a decir nada más, pero entonces muestra una especie de sonrisilla.

—Tenga cuidado con las citas con gente que conoce en internet —suelta antes de alejarse.

Eh... gracias.

Capítulo 4

Chloe

—¡Adiós, señorita Scott! —El último de mis alumnos se despide con la mano y recorre la calle hacia uno de los autobuses aparcados en la acera. Le dedico una sonrisa genuina. Estos niños son siempre la mejor parte del día.

Sabía que quería ser maestra desde que era pequeña. El colegio siempre me hacía feliz, sin importar lo que pasara en casa. Mis profesores me apoyaban con palabras amables y paciencia; me hacían sentir importante. Deseaba con todas mis fuerzas crecer y ser como ellos.

Vuelvo a entrar al aula para ordenarla antes de dirigirme al hospital. La hija de Sophie y Luke nació ayer por la tarde, Christine Caitlin Miller, y pesó tres kilos doscientos gramos. Luke nos envió un mensaje a todas poco después con la foto de una arropada Christine en los brazos de Sophie, sonriente.

Me siento en la mesa y escribo notas sobre el día tener presente los niños que tienen problemas con un tema u otro. También apunto los temas que se les dan bien. Las reuniones entre padres y profesores están al caer y quiero tener suficientes comentarios para cada uno de ellos. Pero, más allá de eso, quiero asegurarme de dar a cada niño de mi clase los conocimientos que necesita.

Una hora más tarde, entro en el hospital Baldwin Memorial y me dirijo a la planta de maternidad. Sé que se supone que los hospitales no deberían gustarnos, pero a mí siempre me han gustado. Me parece que es por la actividad. Hay mucha gente en un hospital, como una pequeña ciudad llena de personas trabajando juntas para curar a la gente. Hay quien piensa que la tristeza flota en

los hospitales, pero yo siempre he pensado que la promesa de la esperanza es lo que flota. La gente mejora en los hospitales. Los huesos se recolocan, las heridas se suturan. Y aquí nuevos seres humanos vienen al mundo todos los días.

Aún no puedo crearme que Sophie sea madre. Parece que fue ayer cuando todas estábamos en la universidad. Supongo que técnicamente no ha pasado tanto tiempo, pero da la impresión de que Everly y Sophie están a años luz por delante de mí. Aunque no es una competición. No es eso. Es que la mera idea de exponerme otra vez a la vida de soltera hace que me ponga mala después de la cita de ayer.

Encuentro a Sophie radiante en su habitación. Tiene el cabello castaño claro sujeto en una cola baja y me indica que entre con una amplia sonrisa en la cara. La pequeña Christine es perfecta. La cojo en brazos, aspirando su perfecto aroma de bebé mientras ella pestañea y arruga la cara y bosteza. Everly llega justo detrás de mí con su pequeño Jake. Él lleva pantalones de deporte de color azul marino, una camiseta blanca de manga larga y una corbata azul marino. Everly sostiene dos vasos desechables del Estimúlame, la cadena de cafeterías en la que trabajó con Sophie durante la universidad.

—¿Sigues con lo de las corbatas? —susurro a Everly mientras deja los vasos sobre una mesa.

—Es un día laborable —me dice, e intento no reírme. Jake cumplió cinco años durante el verano y ha empezado el colegio este otoño. Es un buen niño, aunque un poco serio.

—Un café *latte* descafeinado con calabaza y especias —anuncia Everly, y le entrega un vaso a Sophie—. Y una magdalena de calabaza. —Saca una bolsa de papel de su bolso y la deja en la bandeja sobre la cama de Sophie.

—Ah, esto es el paraíso. —Gime de felicidad mientras se mete un trozo de magdalena en la boca—. No tenéis ni idea de lo mala que es la comida aquí. He mandado a Luke a casa para que se dé una ducha y me traiga algo decente de comer.

—Bueno, he pensado que te vendría bien un pequeño caprichito del Estimúlame. Piénsalo, si no fuera por su café, quizás nunca hubieras conocido a Luke, y Christine no habría sido concebida.

—¿Qué es concebida? —pregunta Jake desde el sillón. Está recostado con los pies colgando desde el borde, escuchando cada palabra.

—Es como se hacen los bebés —responde Everly sin titubear.

Jake se pone las palmas en los ojos.

—Vale. Para. —Pregunta si puede usar el teléfono de Everly, quien lo saca de su bolsillo para dárselo; después toma a Christine de mis brazos. Yo me acerco a Jake.

—¿A qué juegas? —pregunto mientras da toquecitos a la pantalla.

—Cazo Pokémons —dice, alzando la mirada.

—¡Yo también! —exclamo; saco mi móvil y abro la aplicación—. Aunque no se me da muy bien. No tengo muchos todavía, pero tengo un ratón violeta muy mono. —Levanto el móvil para enseñárselo.

—Tía Chloe. —Niega con la cabeza delante de mí—. Eso es una rata. Las puedes cazar en cualquier sitio. —Este niño nos llama a todas «tía», aunque técnicamente ninguna de nosotras lo es. La verdad es que es muy tierno; estoy encantada de ser su tía honoraria.

—Mmm, quizás deberíamos dar un paseo y ver si podemos atrapar algo mejor. Creo que hay una pokeparada en el recibidor.

—¡Sí! —La cara se le ilumina—. ¡Mamá! Voy a ir con la tía Chloe a cazar Pokémons —anuncia. Everly nos dice que nos divirtamos y nosotros nos marchamos.

Hay que caminar para poder jugar, así que investigamos el hospital, nos desplazamos hasta el restaurante, el recibidor, la capilla, la tienda de regalos y la cafetería. Jake me habla de su colegio, de su maestra, de sus nuevos amigos y de su gato. Caza un montón de Pokémons antes de volver conmigo a la planta de arriba. Un ascensor se abre justo cuando intento capturar otro Pokémon. Nos adentramos mientras lanzo bolas virtuales a una paloma. Sostengo el teléfono delante de mí, inclinando la pantalla y mi cuerpo como si fuera a ayudarme a capturarlo.

—¿Ya lo has conseguido? —pregunta Jake.

—No.

Flexiono las rodillas para que también pueda ver la pantalla y sigo sosteniendo el móvil delante de mí con una mano, y uso la otra para pasarla por la pantalla y arrojar las bolas virtuales. Me muerdo el labio mientras tiro la siguiente bola. Creo que esta vez lo he conseguido, pero un hombre que carraspea atrae mi atención antes de poder asegurarme. Alzo la mirada, con la rodillas aún dobladas mientras estoy agachada junto a Jake, con el móvil en la mano... y me doy cuenta de que, desde este ángulo, mi mano extendida está a centímetros de... ay, Dios mío, este tío probablemente piense que trato de

sacarle una foto a su polla. Bueno, veo más o menos el contorno, justo... no, para. Me endezco a toda prisa con una disculpa en los labios.

—¡Lo siento de verdad! Estamos jugando a este juego... —Agito el móvil en la mano mientras hablo, pero entonces mis ojos se posan en los suyos y el teléfono se me cae de la mano.

Es el agente cañón de ayer. Salvo que hoy viste de traje. Uno muy bonito. ¿Por qué ya no se visten los hombres así? Es evidente que es un hombre y está vestido así. Me refiero a los demás hombres. Con los que interactúo normalmente. Ellos no tienen este aspecto.

Rápidamente, doblo las rodillas para recoger el móvil del suelo, donde ha aterrizado junto a su zapato. Maldita sea, también lleva unos zapatos bonitos. Qué vergüenza. «Contrólate, Chloe».

—Había un Pikachu en tus pantalones —explico, refiriéndome al juego de Pokémon mientras vuelvo a enderezarme; algo tira de mi cabeza y me tropiezo contra él. Ay, madre mía. Un mechón de mi pelo se ha enrollado en el botón de su chaqueta. ¿Cómo? ¿Cómo me pasa esto? Extiendo una mano para soltarme, pero su mano se mueve y me agarra por el antebrazo.

—Para —dice con tono firme—. Quédate quieta —añade, y yo exhalo y me quedo inmóvil. Su mano me suelta el brazo y desenreda mi pelo del botón, entonces el ascensor se detiene. En cuanto me ha liberado, me endezco, segura de que estoy roja como un tomate. Echo un vistazo rápido al hombre. Su cara bonita y perfecta refleja un toque de diversión.

Reparo en que el ascensor se ha detenido, de modo que me giro para ver en qué planta estamos y descubro que Everly se encuentra en el pasillo y mantiene abierta la puerta del ascensor con una sonrisa de suficiencia en la cara. Extiende una mano hacia Jake mientras todos salimos del ascensor.

—Veo que ya os conocíais, ¿no? —Hace la pregunta con... ¿es regocijo lo que expresan sus facciones?

Un momento. Ay, mierda. La placa. Este debe de ser...

—No. —Niego con la cabeza con energía—. No, nunca lo había visto —miento. Everly no dejará de darme la lata si descubre que conocí al hermano de Sophie... mientras detenía a mi cita. No.

—Ah, Everly —dice el hombre—. Cuánto tiempo. —Se mete las manos en los bolsillos y alterna la mirada entre nosotras dos y Jake, como si se acabara de dar cuenta de algo—. Este pequeño debe de ser tuyo —continúa, inclinando la cabeza hacia Jake—. Mi hermana mencionó que te habías casado —hace una

pausa— y que ahora eres madre —añade, mirando a Jake como si la idea de que Everly sea parcialmente responsable de criar a alguien fuera confusa. No se equivoca, sí que es extraño.

Everly asiente.

—Este es Jake. Y esta es Chloe —dice, e inclina la cabeza en mi dirección con una gran sonrisa en la cara. Enorme. Cuando vuelve a mirar al agente Gallagher, niega con la cabeza con los ojos muy abiertos. Espero que él me siga el juego.

—Chloe —pronuncia despacio, como si estuviera probando el nombre, y me recorre el cuerpo con los ojos aún más despacio. Por lo visto, tiene todo el tiempo del mundo. Su mirada me está empezando a poner nerviosa cuando añade—: No, no nos conocemos.

—Chloe era mi compañera de habitación en la universidad —le informa antes de dirigirse a mí—. Este es Boyd Gallagher, el hermano de Sophie. —Sonríe antes de añadir—. El agente federal.

Ya. Todo muy obvio, Everly. ¿Por qué no caí en la cuenta ayer? Porque no reconocí el apellido Gallagher. Evidentemente, tiene un apellido distinto del que tenía Sophie antes de casarse, pero nunca se me había pasado por la cabeza hasta ahora. Trago saliva y extendiendo una mano.

—Encantada de conocerte.

Permanece inmóvil medio segundo, su labio inferior atrapado entre sus dientes, antes de sacar la mano derecha del bolsillo y estirarla para estrechar la mía. Tiene una mano firme y más áspera que la mía, y capto el olor de su loción para después del afeitado mientras nuestras manos conectan. Sujeta mi mano un poco más de lo necesario, y eso me gusta, pero al mismo tiempo hace que me ponga aún más nerviosa.

—Perdón por lo del ascensor —me disculpo, retrocediendo un paso. Necesito espacio antes de que haga o diga algo vergonzoso. Está incluso más atractivo que ayer. Estúpido traje. Mide más de metro ochenta fácilmente, tiene los hombros anchos y la cintura estrecha. La corbata le baja por el abdomen, posada sobre lo que probablemente sean unos abdominales perfectos.

No dice nada, se limita a repasarme con la mirada.

—¡Pokémon! —suelto cuando no puedo soportar el silencio.

Pues sí. Soy idiota.

—Pues eso —añado para terminar, luego me cruzo de brazos y miro hacia mis zapatos gastados. Llevo unas mallas con un estampado de donuts. Madre

mía, normal que me estuviera repasando con la mirada. Estas mallas están de moda en mi colegio, todas las maestras las llevan. Normalmente me limito a las típicas negras, o con un estampado discreto; pero no, dejé que una de las maestras me convenciera para comprar estas en un mercadillo.

«A los niños les encantarán», aseguró. «Puedes llevarlas con una chaqueta vaquera mona», añadió.

Voy a quemarlas en cuanto llegue a casa. Normal que no consiga echar un polvo.

—Venía a buscarte —dice Everly, interrumpiendo mis pensamientos—. Nos tenemos que ir. Tengo que volver a casa y hacerle la cena a Sawyer —suelta; entonces rompe a reír—. Te estoy tomando el pelo. Solo quería ver cómo sonaba eso saliendo de mi boca. Aunque Jake sí que tiene entreno de fútbol, así que es hora de irnos. Puedes enseñar a Boyd dónde está la habitación de Sophie — sugiere Everly mientras aprieta el botón del ascensor.

—Eh, sí. —Miro a Boyd; luego Jake y yo chocamos los cinco—. Gracias por ayudarme a cazar el Pokémon, colega. —Y entonces se van y me quedo sola con el señor Buenorro.

Necesito ir a casa para cambiarme de pantalones urgentemente.

En lugar de eso, inclino la cabeza delante de Boyd para que me siga hasta la habitación de Sophie. Su habitación no está muy lejos del ascensor, pero el camino se me hace eterno con Boyd caminando detrás de mí. Sus zapatos hacen ruido contra el suelo de linóleo mientras que los míos chirrían de vez en cuando. ¿Estoy respirando de forma rara? Me parece que estoy respirando de forma rara. Me pregunto cómo de ridículas se ven estas mallas desde atrás. Me recuerdo que tengo que mirarme al espejo en cuanto llegue a casa para tener una imagen mental clara de este momento y poder atormentarme con ello después.

—¿Esto va a ser lo nuestro a partir de ahora? —pregunta.

—¿Los donuts? —pregunto, confusa, girándome para mirarlo.

Sus ojos se dirigen a mi trasero envuelto por las mallas y se echa a reír.

—No, los encuentros incómodos.

—¿Por qué vas vestido así? —suelto, luego me cubro la boca con la mano rápidamente.

—¿Perdona? —pregunta con las cejas alzadas.

—Nada.

—No, creo que me has preguntado algo sobre mi ropa —señala; desplaza la mirada a su traje y luego la vuelve a dirigir a mí. Se toma un momento para

recorrer con los ojos mis mallas de donuts antes de cruzarse con mi mirada.

—¡Soy profesora de segundo de primaria! —protesto a la defensiva.

—Yo atrapo a delincuentes —replica—. ¿Qué tiene de malo mi traje?

—El gobierno federal no puede estar pagándote lo bastante como para vestirme de James Bond.

—Así que te gusta cómo voy —señala con una sonrisa segura.

—Obviamente —respondo, luego me controlo y añado con sarcasmo—. No. —¿Qué me pasa? ¿Por qué me comporto como una zorra? Si supiera cómo comportarme con los hombres, lo demostraría ahora mismo, en lugar de insultarlo. Me detengo delante de la puerta de Sophie y me vuelvo hacia él—. Gracias por seguirme la corriente antes —comento, refiriéndome a la mentirijilla que le he dicho a Everly acerca de no conocerlo de nada—. Adoro a Everly, pero está un poco... —dejo de hablar.

—Chiflada. Está como una cabra —afirma—. Pero no pasa nada. Ahora me debes un favor —agrega, alzando un poco una ceja, luego abre la puerta de la habitación de Sophie. Lo sigo al interior, confusa acerca del tipo de favor que podría querer de mí, pero no tengo tiempo de pensar demasiado en ello.

—¡Boyd! —exclama Sophie cuando nos adentramos en la habitación—. Qué bien que hayas podido venir. Gracias por las flores.

La niña, que vuelve a estar en la extraña cuna de plástico de hospital, suelta un quejido y llama nuestra atención.

—Yo la sujeto —le digo a Sophie cuando parece que va a salir de la cama para ir con ella—. Nadie debería tener que levantarse con una de esas batas de hospital —añado. Calmo a la niña y luego Sophie insiste en que Boyd coja en brazos a su sobrina.

—No hace falta, gracias. —Inclina la cabeza desde su posición junto a la ventana.

—Tienes que sostenerla —insisto—. Solo tendrá un día de vida una vez.

Me doy cuenta de que esto es un error en cuanto estoy ante él con el bebé. No porque no esté capacitado; sujeta al bebé con facilidad. No porque esté tan cerca de mí que sé lo bien que huele. Y no porque sepa lo firme que es su pecho contra mi brazo cuando le paso a Christine con delicadeza. No, puedo lidiar con todo esto. Es por el roce de las puntas de sus dedos contra mi pecho, completamente inocente, cuando el bebé pasa de mis manos a las suyas. El roce de sus dedos hace que mis pezones se pongan duros al instante. Ni siquiera ha rozado los dos. ¿Es normal? ¿Se supone que tienen que endurecerse a la vez?

Mentalmente, lo añado a la lista de cosas que he de buscar en Google mientras me cruzo de brazos y me aparto de él.

Me sonrío de una manera que me hace sospechar que sabe exactamente lo incómoda que me hace sentir antes de dirigir la atención al bebé en sus brazos. Me pongo la chaqueta y vuelvo a felicitar a Sophie, y le digo que me pasaré por su casa esta semana cuando le den el alta. Entonces me marcho de la habitación.

Capítulo 5

Chloe

Los siguientes días transcurren en el habitual borrón de clases, notas para los padres y en evitar los berrinches de niños de siete años. Me encanta. Puede que casi sea tan novata dando clases a los niños como saliendo con tíos, pero, al contrario que esto último, dar clases se me da bien. Además, me he esforzado mucho en prepararme para ser una gran maestra. Lo que me recuerda, ahora que lo pienso, que solo necesito más práctica con las citas. ¿Acaso tiré la toalla la primera vez que un niño se puso difícil conmigo? No. A lo mejor debería estudiar. Hacer un curso, o leerme algún libro. ¿Hay alguno de *Citas para dummies*? Voy a mirarlo en Google ahora mismo... ¡Sí que lo hay! Ah, mira, también hay uno de *Sexo para dummies*. Me muerdo el labio, luego añado los dos a mi cesta y los pago. Soy muy buena estudiante. Lo tengo todo controlado.

Los libros llegarán en un par de días. Mientras tanto, tengo otra cita esta tarde. Otra oportunidad para practicar. Igual que los deberes. He quedado con un chico para tomar café, que es mi primera cita predilecta. Tengo que pasar por casa primero para arreglarme. Una vez quedé con alguien después del trabajo y no me di cuenta hasta más tarde de que tenía una raya azul de rotulador que me bajaba por todo el brazo. De modo que recojo mis cosas y voy a casa a prepararme.

He quedado con Joe en un Starbucks situado no muy lejos de mi piso, el que está en la calle South Broad. No es la cafetería que me queda más cerca, ni siquiera es el Starbucks más próximo. Nunca quedo con mis citas cerca de mi

piso, por si acaso. O sea, ¿qué pasa si acaba siendo una cita horrorosa y luego no dejo de encontrarme con esa persona en mi Starbucks favorito? Sería horrible. Además, los empleados de la cafetería me verían con un tío distinto cada vez. Qué vergüenza.

Por suerte, logro salir de la escuela lo bastante pronto como para evitar parte del tráfico de la hora punta, por lo que llego a casa en menos de veinte minutos. Ventajas de ser maestra. Aparco el coche en un garaje barato que pago mensualmente situado a un par de manzanas de mi piso. No vivo en un sitio lo suficientemente sofisticado como para tener garaje propio. Pero la ubicación es fantástica. Vivo en el núcleo urbano, en el centro de Filadelfia, a solo unas manzanas de Sophie y a menos de diez manzanas de Sandra y de Everly. Pero vivo en un pequeño estudio. Los pisos normales de una habitación se salían de mi presupuesto si quería vivir en el centro. De modo que no tengo servicios sofisticados como garaje propio o lavadora dentro del estudio, ni portero. Pero es un piso seguro y muy bien ubicado, y la verdad es que eso es lo único que necesito.

Vivo en la octava planta, lo que me permite disfrutar de unas bonitas vistas, y disminuye un poco el ruido de la calle. Entro y suelto el bolso del colegio sobre una de las dos sillas junto a la mesita que tengo en la cocina y me quito la chaqueta. Meto la ropa de hoy en el cesto de la ropa sucia y me pongo unos tejanos y un jersey negro. Luego compruebo el estado de mi pelo y maquillaje. Tengo una melena castaño claro con mechones caoba que en estos momentos está hecha un desastre. Un rápido vistazo al reloj me indica que no dispongo de mucho tiempo para arreglarlo, de modo que lo cepillo y me lo recojo en una cola baja. Qué remedio. Me aplico un poco más de maquillaje del que suelo ponerme para ir al trabajo y luego me repaso los labios con el cacao y me aplico un pintalabios discreto encima. Perfecto. Echo un vistazo al móvil para asegurarme de que Joe no ha cancelado la cita, agarro el bolsito y la chaqueta y salgo de casa.

Iré a pie hasta el Starbucks. Está a un kilómetro más o menos y hace un tiempo agradable. Atravieso la plaza Rittenhouse hasta la calle 18, luego camino unas manzanas antes de girar y dirigirme hacia South Broad. Sigo un poco aprensiva después de mi última cita el fin de semana pasado, pero he buscado a este hombre en Google y estoy bastante segura de que es una persona real. He encontrado algunas imágenes en internet que coinciden con la que tiene en su perfil de internet, así que si el tipo de las fotos es el que se presenta en la cafetería, todo debería ir bien.

Pero precisamente por eso siempre quedo con mis citas por primera vez en sitios públicos. Dejé que Cal viniera a recogerme en la segunda cita, pero no permití que subiera a mi piso, sino que quedamos en el recibidor. Vivo en un edificio grande, de modo que supuse que no habría problema en recibirlo en el vestíbulo en la segunda cita. En realidad, aún no he dejado que nadie entre en mi piso. Probablemente no debería volver a ver *Mentes criminales* si quiero conseguir novio. Pero es que la serie es demasiado buena. Sin embargo, me parece que me está volviendo paranoica. O sea, los agentes de *Mentes criminales* atrapan al menos veinte asesinos en serie nuevos cada temporada. No puede haber tantos asesinos en serie sueltos por ahí, ¿verdad? Probablemente haya unos... diez en los Estados Unidos en algún momento dado. Seguro que son diez. Luego lo miro.

Me pregunto a qué se refería Boyd cuando me dijo que le debía un favor. ¿Lo dijo en serio? ¿Quiero que lo dijera en serio? Me meto las manos en los bolsillos mientras camino. A ver, ¿y si se refería a un favor sexual? No, eso es estúpido. Estúpido. Como si necesitara un favor sexual de mí. Probablemente se refería a un favor como ayudarlo a mudarse. Frunzo el ceño y esquivo a una pareja que está discutiendo en medio de la acera. O quizás un favor como que lo lleve al aeropuerto en coche. Probablemente se refería a algo así. Aunque la verdad es que no me lo imagino sentado en el asiento del copiloto de mi Toyota Corolla, ni en un viaje gratis al aeropuerto.

Pongo los ojos en blanco ante mis tonterías. Seguro que no lo decía en serio. Son las típicas cosas absurdas que se dicen. De ningún modo implica que tuviera pensamientos sucios sobre mí. Ni que yo fuera objeto de deseo. Supongo que solo soy mona. Precisamente por eso; soy mona y ya está. Me salen pecas en verano. Llevo mallas y me gusta recogerme el pelo en una coleta. A él, en cambio, parece que le gustan las chicas un poco más... refinadas que yo. Además, es mayor. Me parece que tenía diez años más que Sophie, por lo que tendrá treinta y dos años, y mucha más experiencia que yo. Mejor me olvido. Aunque quizás debería aumentar el límite de edad en la aplicación de citas que uso. Creo que puse veintiocho años como máximo. Quizás debería ampliarlo, porque me parece que los tíos de treinta y dos pueden ser mi tipo. A ver, siempre que lleven placas y se parezcan a Boyd.

Suspiro y doy golpecitos contra la acera con el pie mientras espero a que el semáforo se ponga en verde para cruzar la calle 15. Vamos a ver, ¿qué haría yo con un tío como Boyd? Probablemente le vayan las locuras como hacerlo con la luz encendida. Lo que pasa es que... juro que sentí algo cuando nos conocimos.

Desde que entró en la sala el domingo, la atmósfera cambió. Es cierto que el FBI me estaba a punto de interrogar, así que puede que eso tuviera algo que ver con lo de la atmósfera de la sala, pero no sé. El problema con la química es que no siempre es recíproca. A veces una persona se imagina sexo hollywoodiense contra la pared y la otra piensa en lo que deberían comprar para cenar al salir del trabajo.

En cualquier caso, es probable que no lo vuelva a ver hasta dentro de unos meses, por más favores que le deba. He tardado casi un año en conocerlo. Él conoció a Sophie el otoño pasado tras descubrir que era su media hermana, y los caminos de Everly y de él se cruzaron antes, pero el mío y el suyo no... hasta el domingo. No hay motivo para que vuelva a suceder. «Sácatelo de la cabeza, Chloe. De todos modos, es demasiado hombre para ti». Everly sabría qué hacer con un tío así. Yo, en cambio, seguramente no.

Llego al Starbucks de Broad unos diez minutos antes, así que me pongo en la cola para pedir. Me gusta evitar la parte incómoda de quién va a pagar y quiero una buena mesa; tengo el tiempo justo para lograr ambas cosas. Me pido un Pumpking Spice Latte y luego me adueño de una mesa vacía con dos asientos y buenas vistas a la puerta, para ver entrar a Joe. Llega unos minutos más tarde y echa un vistazo por la cafetería, buscándome, y cuando su mirada se posa sobre mí, le confirmo que es a mí a quien busca agitando ligeramente una mano. Él asiente con una leve sonrisa y camina en mi dirección.

—¿Te pido algo más? —me pregunta, indicando con la cabeza el vaso que tengo en las manos mientras se quita el abrigo y lo deja en el respaldo de la silla.

—No, gracias. Con esto me basta —respondo alzando el vaso de cartón un centímetro—. Ve a pedirte algo —lo animo con una sonrisa. Por suerte, no hay cola, así que regresa enseguida con una bebida en la mano.

—Bueno, Chloe. Encantado de conocerte —dice mientras se sienta.

—Lo mismo digo —replico—. Gracias por quedar aquí conmigo.

—No hay problema. Vivo cerca de la plaza Washington, así que no me quedaba demasiado lejos. —Da un sorbo de su vaso y luego continúa cuando yo no digo nada—. Me ha gustado hablar contigo por internet. Me alegra que por fin nos podamos ver.

—A mí me alegra que seas el mismo de las fotos —replico e intento no encogerme visiblemente.

Menuda estupidez acabo de decir. Es muy mono. Y agradable. Y yo estoy tan nerviosa y me siento tan fuera de lugar como siempre. Pero él se ríe como si

nada.

—¿Te preocupaba que fuera un tipo de cuarenta años que usara fotos viejas?
—pregunta con una amplia sonrisa, evidentemente para intentar que me sienta cómoda.

—No, no. Perdona, no he sido muy educada. Es que el fin de semana pasado salí con un tipo que me dio un nombre falso y, encima, hizo que me detuvieran durante nuestra cita —balbuceo, tratando de explicarme. ¿Por qué se lo he contado? Eso es todavía peor. No debería habérselo dicho, estoy segura de que es de mala educación.

—Ah, vaya —contesta, su sonrisa disminuye.

—Normalmente no se me da tan mal elegirlos —admito, pero luego desearía no haber dicho nada. «¡Cierra el pico, Chloe!».

—Así que eres maestra, ¿no? —me pregunta tras un instante; es obvio que me trata de ayudarme a redirigir la conversación.

—Sí —respondo, agradecida por el cambio de tema y contenta de que él sea mil veces mejor que yo en esto—. De segundo de primaria —añado. Mi voz se apaga cuando capto algo por encima del hombro de Joe.

Boyd Gallagher.

Tiene un vaso en la mano y se dirige a la salida cuando vuelve la cabeza y su mirada se cruza con la mía. Veo un destello de sorpresa que se refleja en sus facciones y entonces le devuelvo la atención a Joe.

—De segundo de primaria —repito—. Enseño a los niños de segundo de primaria. Me encanta.

Joe asiente.

—Mi madre es maestra, así que sé lo duro que es tu trabajo.

Estoy concentrada en Joe, pero por el rabillo del ojo veo que Boyd se acerca. ¿Va a interrumpir mi cita para saludarme? Qué incómodo.

Pero no lo hace.

No.

En vez de eso, toma asiento en la mesa que está justo al lado de la nuestra. En la silla que hay junto a la de Joe, de modo que está en diagonal conmigo. Y entonces me ignora.

¿Acaso... finge que no me conoce? ¿En serio? Echo otro vistazo en su dirección, pero no me mira. Ha dejado el café sobre la mesa y está haciendo algo con el móvil. Ha adoptado una postura relajada, como si tuviera la intención de quedarse un buen rato. ¿Qué narices hace? Sé que me ha visto. Lo

sé. Y eso se confirma cuando su mirada se cruza directamente con la mía cuando vuelvo a mirarlo. Alza una ceja con diversión. Hoy va vestido con otro traje elegante. Es negro y la camisa blanca que lleva debajo parece recién lavada, a pesar de que también debe de haber salido ahora del trabajo. Lleva una corbata negra que estira y por la que pasa los dedos para alisar la tela mientras toma un sorbo de su bebida.

—¿Va todo bien? —pregunta Joe.

—¡Sí! —contesto enseguida—. Solo me estaba fijando en las lámparas — señalo e inclino la cabeza hacia la decoración del Starbucks—. Son bonitas, ¿no crees? —No es del todo mentira. Siempre he apreciado la atmósfera de este sitio—. Probablemente las hayan hecho por encargo —cavilo. «Menudas dotes conversacionales, Chloe».

—Supongo. —Joe se encoge de hombros.

—Bueno, no es que se puedan comprar en cualquier sitio —añado, porque nunca me callo cuando debería.

—Imagino que no —comenta—. No querrán que cualquiera se haga con sus lámparas exclusivas. —Habla con amabilidad, como si no le molestaran mis absurdas observaciones sobre las lámparas.

—Exacto. —Asiento. Joe es muy simpático. Y muy atractivo. Tiene un bonito pelo abundante y oscuro—. ¿Eres italiano?

—No. —Niega con la cabeza—. Bueno, creo que no. Soy adoptado, así que no tengo ni idea. Mis padres son de descendencia escocesa y alemana.

Ah.

—Me encanta la comida italiana —comento. Porque esa es una respuesta adecuada cuando lo único que haces es meter la pata.

—Yo odio la comida italiana. —Joe frunce el ceño y niega con la cabeza, luego se ríe—. Era una broma. ¿A quién no le gusta la comida italiana?

¿Por qué nos mira Boyd? ¿Es algún tipo de venganza por fingir que no lo conocía el otro día en el hospital? Seguro que no he sido la única chica interrogada por el FBI que no ha querido que sus amigas se enteraran de ello. Ay, madre mía. ¿Se trata de una operación de vigilancia? ¿Están investigando a este hombre también? No. Niego con la cabeza mentalmente. No puede ser.

—¿Has estado alguna vez en el Serafina? ¿En la 18? Tengo una amiga que se puso de parto allí la semana pasada.

—Ah, vaya. Vale. —Hace una pausa—. Me alegro por tu amiga —añade con lentitud, porque probablemente no está seguro de qué responder a esa

información.

—Perdona —digo, sacudiendo la mano—. Lo que quería decir es que la comida italiana de allí es genial. Es verdad que mi amiga se puso de parto allí mientras comía, pero seguro que no te hacía falta saber esa parte.

—No te preocupes. Seguro que fue una comida muy emocionante.

—Sí. —Guardamos silencio un momento, y entonces—: Oye, ¿te cuento un chiste? —«Di que no. Deja de hablar, Chloe».

—Vale.

—¿Por qué se ponía protector solar el plátano? —Pues sí. Estoy contando chistes de segundo de primaria.

—¿Por qué?

—Porque no quería pelarse.

Joe asiente y suelta una risa falsa. De modo que continúo, como una idiota.

—Espera, tengo uno mejor —espeto—. ¿Por qué iba a clases de rap la gominola?

—¿Por qué?

—Quería convertirse en M&M.

Ojalá pudiera decir que me detuve ahí. Pero creo que al menos le conté dos más antes de que Joe por fin se diera por vencido y de forma educada le echara un vistazo a su reloj. Creo que no estoy lista para las citas. Los solteros de Filadelfia no deberían ser sometidos al desastre que soy yo. Y que Boyd fuera testigo de la escena no ha ayudado.

—Vale, ¡pues gracias! —digo y me pongo en pie de un salto y extendiendo la mano como si acabara de terminar una entrevista de trabajo, en vez de una cita. Sí. Imagino que tendrá que pasar al menos una década antes de que se me borre este recuerdo de la mente.

Abre los ojos algo más de lo necesario, pero, siendo el caballero que es, enseguida se recompone, me estrecha la mano y me da las buenas noches. Luego sale disparado del local. Lo observo abrir la puerta de vidrio y desaparecer de mi vista antes de mirar a Boyd. Él sonrío.

Capítulo 6

Boyd

—¿Qué haces? —me pregunta con la cabeza ladeada y las cejas alzadas de manera inquisitiva. Se esfuerza por mantener una expresión neutra, pero tiene los ojos ligeramente entrecerrados, lo que indica que es probable que esté enfadada conmigo, que sería normal, pero espera a oír mi respuesta antes de decírmelo. Al tener la cabeza ladeada, el cabello, recogido en una coleta, le cuelga hacia un lado y, aunque creo que nunca he sido fan de las coletas, ahora sí que me gustan.

—Eres un poco desastre —respondo. En realidad, no es una respuesta, es más bien una observación.

—No. —Niega con la cabeza y entrecierra los ojos aún más. Su tono, sin duda, indica que su enfado va en aumento—. ¿Por qué estás aquí? Concretamente en esa mesa, mirándome.

—Te he visto y me ha picado la curiosidad. —Eso es verdad. Me dirigía hacia la puerta cuando la vi. En medio de su cita. Con un tipo majo, encima. Hay que reconocerle el mérito por quedarse tanto tiempo. No mucho mérito, porque solo hay que verla. Serías un idiota si no lo intentaras.

—¿Que te ha picado la curiosidad? ¿Hablas en serio? —Abre mucho los ojos. Pues sí. Está enfadada, sin duda—. ¡Eres un gilipollas! —Baja la voz hasta un susurro cuando pronuncia «gilipollas», y sé que lo hace porque decir palabrotas en público ofende su sensibilidad de maestra. Pero oírla susurrar la palabra y echar un vistazo rápido alrededor para asegurarse de que nadie la ha

escuchado, bueno... me parece una escena de lo más erótica.

—Estaba fascinado —confirmo con un ligero asentimiento—. Cuando has empezado con los chistes de «se abre el telón»... Madre mía.

Me lanza una mirada asesina que tal vez funcione con alumnos de primaria, pero no creo que sea muy efectiva con hombres adultos.

—Es que no... —Se detiene—. No se me dan muy bien las citas.

—Una ayudita no te vendría mal —concuerto. Y me siento servicial, lo que es raro.

—Lo que pasa es que... —Me echa un vistazo y luego aparta la mirada—. Me pongo nerviosa y entro en pánico, por eso actúo de forma rara. Soy bastante normal casi siempre. Cuando estoy sola. —Entonces se encoge de hombros, se cruza de brazos y me mira con el ceño fruncido—. Últimamente te veo por todas partes. ¿Me estás siguiendo?

—¿Que si te estoy siguiendo? Este es *mi* Starbucks. Vivo a la vuelta de la esquina —le informo—. Tienes al menos dos Starbucks más cerca de tu piso que este. Creo que has elegido este Starbucks precisamente para toparme conmigo. —No creo que sea verdad, pero no me importaría que lo fuera. No me la he quitado de la cabeza desde que la vi por primera vez hace casi una semana.

—Eh, no —replica con sarcasmo. Al parecer es su manera de lidiar con los nervios—. En la primera cita nunca quedo con nadie en ningún sitio que esté en un radio de tres manzanas de mi piso.

¿Un radio de tres manzanas? Me mata. No creo que se lleve a muchos a la cama, lo que me complace de un modo ridículamente cavernícola.

—Bueno, eso suena muy... seguro por tu parte.

Asiente de un modo que me da a entender que la chica es un poco petulante en cuanto a las normas de seguridad. Joder, qué mona es. También estaba mona en la sala de interrogatorios del estadio. En realidad, ni siquiera hacía falta que la interrogara ese día; iba a dejar que se marchara en cuanto entrara en la sala, pero... solo quería oírla hablar. La vi por el espejo de vigilancia mientras se retorció sobre la incómoda silla plegable de metal. Su pie enfundado en una zapatilla rebotaba contra el suelo y ella se enrollaba un mechón de cabello en los dedos. Me sentí intrigado. No estoy seguro de por qué exactamente, pero me sentí atraído por ella. Ya me había hecho con su información personal antes de entrar en la sala, así que sabía que se había licenciado hacía poco y que tenía veintidós años, y que además trabajaba en un colegio de primaria. No era mi

tipo.

Más adelante me preguntó si iba a esposarla. Dios. La imagen de ella esposada a mi cama se materializó en mi cabeza al instante.

—Entonces, ¿has conocido a Joe por internet? —pregunto, dándole golpecitos a la mesa con los dedos.

—Sí. —Suspira y vuelve a mirar hacia la puerta—. Era majo, ¿verdad? Lo he fastidiado.

Sí, sí que lo ha fastidiado. Menos mal, joder.

—Necesito que me devuelvas ese favor que me debes —digo mientras visualizo exactamente lo que tengo que hacer, pero ella ya está negando con la cabeza antes de que yo haya terminado de hablar.

—No creo que te merezcas ningún favor ahora —contesta con la espalda recta y la barbilla alta. Su coleta se agita al negar con la cabeza y se cruza de brazos para enfatizar sus palabras—. Después de espíarme así, ¡espía! —Hace una pausa durante un segundo; entonces, suavizando el tono, pregunta—: No serás un espía de verdad, ¿no?

—No. —Niego con la cabeza lentamente. Menuda chica. Me recuesto en la silla y espero un instante antes de responder—: Vale. Si te parece bien que mi hermana y Everly se enteren de que estuviste a punto de que te detuvieran...

—¡No me detuvieron! —me interrumpe, alzando el tono mientras el enfado se refleja en sus ojos. Se desliza hasta la silla que ocupaba Joe y baja la voz—. No me detuvieron. Simplemente me retuvieron un par de horas —dice, negando levemente con la cabeza como si intentara quitarle importancia, cuando sé que en realidad se puso histérica.

—Da igual. —Me encojo de hombros—. Es una historia tan interesante... —Dejo la frase en el aire. No tendré que insistir demasiado. Me está oponiendo algo de resistencia, pero noto que despierto su curiosidad, y seguro que al menos querrá saber cuál es mi petición.

—¿No debería estar protegida por la confidencialidad entre agente y sospechoso?

—¿Te refieres a algo como el privilegio entre médico y paciente? —sugiero—. ¿O entre abogado y cliente?

—Sí. —Asiente—. Exacto.

—No. —Niego con la cabeza—. Lo siento.

—¿Y qué quieres? —pregunta con los hombros encorvados y una mirada de sospecha.

—Necesito una acompañante para una boda el próximo fin de semana.

La tensión le abandona los hombros y sus sospechas se transforman en confusión.

—Ni que tú no pudieras conseguir una cita de verdad. —Sueno algo mordaz y exasperada, y me entran ganas de sonreír.

—Podría, pero supone mucho esfuerzo. —Me paso la mano por la mandíbula como si estuviera contemplándolo en serio—. Si llevo a una cita de verdad, interpretará que la he llevado para poder presentarla a mi familia. Y si voy solo, mi madre se asegurará de que me siente junto a alguna mujer horrible que haya elegido para mí.

—Pero ¿por qué quieres que vaya contigo? Soy un desastre, como has expuesto con tanta elocuencia. ¿No te avergonzaré? —Se muerde el labio y me mira con los ojos muy abiertos.

—Como no será una cita de verdad, asumo que no te pondrás nerviosa y, por tanto, serás menos desastrosa —contesto—. A menos que yo te ponga nerviosa —añado con lentitud, frunciendo el ceño ligeramente, como si se me acabara de ocurrir. No es así. Sé que la pongo nerviosa; y probablemente parezca un cabrón, pero eso me gusta—. Además, te vendrá bien practicar.

—¿Practicar?

—Esas horribles habilidades que tienes para las citas —le recuerdo, y dirijo la mirada a la mesa vacía junto a la nuestra—. Podemos trabajar en cuáles son las conversaciones apropiadas que puedes entablar con un hombre adulto. —Siempre que ese hombre adulto sea yo.

Se muerde el labio inferior y me mira un instante, cavilando. Puedo esperar porque ya sé qué va a responder. Me quito una pelusa de la manga de la chaqueta y endezco los puños. Finalmente, asiente.

—Vale —acepta—. Supongo que te debo una —agrega, luego pone los ojos en blanco y suspira. Yo asiento, intentando que no se me escape la sonrisa.

—Necesitarás un vestido —le informo y espero la objeción que sé que me va a poner.

—Tengo vestidos —replica, pero unas pequeñas arrugas de preocupación le surcan la frente; he estado con bastantes mujeres como para saber lo que se le estará pasando por la cabeza. ¿Tiene el vestido adecuado? ¿Cómo de formal es el evento? ¿Qué llevarán las demás? Y claro, no creo que tenga presupuesto para comprarse un vestido. Acaba de terminar la universidad y tiene un sueldo de maestra: ambas cosas me dicen que no es probable que guarde un vestido

apropiado en el armario. «Joder, este plan es una genialidad», pienso mientras tomo nota mental de cancelar la cita que tenía para la boda en cuanto llegue a casa.

—Es un evento formal. Iremos a por un vestido este fin de semana.

Me mira mal.

—¿A qué te refieres con que iremos a por un vestido este fin de semana?

—Me refiero a ir de compras. Te recojo a las diez el sábado.

—Puedo comprar un vestido yo sola —declara con firmeza.

—Venga ya. Llevabas pantalones con dónuts estampados la segunda vez que te vi. Si es que se les puede llamar pantalones. —Esas putas mallas no dejaban nada a la imaginación. Y me he dedicado a imaginar mucho. Sobre todo sus piernas rodeándome las caderas—. Casi toda mi familia estará allí. Yo elegiré el vestido. —Me da igual el vestido. Quiero pasar un rato con ella sin que piense que es una cita, para que se relaje y sea ella misma.

—Vale, eso ha sido una grosería —espetta.

Me encojo de hombros.

—Además, me estás haciendo un favor —le recuerdo—. Así que yo pago el vestido.

—Pues vale —acepta con hosquedad.

—De nada —respondo.

—Eres imposible —suelta mientras niega con la cabeza—. Tengo que irme —añade un instante después de mirar a la ventana—. Se está haciendo tarde.

La acompaño al exterior y se detiene; apoya el peso de su cuerpo en un pie mientras da golpecitos con la punta del otro contra la acera.

—Bueno, pues adiós —se despide y se da la vuelta para marcharse.

—¿Has venido a pie? —le pregunto, y se detiene.

—Claro, es más o menos un kilómetro.

—Pues no vas a volver caminando a casa —le informo al mismo tiempo que trato de parar un taxi.

—Boyd, hay un montón de gente en la calle todavía, y además no son ni las diez. Es totalmente seguro.

Un taxi se para y abro la puerta trasera para que entre; le doy suficiente dinero al taxista como para cubrir la tarifa hasta su casa.

—Ah, no, chica segura; no voy a dejar que vuelvas caminando a casa tras esa historia de cómo has venido a pie porque no quedas con nadie en un radio de

tres manzanas de tu piso —digo con una sonrisilla mientras apoyo el brazo en la parte superior de la puerta abierta del taxi—. Después de oír esa información tan interesante, siento la responsabilidad masculina de asegurarme de que llegas a casa sana y salva.

—Eres un gilipollas —me espeta. Pero se mete en el taxi y yo sonrío. Esta chica no va a ser nada fácil.

Capítulo 7

Chloe

Boyd Gallagher tiene... algo. No sé bien qué. Pero tiene algo. Piensa que soy rarita, pero al menos yo nunca le he fastidiado la cita a nadie. Ni me he sentado en silencio a mirar. O lo que sea que estuviera haciendo. Supongo que siempre se sale con la suya porque es atractivo; nadie ha tenido el valor de decirle que su comportamiento es extraño.

No me puedo creer que tenga que ir a una boda con él; pero tiene razón, le debo una, y es verdad que necesito práctica. Y esa idea suscita otro pensamiento horroroso en mi mente: ¿y si hay que bailar en la boda? No, no «y si»; claro que habrá que bailar en la boda. Ha dicho que sería formal, ¿en qué boda formal no se baila? En ninguna, que yo sepa. La verdad es que no sé bailar bien. No he asistido a ningún baile desde el instituto, y nadie sabía bailar en aquel entonces. Cuando sonaba una canción lenta, te limitabas a moverte de un lado a otro con tu pareja hasta que la canción terminaba.

Noto una familiar oleada de pánico dentro de mí e intento deshacerme de ella. No es una cita de verdad. Si Boyd quiere bailar en la boda, simplemente le diré que no sé bailar y él llevará el baile. Puede que se ría de mí, pero ¿a quién le importa? No estoy intentando impresionar a una cita falsa. Crisis evitada, que no cunda el pánico.

Es la hora de la comida para mi clase, lo que significa que también es mi hora de comer. Treinta y cinco minutos de paz, también conocido como treinta y cinco minutos para sentarme sola en la sala de profesores. Una crece pensando

que el trauma de las comidas se había terminado con el instituto. No es así.

Soy nueva. Lo pillo. Pero las clases empezaron hace seis semanas y antes de eso tuve dos semanas de formación. Por lo que no soy tan nueva. No tan nueva como la sustituta que reemplazó a la señorita Clark cuando pidió la baja por maternidad tres semanas después de haber comenzado las clases. La sustituta que fue con la señorita Hildrew a ver esa nueva película de suspense de la que habla todo el mundo. Y que hace punto con la señorita Ackerley los martes. Por lo visto, es algo que se hace. Martes de punto. Y, vale, yo no hago punto, pero ¿cómo es que a ella le resulta tan fácil encajar?

Hacer amigos nuevos es difícil. Everly lleva siendo mi mejor amiga desde siempre. Siempre ha estado ahí: en el edificio de al lado, en la escuela, en la universidad. La gente se siente atraída por ella y yo me he beneficiado de eso. Porque la verdad es que Everly es mi proxeneta en cuanto a amigas. Es la que trajo a Sophie y a Sandra a mi vida. Es la que organizó a nuestra pandilla para jugar a truco o trato en primaria. La que traía a los chicos en el instituto y la que se hizo amiga de todas las chicas de nuestra planta en la universidad.

Y ahora se ha ido. Vale. Puede que me haya pasado de dramática. No se ha ido, se ha casado. Pero, por primera vez en toda mi vida, Everly vive a más de quinientos metros de mí. Vive a kilómetro y medio, para ser exactos. Está a menos de veinte minutos a pie. Pero es distinto. Ya no vivimos en un pequeño dormitorio juntas.

Simplemente no me di cuenta de que la transición a la vida adulta sería tan solitaria. Lo que es absurdo, pero ¿cómo vas a saber de antemano cómo irán las cosas? No tenía ni idea de que sería tan difícil hacer amigos en el trabajo. Somos maestros, por Dios. Maestros de primaria. Solo tengo que seguir intentándolo, es lo que me repito a mí misma. Y lo que les diría a mis alumnos. Debería predicar con el ejemplo, ¿no?

De modo que, cuando entro en la sala de profesores y veo que tengo dos opciones, una mesa vacía o un sitio libre en una mesa con algunos maestros, me siento en su mesa. Y saludo, aunque por dentro estoy temblando de los nervios; tengo miedo de tartamudear y sonar como una idiota; o de atragantarme con el pan y llamar la atención; o de decir algo inapropiado. Ya lo pilláis.

Pero todo va bien, creo. No genial, pero bien. La amistad entre estas mujeres está bastante arraigada. No necesitan a alguien nuevo, por lo que actúan de forma apática. Aun así, lo intento. Cuando la señorita Michaels menciona que se muere de ganas de ir a la nueva cafetería del centro y le pregunto si le gustaría quedar conmigo allí el domingo, se encoge de hombros y dice que la verdad es

que no le gusta salir de casa los fines de semana, pero trato de no tomármelo como algo personal.

De acuerdo, entonces.

Siempre puedo ir yo sola. Otra vez.

Después del trabajo, aparco el coche en el garaje y voy caminando a casa de Sophie. Su piso está muy cerca del mío, lo que es una gran ventaja. Mi estudio cabría en el cuarto del bebé de su sofisticado ático, pero merece la pena vivir en un espacio pequeño a cambio de tener una ubicación fantástica, así que no me importa.

Su marido, Luke, me recibe en la puerta. Tiene una toalla del bebé sobre un hombro y una amplia sonrisa dibujada en la cara. Me acompaña por la sala de estar que conecta con la cocina, donde está Sophie sentada en el sofá con la pequeña Christine envuelta en una manta y echada sobre un cojín a su lado.

—¿Puedo cogerla en brazos? —pregunto después de abrazar a Sophie.

—¡Por supuesto! —Sonríe y coloca al bebé en mis brazos—. Solo estaba mirándola un ratito.

—¿Mirándola? —repito. No estoy segura de por qué, dado que ahora soy yo la que se ha quedado mirándola. Rozo su cabecita con un dedo mientras ella pestañea. Es tan y tan mona.

—Sí, creo que la cojo en brazos demasiado. En plan, todo el rato. ¿Crees que todo el rato es demasiado? —comenta Sophie preocupada desde el sofá. Yo me siento en diagonal a ella, en una silla cómoda, y me recuesto para acercarme al bebé que sostengo en los brazos.

—Creo que tiene cinco días y que probablemente no haya ningún problema con que la cojas todo el tiempo que quieras.

Sophie asiente.

—Eso me ha dicho Luke, pero pensaba que quizás solo estaba siendo amable.

—Huele de maravilla —comento.

—¿Verdad? —exclama Sophie—. Creía que solo era yo, puesto que no soy muy objetiva, pero ¿a que huele de maravilla? Como a polvos de talco y a melocotones.

—Exacto. ¿Cómo te encuentras tú?

—Como si hubiera dado a luz hace menos de una semana, pero en general bien —bromea.

—Estás estupenda —le aseguro. Y es verdad. Está radiante y me da la

impresión de que la maternidad le sienta muy bien.

—De momento no da problemas; además, Luke parece saber lo que se hace, y eso me da más confianza, ¿sabes?

Asiento.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer este fin de semana? ¿Algún plan divertido? — pregunta.

Caray. ¿Debería decirle que iré de compras con Boyd porque resulta que voy a ir a una boda con él el próximo fin de semana? ¿Debido a que le debo un favor por guardar el secreto de lo de la detención del chico de mi cita? No. Rotundamente no. De ninguna manera quiero sacar ese tema, por lo que me centro en el bebé y murmuro algo sobre trabajar en las unidades didácticas. No es del todo mentira. Tengo que planear las clases además de ir de compras con su hermano.

—¿Y qué te pareció Boyd?

—¿Qué? —Levanto la cabeza con brusquedad. Aparto la mirada del bebé y se la dirijo a Sophie. ¿Se me da tan mal mentir?

—Boyd. Mi hermano. Lo conociste en el hospital el lunes.

Ah, vale. Uf.

—Parecía majo —respondo. No sé por qué. «Majo» en realidad no es la primera en mi lista de palabras para describir a Boyd Gallagher. Palabras como «guapísimo», «engreído», «entrometido», «fuerte», «sofisticado», «esculpido» e «ingenioso» me vienen a la mente. Pero «majo» ya me vale.

—Al parecer, Everly piensa que haríais buena pareja —comenta, intentando hurgar en mis pensamientos.

—Ya, bueno, Everly también se pasó quince años pensando que Finn Camden y ella eran perfectos el uno para el otro. No siempre puedes creerte lo que dice.

—También es verdad —concuerta Sophie con una carcajada.

Capítulo 8

Boyd

A las diez menos diez, llamo a la puerta del piso de Chloe. Sé que he llegado temprano, pero también sé que dentro de cinco minutos estará esperándome en el recibidor. Seguro que estoy infringiendo alguna de sus normas de seguridad al presentarme en su puerta, pero, a la mierda. Quiero ver dónde vive.

La puerta se abre un momento después y ella empieza a negar con la cabeza con las manos alzadas.

—Has llegado temprano —señala; deja la puerta abierta y se da la vuelta. Hostia puta. Lleva otras de esas condenadas mallas. Si se tratara de cualquier otra persona, pensaría que lo hace a propósito, lo de obligarme a pasar el día desviando la mirada de la curva perfecta que forma su trasero, pero me parece que Chloe no tiene ni idea. Las mallas de hoy son de color azul marino y se adhieren a cada centímetro de ella desde la cintura hasta los tobillos. Lleva una camiseta blanca de manga larga que le llega a la altura de las caderas, lo que no ayuda a cubrir el paisaje. Me sorprende a mí mismo pensando en si su chaqueta será lo bastante larga como para cubrirle el trasero, o si voy a pasarme el día esforzándome por no tener una erección.

La sigo al interior del piso y descubro que únicamente es una habitación; se trata de un estudio. Una pequeña cocina con aparatos de lo más antiguos se halla en un hueco a la izquierda. Su cama, individual, está enfrente, situada contra la pared. La colcha blanca parece cómoda; la cama está hecha a la perfección. Hay un pequeño sofá de dos plazas bajo la ventana de cara a la puerta y una cómoda

en la pared enfrente de la cama que también sirve como mueble para el televisor. Un baúl pintado de azul turquesa hace de mesita de café y se sitúa en mitad del reducido espacio entre el pequeño sofá y la cama. Una mesita de madera con dos sillas pintadas del mismo color que el baúl se sitúa en un rincón a mi izquierda y completa el piso.

—Por suerte para ti, estoy casi lista —declara antes de meterse en el lavabo, desapareciendo por una puerta al otro extremo de la diminuta cocina.

—Tómate tu tiempo —respondo, magnánimo, mientras inspecciono una serie de marcos colgados junto a la mesita. Para ser sincero, parece una selección de basura de algún mercadillo, pero me paro a contemplarla de todos modos. Hay una lechuza bordada que parece tener, al menos, dos décadas de antigüedad. Una vieja entrada para Hersheypark encima de una foto de lo que parece ser una Everly preadolescente abrazando a una versión igual de joven de Chloe. Una nota de amor escrita con lápices de colores para la señorita Scott de algún gilipollas llamado Mark. Basándome en la letra, Mark probablemente tenga ocho años, así que me olvido.

Me dirijo hacia su cama para echar un vistazo por las ventanas. Joder, qué pequeña es la cama. Aquí solo cabe Chloe, a lo sumo. Me detengo junto a la mesita de café y echo un vistazo a sus libros antes de agarrar el que está encima del montón. Cuando lo abro, Chloe regresa a la habitación haciéndose una coleta.

—Chloe, esto no puede ser en serio —comento con una carcajada mientras paso las páginas—. Nadie de tu edad usa esto —digo, sujetando su copia de *Citas para dummies*.

Abre mucho los ojos y se queda paralizada mientras se recoge el pelo.

—Es un regalo —asegura, apartando la mirada—. Para otra persona. Estaba a punto de envolverlos.

—Buen intento, pero este libro ya está subrayado, empollona —digo cerrando el libro mientras niego con la cabeza. Estoy a punto de dejarlo en la mesita de café cuando veo el segundo libro y me doy cuenta de que ha dicho que iba a «envolverlos»—. ¿*Sexo para dummies*? —Joder, como haya subrayado este, se me va a ir la olla.

Le sostengo la mirada y arqueo las cejas de forma desafiante mientras lo agarro de la mesa. Chloe suelta un chillido y se lanza hacia mí para recuperar el libro, pero yo ya lo tengo. Alzo el brazo, para mantenerlo fuera de su alcance, y ella choca contra mí, sus senos se presionan contra mi pecho a la vez que estira

un brazo con los dedos extendidos, tratando de alcanzarlo. La parte superior de su cabeza solo me llega a la barbilla, así que es imposible que me arrebaté el libro. Debería devolvérselo. Debería. Lo haré. En un minuto. Lo sostengo en alto, aún cerrado, y vuelvo a mirar hacia la portada mientras ella da un brinco en vano y sus senos se deslizan por mi pecho. Que Dios me ayude, huele a vainilla, joder.

—Doctora Ruth K. Wertheimer —leo de la portada—. Venga ya, Chloe. No me digas que recibes consejos de sexo de —vuelvo a mirar la portada— «la sexóloga favorita de los Estados Unidos». Debe de tener ochenta años.

—Bueno, seguro que el sexo era igual en su época —replica de inmediato y vuelve a dar un salto para intentar atrapar el libro—. Y yo soy buena estudiante. Se me dan mejor los libros que las personas.

—Yo puedo enseñarte cuanto quieras saber —me oigo decir. Dios, qué siniestro. Ella debe de pensar lo mismo porque deja de saltar y me lanza una mirada rara. Después se sube al sofá y me arrebató el libro de la mano.

—Qué gracioso —espeta finalmente, mientras se baja del sofá para dejar el libro en la mesita de café—. Ya sé que es una estupidez, ¿vale? —Apila los libros y los coloca de modo que las esquinas estén alineadas antes de alejarse de mí y de la mesa. Se detiene para recoger la goma de pelo que se le ha caído al suelo y se la coloca en la muñeca como una pulsera—. No hace falta que te metas conmigo. Ya sé lo ridícula que soy.

Joder.

Tengo que acordarme de tener más cuidado con esta chica. Es tan... insegura. Parece autosuficiente, pero, a pesar de ello, hay un trasfondo de inseguridad en sí misma que aún no comprendo.

Cruza el estudio, saca una chaqueta vaquera de un pequeño armario y se la pone, luego agarra su bolso y se lo desliza sobre el hombro.

—¿Listo?

Asiento y la sigo al exterior. La miro mientras cierra la puerta con llave y comprueba que esté bien cerrada. Bajamos en el ascensor en silencio y salimos a la calle, entonces pregunta si vamos a ir caminando.

—En coche —le digo, e inclino la cabeza hacia el coche aparcado frente a su edificio. Desbloqueo el seguro antes de abrir la puerta del copiloto para que entre, después camino hasta el otro lado del vehículo y me pongo al volante.

—Qué bonito —comenta, observando el interior de mi Range Rover—. Aunque esto es más de James Bond que de FBI —añade, y arruga ligeramente la

nariz y frunce el ceño con preocupación.

—¿Estás decepcionada?

Se encoge de hombros.

—Es un coche bonito —declara mientras se pone el cinturón de seguridad, cruza las piernas, y descansa las manos en las rodillas—. Pero no creo que te lo haya adjudicado el gobierno.

Me río.

—No, no me lo ha adjudicado. ¿Eso te decepciona? —pregunto antes de arrancar el vehículo para incorporarme al tráfico.

—Supongo que está bien. —Vuelve a encogerse de hombros.

Giro a la derecha hacia Schuylkill y le pregunto si ha aprendido nuevos chistes de «se abre el telón» desde la última vez que la vi.

Gira la cabeza y me mira.

—Muy gracioso.

—Lo digo en serio —señalo—. Lo estabas haciendo de muerte el otro día.

—Pues no. Pero hablando de muerte, ¿sabías que, en algún momento dado, hay entre veinte y cincuenta asesinos en serie en los Estados Unidos? ¿Lo sabías? —Se gira y me mira con los ojos muy abiertos de interés.

—Menuda transición esa, de chistes a asesinos en serie —comento mientras me dirijo hacia la I-676.

—Ah, sí. Perdona. —Sacude la cabeza—. Es que pensaba que serían menos.

—Ya.

—En plan, diez. Creía que serían diez. Quince, como mucho.

—Eso pensaría uno. —Asiento. En realidad, no. ¿Quién piensa en esas mierdas?

—Bueno, ¿y en qué departamento trabajas?

—Casi me da pena decirte que no es en la Unidad de Análisis de Conducta.

—Debe de ser difícil entrar en ese departamento —replica con un tono reconfortante mientras asiente. Lucho por no echarme a reír.

—Delitos cibernéticos —contesto.

—También es muy importante —declara.

—Sí —afirmo, con un pequeño asentimiento. Me imagino que pensará que investigo fraudes de tarjetas de crédito, o la piratería. Qué mona es.

—Bueno, ¿y tienes pistola? —pregunta y me mira como si llevara alguna escondida entre la ropa.

—Ahora, no. Pero sí. Y me la ha adjudicado el gobierno —comento—. ¿Eso compensa lo del coche?

—Un poco. Espera, ¿a dónde vamos? —inquire con las manos alzadas y mientras la autopista pasa a toda velocidad por la ventanilla.

—A comprarte un vestido —respondo, consciente de que esta respuesta vaga me procurará unos cinco segundos.

—¿Por qué estamos en la autopista? Ah, ¿vamos al centro comercial de los *outlets*? —La cara se le ilumina.

—A Nueva York —replico.

—¿Nueva York? ¡Eso son dos horas en coche! —Por el rabillo del ojo veo que me mira como si fuera idiota y su voz tiene un tinte de pánico—. Para ir y para volver, Boyd. Dos horas de ida y dos horas de vuelta. Vamos a tardar todo el día —añade, enfatizando «todo»—. ¿No hay tiendas en Filadelfia que gocen de tu aprobación?

—¿Tienes que ir a algún otro sitio? —pregunto, esquivando la pregunta.

—Sí —replica. Pero no suena sincera y le sale con un poco de hosquedad.

—¿A dónde? ¿Hay un maratón de series de crímenes esta tarde, chica segura?

—¡No! —exclama. Pero lo dice demasiado rápido y se retuerce en el asiento.

—Joder, sí que lo hay, ¿verdad? Qué rara eres.

Esta chica es increíble.

—Es un maratón de *Mentes criminales*, imbécil —replica, y esta conversación empieza a cobrar sentido. Compito con una puta serie de televisión.

—Así que querías estar en casa para ver episodios repetidos, ¿es eso?

—Pues vale —resopla—. Supongo que puedo ver las repeticiones en otro momento.

—Gracias —digo secamente—. Muy amable por tu parte.

—De nada —responde, y sinceramente no estoy seguro de si está siendo sarcástica o habla en serio.

—¿Cuál es tu personaje preferido? —pregunto—. De la serie, digo. —Está claro que me preocupa tener que competir con actores. Seguro que es el tipo musculoso, el agente Morgan. Lo que está bien, porque aún no me ha visto desnudo. Yo también puedo tirar abajo una puerta si fuera necesario. Una de verdad, no como las de mentira que hay en los sets de televisión.

—El doctor Reid —contesta, y juraría que su voz suena un poco jadeante cuando lo dice.

—¿El friki?

—Es un genio, Boyd. Y es muy mono. —Sonríe.

—Y ficticio, Chloe. Es un genio ficticio. Nadie tiene un cociente intelectual tan alto en la vida real. —De acuerdo. He visto algunos episodios. Al menos ese cabrón ficticio nunca consigue a la chica.

—Oye, ¿me enseñas tu placa?

«Sí, sin duda el fetiche policíaco por excelencia», pienso mientras llevo una mano a mi bolsillo trasero y saco mi cartera para lanzársela. Ella la abre y, al ver mi identificación oficial ahí, se la acerca para inspeccionarla, mientras pasa los dedos por el borde de la cartera en el proceso. Hace un ruidito de aprobación antes de cerrarla y devolvérmela.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Se enrolla un mechón de cabello en un dedo y se examina las puntas antes de soltarlo para mirarme.

—Claro. —Dejo atrás a un BMW que avanza con bastante lentitud, me pongo cómodo y la miro para que continúe.

—¿El FBI vigila las búsquedas de Google? En plan, ¿de manera aleatoria? ¿A gente normal?

—¿Gente normal?

—No delincuentes.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¡Es una pregunta real!

—Pero ¿por qué lo preguntas?

—Porque yo miro algunas cosas raras en Google —admite, y entonces suelta una bocanada de aire y niega con la cabeza—. No dejo de pensar en que alguien se presentará en mi puerta para preguntarme qué narices estoy haciendo. La verdad es que soy muy curiosa, solo eso, y todas las respuestas están a nuestro alcance, ¿sabes? Un par de clics y ya tienes tu respuesta.

—No creo que vayas a tener problemas —le digo.

Ella asiente, se quita las deportivas y se cruza de piernas sobre el asiento, luego se envuelve las rodillas dobladas con los brazos y se inclina en mi dirección.

—¿De qué vamos a hablar durante todo el día?

Lo pregunta de manera casual; sin embargo, aunque su postura es cómoda, refleja una actitud protectora, y la pregunta en sí me indica que no se siente

demasiado cómoda en situaciones sociales.

—¿Te pongo nerviosa?

—No eres tú en concreto. Lo que pasa es que no tengo don de gentes con los adultos. Soy una estrella del rock con los menores de diez, pero, con los mayores, no tanto.

—De ahí los chistes.

—Sí.

—Podemos hablar de tu fetiche con el FBI —propongo, imaginándome a Chloe participando en un juego de rol desnuda y me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que eso suceda.

—¡No tengo un fetiche! —exclama, luego hace una pausa y, tras un instante, continúa—: ¿Qué te ha contado Everly?

—Nada —digo riéndome e intento por primera vez en mi vida recordar activamente palabras que hayan salido de la boca de Everly. Cada vez que veo a esa chica, sale algo inapropiado de su boca. Por lo general, paso de las locuras que suelta—. ¿Everly era tu compañera de cuarto en la universidad?

—Y mi mejor amiga desde niña. La conozco de toda la vida.

—Eso tuvo que ser interesante —comento con algo de sarcasmo.

Ella se ríe.

—Sé que parece que esté medio loca, pero Everly es una gran amiga. Es la mejor.

—Tiene pinta de ser de esas amigas que hacen que acabes castigada.

—No. —Chloe se echa a reír, aunque es más una risita, y me pregunto en qué estará pensando.

—¿No te escapabas de casa? —insisto—. ¿No bebías cuando aún eras menor? ¿No te ibas con chicos?

—Puede que alguna vez —admite—. Pero, sinceramente, si ella no hubiera estado presente, es probable que solo me hubiera dedicado a leer y a estudiar, por lo que era como una mala influencia buena.

—Lo que tú digas.

—¡Tu hermana también se lleva bien con ella! —protesta.

—No me lo recuerdes.

—¿Y tú, qué? —pregunta, y mete una mano en el bolso para sacar el cacao de fresa. Lo destapa y se repasa los labios con él e inmediatamente pienso en sus labios cubiertos de fresa rodeándome la polla—. ¿Te castigaban a menudo?

—¿Qué?

—Que si te castigaban a menudo. De niño —repite, así que abandono mis fantasías de sus labios en mi polla y me concentro en nuestra conversación.

—No, la verdad es que no. Fui a un internado desde tercero de secundaria, así que no estaba en casa. A veces nos encerraban. —Echo un vistazo en su dirección—. Era nuestra versión de un castigo, supongo.

—¿En serio? —Sus ojos se abren mucho de la sorpresa—. ¿Tus padres te enviaron a un internado?

—No, no me enviaron. Lo pedí yo.

—¿Por qué?

—Sabes que mi padre era senador —digo, y la miro—. Siempre había algún puñetero evento político para recaudar fondos o un mitin al que querían que asistiera. Lo detestaba. El internado era perfecto para que mis padres guardaran las apariencias por no estar yo con ellos estrechando manos y sonriendo.

—Ah. —Guarda silencio—. Eso es un poco triste.

La miro y luego devuelvo la vista a la carretera. Ah, ¿sí?

—Era más feliz en el internado. Hacer de padres no les salía de manera natural. Creo que mi marcha fue un alivio para todos.

Ella asiente con interés.

—Además, mi colegio estaba mucho más cerca de la casa de mis abuelos en New Hampshire, así que pasaba algunos fines de semana y puentes con ellos. —Lo cual, prefería.

Vuelve a asentir, callada durante un instante.

—Bueno, ¿y cómo voy? —pregunta, y no sé bien qué quiere decir.

—¿A qué te refieres?

—Con la práctica. Eso es lo que hacemos, ¿no? Practicar mis habilidades de conversación para no avergonzarte delante de tus amigos y de tu familia el próximo fin de semana.

Ah, ya.

—Yo creo en ti. Tú eres la que tiene que creer en sí misma —digo.

—Vale —contesta en voz baja.

—Además, no puedes avergonzarme.

—Ah, ¿no?

—Es imposible.

Veo que me observa mientras piensa en ello.

—¿Tienes una relación cercana con tus padres? —pregunto con la esperanza de desviar la conversación a algo a lo que no le vaya a dar demasiadas vueltas.

—No. —Niega con la cabeza—. No, la verdad es que no. Se divorciaron cuando era pequeña. Mi padre se mudó a Nueva York y no lo vi mucho más. — Me echa un vistazo y luego vuelve a mirar por la ventana—. Por lo visto, estas dos horas de viaje eran demasiado, porque cancelaba las visitas a menudo. Mientras tanto, mi madre se mantenía bastante ocupada buscando un sustituto. Creo que yo estaba en medio, ¿sabes? —No espera a una respuesta—. Siempre salía con un tío u otro y después acababa llorando cuando rompían. Me sentía mal, pero la verdad es que no podía lidiar con ella.

—Porque eras una niña, Chloe, no era tu trabajo lidiar con ella.

—Supongo. —Desdobla las piernas y apoya los pies en el suelo, después cruza una pierna sobre la otra—. Pero tenía a Everly, así que todo bien. Ella siempre me incluía en su vida. Incluso a veces me iba de vacaciones con su familia. Y aunque dé la impresión de ser un poco brusca —continúa Chloe—, Everly era una buena niña. La verdad es que no nos metíamos en muchos líos. Aunque es cierto que ella era la extrovertida. Prácticamente me arrastraba a sus aventuras, pero, como he dicho, era bueno para mí, si no, me habría quedado en mi zona de confort para siempre, ¿sabes?

—Claro. A veces necesitamos un pequeño empujón.

—Exacto. En plan, seguramente seguiría siendo virgen de no ser por Everly.

—¿Has hecho algún trío con Everly?

—¿Qué? ¡Por Dios, no! —Está nerviosa—. ¡No! A ver... ya sabes a qué me refiero.

Sí que lo sé. Le dibujo una sonrisa.

—¿De verdad has tenido relaciones sexuales alguna vez?

—¡Pues claro que sí! —protesta—. Por supuesto. Sí. —Levanta una rodilla por encima del asiento, se la pone contra el pecho y la envuelve con los brazos antes de volverme a mirar.

—Vale —contesto, cauteloso.

—Estuvo bien, supongo.

Estuvo bien, supone. ¿Que estuvo bien, supone? Le doy golpecitos al volante con el dedo índice durante un segundo, pensando en cómo continuar sin hacer que deje de hablar.

—¿Y a qué viene el libro de *Sexo para dummies*? ¿Es que ha pasado mucho tiempo? Es como montar en bici, Chloe. Nunca se olvida. Solo tienes que volver

a montarte, por así decirlo. —«Hostia puta. Cierra la boca, idiota».

Se mordisquea el labio inferior durante unos segundos antes de contestar:

—Supongo.

Le sonrío.

—¿O necesitas instrucciones básicas?

—Me sé lo básico, gracias. —No creo que vaya a decir nada más, pero entonces continúa—. Everly no para de decirme que simplemente necesito a alguien que sepa lo que hace, pero creo que soy yo. ¿Sabes? Así que he pensado que estudiar podría ayudarme. He intentado ver porno, pero es que... —Deja de hablar.

—¿Es que qué? —pregunto, mientras mi polla me dice que me calle porque quiere centrarse en la imagen de Chloe viendo porno.

—Es que esa gente ya se gusta —dice, dándose golpecitos en la rodilla doblada con los dedos—. Se gustan un montón, ¿no? Han dejado atrás toda la parte incómoda.

—¿Cuál es la parte incómoda?

—Para empezar, ¿le digo que entre?

La miro con la ceja arqueada.

Se cubre los ojos con las manos de golpe.

—¡En mi casa! —aclara—. ¿Le digo que entre en mi casa? ¿O espero a que saque el tema? ¿A qué distancia de él me siento? ¿Hasta qué punto he de mostrar que me gusta? ¿Lo invito a pasar la noche conmigo? ¿Espero a que él dé el primer paso? A ver, ¿cómo sé que los dos queremos lo mismo? Puede que uno de los dos esté pensando que van a follar apasionadamente, y que el otro esté pensando en nachos. —Suspira—. La transición de las citas de la universidad a la vida adulta no es fácil. Y tampoco es que se me diera genial en la universidad. Me entra ansiedad en situaciones sociales.

—Chloe, prométeme que no vas a repetir lo que estoy a punto de decirte.

—Vale.

—Jamás. Va en serio.

—¡Vale! ¡Te lo prometo! —Ladea la cabeza y esboza una ligera sonrisa, entretenida con mi dramatismo.

—No es fácil decir esto. Y espero no tener que volver a repetirlo nunca, pero... Everly tiene razón.

Chloe echa la cabeza hacia atrás y rompe a reír y, solo por eso, merece la pena estar de acuerdo en algo relacionado con Everly.

Capítulo 9

Chloe

Boyd es un engreído. Y está bueno. Y es bastante agradable, aunque sea un engreído. Sería un completo manojito de nervios si lo hubiera conocido en una página web de citas. No es que estemos en una cita. Casi me río ante la idea. Está claro que no es una cita, ni siquiera se fía de que sea capaz de vestirme solita para nuestra falsa cita. En fin. Pero el viaje en coche ha sido agradable. No tan incómodo como pensé que sería, y vamos muy bien de tiempo; solo hemos tardado noventa minutos en llegar al túnel Lincoln. Si la policía parase a Boyd por sobrepasar el límite de velocidad, ¿se libraría si enseñara su placa?

Cuando nos adentramos en el túnel y nos rodea la oscuridad, me pregunto qué narices me va a elegir para la boda. «Más vale que no sea corto», pienso, y le dirijo una mirada furtiva. Seguro que está acostumbrado a mujeres con vestidos *sexys* y cortos. Quizás pueda fingir ser *sexy* por una noche. Un momento, esto me recuerda...

—¿Se supone que el próximo fin de semana tendré que fingir que se trata de una cita de verdad? ¿O tengo que fingir que voy allí como amiga?

Avanzamos a toda velocidad y, aunque el túnel esté iluminado, en el coche hay mucha más oscuridad que hace unos minutos. Me mira, tiene la cara sumida en la penumbra, pero advierto su mirada analítica.

—¿Te pone nerviosa nuestra falsa cita?

—¡No! —Puede que un poquitín—. Solo quería aclararlo porque no lo has mencionado.

—Es una cita falsa real —declara, parece un poco molesto.

—Falsa real —repito—. Es muy confuso.

—Solo finge que te gusto.

—No me disgustas —replico amablemente—. Estás bien.

Se pasa la lengua por el labio inferior y me mira de reojo.

—¿Qué? Tan solo he admitido que no será demasiado difícil fingir que me gustas. —Este chico me confunde un poco.

—Genial —dice mientras ralentiza el coche al salir del túnel y nos dirigimos hacia un semáforo.

—Mira, seguro que no estás acostumbrado a que las chicas finjan que les gustas, pero esta falsa cita ha sido idea tuya, no mía.

—Tienes razón. No estoy acostumbrado a que las mujeres finjan que les gusto. —Sonríe con suficiencia. Ni siquiera me mira, tiene la atención puesta en la carretera, y me parece que sonríe para sí mismo. Gilipollas.

No obstante...

No obstante no puedo evitar pensar que se ha ganado esa sonrisita. Admito que siento curiosidad. Aunque nunca vaya a pasar, mi imaginación no es igual de tímida que yo. Por lo que lo visualizo encima de mí, apoyándose en esos brazos. Lo cierto es que tiene muy buenos brazos. Lleva un suéter de color azul marino que se ha remangado hasta los codos en algún momento durante el viaje, de modo que he tenido tiempo de mirarlos de cerca, y sí. Perno de brazos. Seguro que no le cuesta nada abrir las tapas duras de los botes. O follar. Ninguna de las dos cosas.

—¿Es nuestra primera cita? ¿La boda? ¿O llevamos tiempo saliendo?

Asiente con lentitud, como si le pareciera bien que planee nuestra historia.

—No es nuestra primera cita, pero es una relación nueva. ¿Qué te parece?

—Vale, me va bien.

Guardo silencio mientras Boyd se desplaza por las calles de Manhattan. Parece que tiene un destino en mente y, aunque tengo curiosidad, no me importa dejarme llevar. Es bastante agradable dejar que alguien tome el mando por un día. Nueva York tiene una energía especial, es divertido verla desde la comodidad del coche. Filadelfia también es una ciudad enorme, pero nada que ver con el caos de Manhattan. Filadelfia es más de mi estilo, pero será divertido pasar el día en Nueva York.

Boyd gira hacia la calle 17 y entra en un *parking*. Vuelvo a ponerme las deportivas y me aplico una capa nueva de cacao de labios mientras él localiza

un sitio libre. No he llegado a ver cuál era la calle transversal antes de aparcar, pero salimos del *parking* y llegamos a la Quinta Avenida después de caminar una manzana.

—Tenemos que hacer una parada primero —explica mientras se pone unas gafas de sol con una expresión seria.

—Vale —acepto, encogiéndome de hombros.

Avanzamos un par de manzanas más hacia la 19 y luego nos dirigimos al oeste. No hablamos, pero el silencio no es incómodo. Si es que se le puede llamar silencio. Nueva York es muy ruidosa y parece que ambos nos contentamos con escuchar los sonidos de fondo: gente gritando, bocinas pitando y neumáticos chirriando.

Caminamos media manzana y entonces Boyd se detiene y mantiene una puerta abierta para que yo pase. Sus ojos están ocultos tras las gafas de sol, pero su sonrisa me indica que se divierte. Me paro y alzo la mirada. Dough. Miro hacia el interior de la tienda. Es una tienda de donuts llamada Dough, es decir, masa en inglés. ¿No es adorable?

—¿Me has traído a una tienda de donuts?

—¿No te gustan los donuts? —El tono de su voz es de incredulidad fingida—. ¿Estás segura? La verdad es que pensaba que lo había clavado después de ver aquellas mallas tuyas.

Pongo los ojos en blanco mientras él se ríe.

—Eres gilipollas. —digo.

Pero entro en la tienda de todos modos porque ¿a quién no le gustan los donuts? Y, madre mía, el aroma que llega desde el interior me está llamando. Nos dirigimos al final de la cola y me pongo de puntillas para leer el tablero con la carta por encima de las cabezas de la gente. Ah... donuts especiales. ¿Cómo voy a decidirme? Llegamos al mostrador y Boyd me dice que pida primero. Elijo el donut de Nutella. Y uno de dulce de leche. Y uno de calabaza. Es de temporada, así que no puedo dejarlo pasar. Además, ¿quién sabe cuándo volveré?

—Perdona, ¿todos esos son para los dos? —suelta Boyd.

—Cállate.

Él pide un donut de canela y azúcar y luego me pregunta si también quiero café. ¿Está loco? ¿Un donut?

—También quiere un donut de chocolate y caramelo —le digo a la chica que se encarga de nuestro pedido—. Y dos cafés, por favor.

Agarro ambas bebidas y me dirijo al mostrador de al lado, Boyd me sigue con los donuts.

—Es imposible que puedas comerte cuatro donuts. —Niega con la cabeza con una sonrisa en los labios.

—No —acepto—. Pero sí que puedo probar cuatro donuts.

Asiente.

—Lo que has hecho ha sido muy de novia.

—¿Qué? —pregunto, sin entender a qué se refiere. Le quito la tapa a mi café y echo unos sobres de azúcar y leche en polvo—. ¿Quieres añadir algo al tuyo? —Inclino la cabeza hacia el segundo vaso.

—Café solo me va bien —dice—. Lo de pedir comida para mí para que te la puedas comer tú. —Hace un gesto hacia el mostrador—. Ya eres una profesional.

—Gracias.

—Aunque la verdad es que nunca he salido con una chica que se pida tres donuts. —Me guiña un ojo.

—Como si llevaras a tus citas a comer donuts —replico con sarcasmo.

—¿No? ¿A dónde las llevo? —inquire, mientras se dirige a un par de asientos vacíos junto a la ventana y con vistas a la

calle 19. Dejo los cafés en la mesa y me siento en el taburete, mis pies descansan sobre una barra de metal. Boyd se acomoda en el suyo, con un pie apoyado en el suelo, la otra rodilla doblada y su cuerpo girado hacia mí. Le doy un repaso rápido antes de contestar. No puedo evitarlo.

—Al gimnasio. Creo que te las llevas al gimnasio. O les pides una cita en el gimnasio y luego te las llevas de copas y a practicar sexo.

Parece que se lo está pensando mientras abre la caja de donuts que hay entre nosotros y toma el de canela y azúcar.

—¿Tengo permitido comerme este? —pregunta con las cejas alzadas.

—Claro, tonto, ese es el tuyo.

Aunque me pregunto qué sabor tendrá. Agarro el de dulce de leche y le doy un bocado antes de volver a depositarlo en la caja. Bebo un sorbo de café y pillo el de calabaza mientras observo el de chocolate y caramelo, y también el de Nutella. Creo que voy a probar el de chocolate y caramelo antes que el de Nutella. Sí, ese es mi plan de ataque. Dejo el de calabaza y tomo el siguiente donut, entonces veo que Boyd me está observando.

—¿Qué?

—Nada. —Sacude la cabeza, y me observa mientras me meto el de chocolate y caramelo en la boca.

—Deberías probar el de calabaza —ofrezco mientras vuelvo a mirar el de canela y azúcar que tiene en la mano—. Es de temporada —añado, como si fuera su eslogan.

Me pasa su donut a medio comer y sonrío antes de darle un bocado y devolverle el resto.

—Gracias —le digo tras otro sorbo de café—. Me ha venido bien para limpiarme el paladar antes del plato fuerte.

—¿Un donut para limpiarte el paladar?

—Pues sí. —Se termina su donut mientras yo tomo el de Nutella—. ¿Quieres probar este? Porque quizás no pueda parar una vez que empiece.

Me mira a mí, al donut y luego a la ventana antes de declinar la oferta con una expresión distraída en la cara. Probablemente tenga prisa en ir de compras.

Le doy un bocado, intentando no mancharme la camisa de azúcar glas. Por suerte, voy de blanco, así que tampoco se notaría mucho. Se me llena la boca de Nutella y gimo. Perfecto. Puede que tenga que comerme este donut entero. Le doy otro bocado y me retuerzo en el taburete en medio de una ola de felicidad azucarada y Boyd se ríe de mí. Escoge el de calabaza y se lo acaba a la vez que le doy otro bocado al nirvana de Nutella. Cuando he terminado, me limpio las manos en una servilleta de papel y sujeto mi vaso. Boyd me mira como si estuviera listo para marcharse.

—Te has manchado de azúcar glas —dice mientras se inclina adelante y usa el pulgar para limpiarme la esquina de la boca. Me quedo paralizada, sorprendida de que me toque. Me parece extrañamente íntimo que me limpie el labio, aunque me gusta. Me gusta mucho, pero se trata de Boyd, de modo que no creo que signifique nada, aunque el corazón se me haya disparado y sus ojos sean magnéticos. Luego me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, se pone en pie y el momento termina.

—Vamos —dice mientras se quita las gafas de sol del cuello de la camisa y se las pone.

De acuerdo, vale. Vamos. Es evidente que lo que sea que haya pasado solo ha sucedido dentro de mi cabeza. Salimos de Dough y avanzamos en dirección contraria por la calle 19.

—Ah, una tienda de cajas —digo con entusiasmo cuando veo la tienda.

—¿Eso te excita, Chloe? ¿Quieres entrar?

—Cállate —espeto mientras cruzamos la calle—. A lo mejor después.

Giramos en la Sexta Avenida y luego en la calle 17 y, tras caminar un poco, estamos en el exterior de Barneys. Me detengo antes de entrar.

—¿En serio?

—¿Qué tiene Barneys de malo? —pregunta.

—Parece una tienda un poco conservadora.

—La boda también será un poco conservadora —señala, y se quita las gafas y se las coloca en el cuello de la camisa—. Recuerda que estamos practicando —añade, y luego me toma la mano y me lleva al interior.

¿Por qué narices me toma la mano? Y no la suelta; en vez de eso, sigue caminando con mi mano en la suya, como si fuéramos pareja. Empiezo a entrar en pánico antes de asumir que, como ha dicho, estamos practicando. «Respira hondo, déjate llevar, Chloe». Para cuando llegamos a la sección de vestidos de mujer, disfruto de nuestras manos juntas. Pero entonces empiezo a preguntarme si me suda la mano y vuelvo a ponerme nerviosa. Entonces, una dependienta nos intercepta y nos ofrece ayuda, así que Boyd me suelta.

Y luego me rodea el hombro con un brazo.

Para ser sincera, ni siquiera oigo la conversación entre ambos porque lo único en lo que puedo concentrarme es la sensación del brazo de Boyd rodeándome. Y en la sensación de su pecho justo donde nuestros cuerpos conectan. Lo tiene duro. Realmente sólido. Y huele bien. No tengo más pensamientos coherentes aparte de ese. Y creo que me he perdido un montón de cosas mientras estaba en mi mundo, pensando en el pecho de Boyd, porque, cuando me doy cuenta, estoy dentro de un probador lleno de vestidos.

Excepto uno, que no es un vestido. Es un mono brillante. Corto y muy escotado. Ah. Me lo pruebo por mera curiosidad y casi me río ante mi reflejo. De ninguna manera. La parte de los pantalones es más corta que los pantalones de pijama con los que duermo. Creo que esto es un pijama cubierto de lentejuelas.

Abro la puerta del probador y salgo, esperando que Boyd se ría conmigo por lo ridícula que es esta prenda, pero cuando alza la vista del móvil, se queda quieto y, entonces, sus ojos parecen desplazarse a cámara lenta desde mi cabeza hasta los dedos de mis pies. Al parecer, no encuentra esta prenda tan divertida como yo.

—Quítate eso.

—¡Yo no lo he elegido! —protesto, todavía pensando en lo ridícula que es.

—No vas a llevar eso en público.

Vaya, madre mía. No, no iba a llevar esto más allá del probador, pero no pensaba que me quedara tan mal. No era necesario comportarse como un gilipollas. Cuando me giro, murmura:

—Dios, apenas te cubre el culo.

Entonces llama a Angie, la dependienta, mientras cierro la puerta del probador y me examino en el espejo. No es algo que yo me pondría, pero es bastante *sexy*.

Me pruebo unos cuantos más y los descarto por un motivo u otro; algunos los dejo en la pila de los posibles, hasta que me pongo el que llevo ahora mismo. Es de encaje negro sobre una tela de color carne, de manga larga y con un escote me llega a la altura del esternón, pero cuyo bajo me queda unos centímetros por encima de las rodillas. Creo que es bastante *sexy*, aunque es más elegante que atrevido. El forro de color carne lo cubre todo, por supuesto, pero hace que el vestido destaque más de lo que lo haría con un forro negro. Me recojo el pelo por encima de la cabeza para imaginarme el *look* final y me pongo de puntillas para ver cómo luciría con tacones. Me he enamorado de este vestido.

—Déjame verlo —dice Boyd desde fuera del probador.

—¿Cómo sabes que este me gusta lo suficiente como para salir?

—Porque llevas cinco minutos con el mismo vestido y finges que llevas tacones —responde con sequedad.

Un momento. Abro la puerta.

—¿Me estás mirando por debajo de la puerta del probador? Eso es muy de perverso.

Esboza una lenta sonrisa.

—Lo único que se ve son tus pies y las pantorrillas.

—A lo mejor tienes un fetichismo de pies.

Baja la mirada a mis pies descalzos y entonces se levanta y se acerca hasta que se queda a unos centímetros de mí. Alzo la mirada y se me corta la respiración. Joder, ¿va a besarme? Dejo de respirar mientras me coloca las manos sobre los hombros y me da la vuelta, entonces vuelvo a respirar cuando sus dedos se desplazan hasta la cremallera. Cierto, me había olvidado de que solo la había subido hasta la mitad. No alcanzaba a subirla del todo. Intento no quedarme quieta mientras sube la cremallera, pero ojalá lo hiciera más rápido.

—Perfección —murmura una vez que me ha subido la cremallera.

—¿El vestido es perfección? —pregunto mientras me doy la vuelta de nuevo

y separo los brazos de mi cuerpo para examinar las mangas.

Su mirada se cruza con la mía y transcurre un segundo antes de confirmar:

—Sí, el vestido es pura perfección.

Vuelvo a vestirme con mi ropa mientras Boyd paga el vestido. Angie se lo lleva del probador y lo mete en una bolsa con el logotipo de Barneys New York impreso. Cuando nos dirigimos a la sección de calzado, pasamos por delante de la sección de lencería de mujer. O, al menos, yo paso por delante de la sección. Boyd se detiene. Doy algunos pasos hasta que me doy cuenta de ello y entonces giro sobre mis talones y lo veo con la cabeza ladeada hacia la zona de lencería con una expresión seria en la cara.

—No —espeto mientras me doy la vuelta una vez más y sigo caminando. Lo oigo reírse cuando intenta alcanzarme.

—¿Estás segura? Pago yo.

—Rotundamente no, Boyd. Tengo ropa interior, muchas gracias. Esta excursión para ir de compras ya es suficientemente rara.

—¿Por qué es rara? —pregunta sorprendido de verdad.

—No sé, se me hace raro que me compres cosas.

—No tienes que preocuparte —declara mientras sujeta un zapato de tacón que espero que no pretenda que me lo ponga—. Tengo dinero de sobra. Ni siquiera me lo he ganado. Joder, ni siquiera mis padres se lo han ganado.

Me paro con un zapato en la mano y lo miro con los ojos como platos.

—¿Lo habéis robado?

—¿Qué? No. —Se echa a reír con una expresión de auténtica diversión—. ¿Lo... dices en serio?

Eh, ¿lo hago?

—Bueno, no; probablemente no habrías pasado la revisión de antecedentes del FBI si procedieras de una familia de gitanos. —Ah, un momento, ya me acuerdo. Sophie recibió algún tipo de herencia cuando Boyd la encontró el año pasado. Es su medio hermana, una hija que tuvo su padre, fruto de una aventura que nadie conocía. Ella ni siquiera sabía que el fallecido senador era su padre, ni que tenía un hermano hasta que Boyd la encontró—. ¿Has recibido una herencia?

Asiente.

—¿Y entonces por qué trabajas?

—¿Por qué no iba a trabajar? —Me mira con auténtica confusión—. Mi abuelo me habría cantado las cuarenta si no me hubiera tomado los estudios en

serio ni hubiera elegido mi propia profesión. Además, me gusta lo que hago.

—¿Cuál era la profesión de la familia? Tu padre era político, así que imagino que no formaba parte del negocio familiar.

—Golosinas.

—Estás de coña.

—Pues no. —Niega con la cabeza, riéndose—. Creía que lo sabías.

—Sophie nunca lo ha mencionado. —Me pruebo unos tacones que me ha traído la dependienta, llamada Catie, me pongo en pie y doy unos pasos por la zapatería para ver si son cómodos.

—Pruébate estos —indica Boyd, y me pasa los zapatos de tacón más altos. Me siento, me los pongo y vuelvo a ponerme en pie. Son tacones de aguja—. Nos llevamos estos —declara Boyd y le da su tarjeta de crédito a Catie mientras sigo practicando cómo caminar con ellos.

—Boyd, no sé —murmuro. No estoy segura de que vayan conmigo—. Estos son —bajo la voz— demasiado *sexys*.

—No veo el problema —replica, desplazando la mirada hasta mi cara—. Estás practicando, ¿recuerdas?

—¿Me quedan bien? —Ya estoy medio enamorada de ellos. No es que tuviera otro sitio donde llevarlos excepto en la boda. No creo que peguen con las mallas, eso seguro. Aunque el vestido es bastante modesto, los tacones lo harán más *sexy*, pero no demasiado.

—Te quedan fenomenal —contesta Boyd—. ¿Son cómodos?

—Sí. Pero ¿crees que son seguros? ¿Y si me tropiezo con ellos?

—Te sujetaré —responde.

«No es que fuera a correr con ellos», pienso, y me encojo de hombros. Me los quito y Boyd se los da a la dependienta para que los meta en una caja mientras vuelvo a ponerme las deportivas.

—Gracias por los zapatos, cielo —digo, y le guiño un ojo teatralmente.

Capítulo 10

Boyd

Creo que nunca me he esforzado tanto para pasar tiempo con una chica, pero cuando salimos de la tienda no quiero que se acabe el día. Caminamos de vuelta al coche, Chloe mueve la bolsa de los zapatos y yo llevo la bolsa del vestido colgando del hombro. Ella no ve esto como una cita, por lo que está relajada, y quiero aferrarme a eso un poco más. Caminamos en un silencio cómodo por la calle 17 y, cuando tendríamos que atajar por la sexta avenida para recoger el coche en la 18, sigo caminando.

—¿El coche no estaba en esa dirección? —pregunta Chloe cuando se da cuenta de que estamos de nuevo en la misma intersección por la que hemos pasado antes de ir a Dough.

—Tengo que pasar por American Apparel —le digo al recordar que he visto uno cuando íbamos a la tienda de donuts.

—Vale. —Se encoge de hombros—. No hay problema. —Me gusta verla así, con la guardia baja. Aunque también es muy divertido cuando está nerviosa.

La llevo a un American Apparel y escojo unas camisetas de cuello redondo que realmente no me hacen falta mientras Chloe se para delante de unas camisetas con mangas raglán, por lo que también compro un par de ellas.

—¿Y qué te hizo decantarte por el cumplimiento de la ley en vez del negocio de las golosinas? —pregunta cuando estamos de nuevo en el exterior.

—Las mujeres —digo mientras la dirijo por la calle 19 hacia Broadway, sin otro motivo que el de ir en la dirección opuesta a la del coche. Me mira mal, con

una de esas miradas típicas de Chloe, y me río—. Es una broma. Nunca pensaba meterme en el negocio de las golosinas. Estoy en el consejo porque mi abuelo me lo pidió, pero los negocios nunca me han llamado la atención. Me gusta la tecnología desde que era pequeño. Empecé pirateando aplicaciones de juegos, creando soluciones alternativas para ganar en los juegos. Ese tipo de cosas. Digamos que a partir de ahí la cosa progresó. El FBI me reclutó poco después de terminar la universidad.

—Seguro que tienes mucho talento —comenta con inocencia.

—No te haces la menor idea —digo lentamente con los ojos fijos en los de ella. Chloe pilló el doble sentido y sus ojos se abren mucho y se mordisquea el labio inferior.

—Seguro que sí —replica; es obvio que no sabe cómo responder. Se detiene junto al escaparate de Fishs Eddy—. Entremos aquí —propone. Se balancea un poco sobre las puntas de los pies cuando lo dice. Miro el escaparate: parece una colección de mierda salida del garaje de una abuela, pero como eso le hace sonreír, acepto. Abro la puerta y la sigo al interior.

Voy detrás de ella por la tienda, observándola mientras se pasea y se detiene ante cosas que le interesan y pasa los dedos por artículos de especial interés. No tengo ni idea de dónde me he metido. La tienda está atestada de principio a fin de una extraña colección de mierdas para el hogar. Pero Chloe está embelesada. Una gran parte de los artículos tiene un estilo simple y clásico que me recuerda un poco a la colección de marcos de fotos que tenía colgada en su piso. Después de mirarlo todo, vuelve a recorrer la tienda una segunda vez y agarra una pequeña selección de artículos, y menciona las Navidades antes de dirigirse a la caja registradora. Estamos en octubre, así que no estoy seguro de qué cojones habla, pero no digo nada.

Salimos de la tienda, continuamos caminando por el distrito de Flatiron y entramos en tiendas que le llaman la atención. Terminamos junto a Beecher's.

—Vamos a cenar. —Inclino la cabeza hacia la tienda—. Tienen un restaurante abajo.

—¿Tampoco tienes ninguna cita para esta noche? —Se para en seco en la acera y levanta una ceja con incredulidad.

—Necesitas practicar. Venga —le digo, y sostengo la puerta abierta. Ella niega con la cabeza, pone los ojos en blanco y entra en el establecimiento. Es temprano, así que nos dan sitio de inmediato. Chloe hunde la cabeza en la carta y empiezo a preguntarme si me he imaginado la forma en la que me ha mirado

en la tienda de donuts. Entonces cierra la carta y habla.

—¿A quién le dijo la naranja: «Quieres ser mi cita, o pasas»?

Mis labios esbozan una sonrisa por más que intente mantener una expresión seria.

—¿Estás nerviosa? Solo practicamos, ¿recuerdas?

Se retuerce un poco en la silla y asiente.

—Cierto.

La camarera viene y nos toma nota. Un filete para mí, macarrones con queso para Chloe.

—¿Macarrones con queso? —pregunto en tono de burla y con una ceja arqueada.

—Estamos en un restaurante debajo de una tienda de quesos, Boyd —señala, enfatizando la última palabra—. Seguro que son los mejores macarrones con queso del mundo, y te va a dar mucha envidia cuando los traigan.

—Lo que tú digas.

—Ya verás.

—¿Entonces a quién le dijo la naranja: «Quieres ser mi cita, o pasas»?

Pestaña un segundo y entonces sonrío.

—A la pasa. —Se echa a reír—. ¿Lo pillas? ¿Pasas? ¿A la pasa?

—Lo pilló. —Inclino la cabeza—. Hablando de citas, ¿tienes alguna esta semana? ¿Algo para lo que te pueda preparar? —¿Cómo cojones voy a soportar que salga con otro? ¿Y si encuentra a un tío al que le gusten estos ridículos chistes de segundo de primaria y se lo quiere tirar? No me sentaría nada bien.

—No. —Niega con la cabeza y pone los ojos en blanco—. Para ser sincera, la semana pasada fue una anomalía. No salgo mucho. —Espero a que se eche a reír o sonría, pero, en lugar de eso, agarra pan y parte un trozo diminuto—. Hay un tío con el que llevaba semanas hablando por internet.

De puta madre.

—Pero entonces me pidió que me hiciera un tatuaje. Qué raro, ¿no? —Me mira como para que se lo confirme, pero sigue hablando sin darme la oportunidad de responder—. Ni siquiera nos habíamos visto nunca. Pero va y me dice que me haga un tatuaje. Con su nombre. En mi cuerpo.

Joder, no.

—Me dijo que me lo hiciese en la cadera o en algún sitio sexy. —Se inclina adelante y baja la voz—. Decía que, de ese modo, sabría que no me estoy

acostando con otro.

La miro un momento.

—Te lo estás inventando.

—No. —Niega con la cabeza de un lado a otro—. Es una historia real. —Enfatiza la frase con un dedo levantado—. De todos modos, debería estudiarme un poco esos libros antes de acudir a otra cita.

Habla en serio.

—Chloe —gruño—. Deshazte de esos libros absurdos. Necesitas práctica en la vida real, no un libro.

Hace una pausa tras meterse el trozo de pan en la boca y se queda mirándome. Prácticamente oigo su cabeza dándole vueltas al tema, preguntándose si me refiero a la práctica del sexo o la práctica de las citas. Indudablemente me refiero al sexo.

—Eh, ya —murmura de manera evasiva y continúa masticando.

La camarera llega con nuestros pedidos, Chloe empieza a comer y emite un suspiro de felicidad cuando prueba los macarrones con queso. Da otro bocado y gime. Se retuerce en la silla, pero no creo que sea por el mismo motivo por el que acabo de reajustarme el paquete.

—¿Lo ves? Me tienes envidia, ¿verdad? —pregunta con los ojos muy abiertos cuando advierte que la estoy observando. No creo que la glotonería sea exactamente el pecado mortal que siento ahora, pero trato de mostrar una expresión de decepción mientras agito el tenedor delante de su plato.

—Puede que hayas sido más lista que yo al pedir los macarrones con queso, Chloe.

Ladea la cabeza ligeramente y me muestra una medio sonrisa bastante graciosa antes de asentir con la cabeza y empujar su plato hacia mí.

—No pasa nada, podemos compartirlo.

Más tarde, cuando llega la cuenta, Chloe saca la cartera.

—Yo invito —digo. ¿Por qué coño intenta pagar?

—Pero no es una cita. ¿Por qué ibas a pagar?

—Yo invito —repito—. Puedes deberme otro favor —añado cuando parece que está a punto de objetar de nuevo—. Si te hace sentir mejor.

Frunce el ceño.

—Tengo la sensación de que estás acaparando todos los favores. ¿Cómo consigo yo que me debas un favor?

—¿Quieres un favor? —Ojalá sea sucio.

Piensa en ello y se encoge de hombros.

En el viaje de vuelta a casa, me habla de su clase. De los niños, de la escuela, de su aula, de sus próximas lecciones. Hablamos un poco más de cómo fue para mí crecer siendo el hijo de un senador de los Estados Unidos. Acabo hablando de la conmoción que supuso averiguar lo de Sophie, descubrir que tenía una medio hermana que obviamente había nacido mientras nuestro padre estaba casado con mi madre. Comprender que mi madre había sabido de la existencia de Sophie todo ese tiempo. Le digo que, echando la vista atrás, desde la perspectiva de un adulto, he comprendido hasta qué punto la tensión entre mis padres contribuyó a que decidiera irme a un internado. Porque, aunque mostraran una fachada de felicidad en público y en casa, siempre sentí que había algo raro.

Cuando llegamos a su edificio, hallo un sitio donde aparcar en la calle antes de que Chloe tenga tiempo de decir nada y luego agarro sus bolsas de la parte de atrás del coche. Podría llevarlas ella sola sin problema, así que la distraigo hablando y la acompaño al interior. Cuando llegamos a su piso, mira las bolsas en mis manos y frunce el ceño antes de meter y girar la llave.

—Podría haberlas subido yo. No hacía falta que aparcaras.

Entro en su piso, dejo las bolsas en su diminuta mesita de la cocina y la de la ropa sobre una de las sillas. Cuando me giro, ella sigue en la puerta, a dos pasos de mí, sacando la llave de la cerradura. La pongo contra la puerta abierta y mis labios están sobre los suyos incluso antes de que alce la mirada. Se queda inmóvil. Cuatro segundos. Puede que cinco. Tengo los dedos en su nuca, el pulgar en su mejilla, y le inclino la boca en el ángulo que deseo. Y, durante esos segundos, me regaño a mí mismo por presionarla. Después le beso el labio inferior con delicadeza y respira de nuevo con un suspiro diminuto que parece que se extiende por todo su cuerpo, porque se relaja y me devuelve el beso. Me acerco más a ella, salvando el espacio de un centímetro que hay entre nuestros cuerpos, las suaves curvas de sus senos se aprietan contra mi pecho mientras desplazo la otra mano a su pelo.

Cuando por fin rompo el beso y me retiro un paso, Chloe pestañea con ojos aturcidos. Su expresión de perplejidad enseguida cambia por una de confusión y luego un destello de aprensión que se refleja en su mirada. He forzado esto demasiado pronto.

—Bueno, me voy —declara, haciendo tintinear las llaves de su mano.

—Estamos en tu piso —señalo, tratando de no reírme.

—Ah, sí —dice, mirando alrededor.

—Eso es lo que habría hecho si esto fuera una cita de verdad —digo, para ofrecerle una salida. Mantengo mis ojos en los suyos y me paso el pulgar por el labio inferior, rememorando la sensación de sus labios contra los míos—. Y no ha sido raro, ¿verdad? No tienes de qué preocuparte. —Las arrugas en torno a sus ojos se suavizan y se relaja.

—Ya. —Asiente—. Bueno, se te da bien —añade antes de sacudir la cabeza una vez, riéndose.

—Te llamaré para explicarte los detalles del próximo fin de semana —digo. Y luego salgo disparado.

Capítulo 11

Chloe

Boyd Gallagher sabe besar. He pensado en sus labios, en ese beso, más veces de lo que me gustaría admitir. Unas cuantas docenas de veces más. Me sorprendió, me pilló desprevenida. No me lo esperaba, eso seguro.

De modo que me quedé paralizada, sin saber qué estaba sucediendo. Sin saber cómo me sentía al respecto. Luego se pegó más a mí y profundizó el beso, y entonces dejó de importarme lo que sucedía. Dejé de pensar en ello y me limité a disfrutarlo, fuera lo que fuese. Y, joder, Boyd Gallagher sabe cómo hacerte olvidar. Sus labios son capaces de sacarte todos y cada uno de los pensamientos de tu cabeza.

Bueno, puede que no todos, porque sí que tuve una serie de pensamientos inapropiados mientras sus labios se presionaban contra los míos. Pensamientos como que ningún hombre me había besado así nunca. Pensamientos sobre la sensación de mis pezones pegados contra su pecho, lo duro y cálido que era su cuerpo incluso a través de las capas de ropa que nos separaban. Pensaba en cómo me cosquilleaba la piel de la nuca donde sus dedos la rodeaban, y me atraía hacia él. Pensaba en lo agradable que era aquello sin llegar a ser demasiado para mí, en que, mientras su beso me devoraba, sus manos permanecían en mi nuca y contra la puerta junto a mi cabeza. Y, finalmente, pensé en lo cachonda que estaba. En plan, estaba a punto de desabrocharle los pantalones. Así de cachonda.

Y entonces rompió el beso y se retiró un paso.

Después de eso, todas mis inseguridades regresaron de golpe y entré en pánico. ¿Por qué me había besado? ¿Qué significaba? ¿Le había gustado el beso? ¿Quería hacerlo de nuevo? ¿O no quería volver a besarme jamás? ¿Cuánto tiempo me había quedado paralizada al principio? ¿Piensa que soy rara? ¿Le gusto? ¿Me gusta él? Y lo que es más importante, ¿y si él me gusta pero no funciona?

¿Y si nos acostamos y no le gusta, y nunca vuelve a hablarme? ¿Y si nos acostamos y no me gusta, pero a él sí y quiere seguir haciéndolo conmigo aunque el sexo sea malo? ¿Y si empezamos a salir y no funciona, y luego tengo que explicárselo a mis amigas, entre las que se incluye su hermana?

De modo que sí, admito que entré en pánico. No hago las cosas de forma precipitada; necesito un momento para procesarlas, si no, me siento acorralada y me pongo histérica. Soy así con todo: contratos de alquiler, ingredientes de pizza, besos. Solo necesito un minuto para pensar.

Pero entonces se frotó el labio inferior con el pulgar y me dijo que eso es lo que habría hecho si se tratara de una cita de verdad. Porque ahora es mi profesor particular de citas o algo así. ¿Eso cuándo ha pasado, exactamente? Los detalles se vuelven difusos cuando estoy con Boyd. Arrestó a mi cita, y le pedí que no se lo contara a Everly ni a su hermana Sophie. Y eso escaló y ahora le debo un favor, y él me da consejos sobre salir con tíos. Creo. Me confunde bastante.

No era más que un montón de sentimientos confusos después de ese beso. Emoción, terror, confusión, excitación. El corazón se me disparó; joder, aún se me acelera un poco cuando pienso en ello. Me alivió saber que no había sido real, porque así no tenía que pensar qué significaría aquello. No obstante, por algún motivo, sentí decepción y también me sentí como una idiota. De modo que no le dije nada, necesitaba otro minuto para procesar la situación, y antes de decidir si quería abofetearlo o besarlo de nuevo, salió por la puerta y me dijo que me llamaría para contarme los detalles del próximo fin de semana.

El miércoles me mandó un mensaje.

Boyd: Viernes por la noche. A las 8.

Chloe: ???

Boyd: ¿Qué significa «???» ¿No lo entiendes?

Chloe: ¿No habías dicho que la boda era el sábado?

Boyd: Sí.

Chloe: ¿Entonces por qué tengo que verte el viernes?

Boyd: Necesitas practicar. Lo llamaremos un ensayo de cita.

Chloe: ¿Lo dices en serio?

Boyd: Ponte ropa cómoda. Puedes llevar esas condenadas mallas que adoras. Espera, no. Mejor unos pantalones de chándal. Pantalones de chándal anchos.

Chloe: ¿De qué coño hablas?

Boyd: Nos vemos el viernes.

Chloe: Eh, no.

Boyd: ¿No tienes pantalones de chándal?

Chloe: No, que no te veo el viernes.

Boyd: Que sí.

Chloe: ¿Qué tenemos que ensayar? Tú mismo has elegido el vestido y los zapatos. Y ya has ensayado un beso conmigo. ¿Necesitas volver a practicar cómo besarme? Por cierto, fuiste un maleducado. M.A.L.E.D.U.C.A.D.O. Y si piensas que este favor que te debo incluye besarnos delante de tu familia, lo llevas claro.

Boyd: Entonces, siempre y cuando mi familia no nos vea, ¿te parece bien? Hecho.

Chloe:

Boyd:

El cabrón arrogante se presenta el viernes por la noche a las ocho menos cuarto. Lleva unos vaqueros que le quedan perfectos y una camiseta negra de manga larga, y esboza una sonrisa de suficiencia que desaparece de su cara cuando me mira las piernas y ve las mallas que llevo puestas.

—Putas mallas —murmura y entra en mi piso sin esperar a que lo invite. Cierro la puerta y me cruzo de brazos mientras apoyo mi peso en una pierna, y lo miro de la manera más mordaz de la que soy capaz.

—Estoy ocupada, Boyd, ¿qué necesitas?

A ver, en serio, ¿qué necesita? Seguro que no le cuesta encontrar compañía femenina un viernes por la noche y, por muy amable de su parte que sea que me haya tomado por alguna especie de acto caritativo, probablemente tenga cosas mejores que hacer.

—Pareces bastante ocupada —comenta, inclinando la cabeza hacia el televisor. Estoy viendo un episodio de *Dateline* sobre un asesinato.

Suspiro, pongo los ojos en blanco, descruzo los brazos y agito una mano delante de él para indicarle que vaya al grano.

—Necesito que hagas las maletas —declara.

¿Que haga las maletas para qué? Siento un mal presentimiento cuando caigo en la cuenta de que Boyd nunca dijo exactamente dónde era la boda. ¿Se lo he llegado a preguntar? ¿O simplemente asumí que sería en Filadelfia? Lo observo pasearse por mi diminuto estudio mirando despreocupadamente mis cosas mientras yo lo miro a él. Maldita sea, esa camiseta le queda muy bien. Maldito algodón ceñido.

—¿De qué hablas? —pregunto al ver que no se explica mejor—. ¿Hacer las maletas para qué?

Se gira desde la ventana y se pasa una mano por la mandíbula.

—Ah. —Hace una pausa y deja caer la mano—. ¿Olvidé mencionar que la boda es en Vail?

—¡Vail! —grito—. ¿Vail, Colorado? ¡No puedo ir a Colorado contigo! ¡Está a medio país de aquí!

—¿Y? —Niega con la cabeza, la piel en torno a sus ojos se arruga de diversión—. Filadelfia, Vail. ¿Qué diferencia hay? Igualmente tengo que ir a esta boda, igualmente necesito a una acompañante, y tú ya tienes un vestido

nuevo que ponerte —dice, señalando el vestido. La percha está colgada de la parte superior de la puerta de mi armario—. ¿Dónde tienes una maleta? —pregunta, camina hacia el armario y abre la puerta.

—¡Oye! —protesto.

Él me ignora y, tras hallar mi maleta con ruedas en el estante superior (al que no llego a menos que me suba a una silla), la agarra con facilidad y la baja. Y sí, llego a ver sus abdominales duros como piedras cuando se le levanta la camisa. Esto es una batalla perdida, ¿verdad?

—Soy maestra, Boyd. No puedo faltar a clase para hacerte un favor.

Deja la maleta sobre mi cama y me lanza una mirada de suficiencia y satisfacción.

—¿Crees que soy un novato? Sé que no tienes clase el lunes porque es el Día de Colón. Te prometo que estarás en casa antes la hora de la cena, Cenicienta.

—No tengo billete de avión —digo, agitando los brazos con exasperación. Hace que todo parezca facilísimo.

Abre la maleta para que la llene.

—No necesitas billete. ¿Alguna otra objeción?

—Esto es bastante más del favor que te debo. Muchísimo más —añado, con las manos muy separadas para indicar una cantidad enorme.

—De acuerdo. Pues te debo un favor. Tienes la libertad de convertirlo en uno sexual.

—Más quisieras —replico con brusquedad. ¿Tengo dieciséis años o qué? Un momento, ¿acaba de ofrecerse para hacerlo conmigo? ¿O me está tomando el pelo? La verdad es que no lo pillo. Suspiro con brusquedad y teatralidad—. ¿A qué hora sale el vuelo? —pregunto mientras abro un cajón de la cómoda que hay debajo de mi televisión. Me detengo y desplazo la mirada hasta él cuando no responde. Alza una ceja y no dice nada—. Ah —replico de manera burlona—. Tienes un jet privado, ¿no? Vamos a tomar tu avión de golosinas a Vail.

—Técnicamente no es un avión de golosinas, pero sugeriré cubrirlo de caramelos en la próxima reunión del consejo. ¿Alguna otra objeción?

—Esto parece un uso inapropiado de los recursos de una empresa en la que apenas estás involucrado y de la que posees una fracción. —Ahora solo lo estoy retrasando. Es evidente que iré a Vail.

—Tenemos que practicar tus habilidades para halagar a la gente, por lo que veo —suelta mientras se acerca con una expresión de diversión. Se detiene

frente a mí—. Pago una cuota para usar el jet. Puedo ponerte en contacto con alguien de Hacienda si quieres comprobar que todo está correcto. —Entonces echa un vistazo al cajón que he abierto y su labio se mueve casi imperceptiblemente—. ¿Necesitas que te ayude a hacer la maleta?

Es el cajón de mi ropa interior, porque, por supuesto, de entre todos los cajones, este es el que tenía que dejar abierto.

—Fuera. —Le clavo el codo en las costillas y lo obligo a dar un paso atrás—. Siéntate en el sofá y deja las manos quietecitas —indico, luego lo sigo hasta el sofá y agarro mis libros de *Citas para dummies* y *Sexo para dummies* de la mesita de café y los meto en el cajón de los calcetines mientras se ríe—. Estás haciendo que me pierda mi serie —rezongo mientras lanzo cosas a la maleta.

—¿Tu serie? Hablas como si tuvieras ochenta años. —Echa un vistazo a la televisión que hay detrás de mí y vuelve a mirarme—. *Asesinato en Mason Lane* —dice—. Fue la vecina. Era todo un fraude con Medicare porque usaba la información de la mujer fallecida de la víctima. Él lo averiguó, así que ella lo mató.

Jadeo.

—¿Cómo has podido? ¡Me has arruinado la trama! —Se encoge de hombros—. Este episodio es nuevo. Ni siquiera lo sabes. Es la hija. Ella lo mató. La tengo calada desde la primera pausa publicitaria.

—Qué mona eres.

—Ya verás —digo, muy satisfecha conmigo misma. Soy muy buena adivinando quién ha cometido el asesinato.

—Lo siento, friki de los crímenes, trabajé en ese caso hace dos años. Es la vecina.

—¿En serio? —Dejo caer la bolsa de maquillaje en la maleta y lo miro para comprobar que no me esté tomando el pelo.

—Te lo juro. Te contaré todos los detalles jugosos que no ha incluido el programa cuando estemos en el avión.

Estudio a Boyd con interés. Sí que tengo muchas preguntas.

—Creía que te encargabas de delitos cibernéticos, no de asesinatos.

—Asesinatos no es un departamento —replica, negando con la cabeza.

—Sabes a qué me refiero.

—La mayoría de los delitos tiene un componente cibernético hoy en día. Siempre hay un rastro digital.

Joder, qué sexy.

Capítulo 12

Boyd

La llevo hasta el coche y conduzco al aeropuerto sin más quejas sobre este viaje de fin de semana. Sabía que soltárselo en el último momento era la mejor estrategia. Una vez pudiera pensárselo y discutir conmigo, todo iría bien. Si le hubiera dado toda la semana para darle vueltas, se habría convertido en un manojito de nervios y se habría convencido para no ir.

Todo va bien, al menos, hasta que llegamos al avión. Se detiene en las escaleras y se gira para mirarme, con el ceño fruncido de sospecha.

—Más vale que no haya una cama en este avión, pervertido.

Me río y sacudo la cabeza.

—Creo que ninguno de los aviones tiene dormitorio.

—¿Aviones? ¿Es que hay más de uno? Caray, tendría que haberme tomado en serio la sugerencia de Everly de abrir juntas una tienda de golosinas cuando teníamos ocho años.

Sube trotando el resto de escalones, su culo envuelto por las mallas está a la altura de mis ojos, y ahogo un gruñido y trato de concentrarme en el piloto, que nos saluda en la parte superior de las escaleras, para no tener una puta erección como un adolescente.

Elegimos un par de asientos grandes, uno al lado del otro, y la única azafata del vuelo nos proporciona mantas y atenúa las luces después de preguntarnos si queremos algo. En cuanto estamos en el aire, le enseño a Chloe cómo reclinar el

asiento y levantar el reposapiés, y ella esboza una sonrisa de asombro que me deja paralizado. ¿Cuándo fue la última vez que vi a alguien tan entusiasmado con un asiento reclinable? ¿Acaso lo he visto alguna vez? No es la primera chica que he llevado en un jet privado, pero estoy seguro de que es la única que me ha mirado con el ceño fruncido por ello.

Si me hubiera traído a Vanessa para este fin de semana, nos habríamos metido en cuanto el avión se hubiera estabilizado. Pero no quería traerme a Vanessa. Ni a ninguna de las mujeres que habrían estado encantadas de venir y que tengo en mi lista de contactos del móvil. Quería que Chloe viniera conmigo, y ni siquiera estoy seguro de que le guste. Siente atracción por mí, sí, pero ¿le gusto?

Dios, ¿qué cojones me pasa? ¿Qué más dará si le gusto? Que le guste lo suficiente como para follarme es lo único que debería importarme. No obstante, por extraño que parezca, estoy interesado en esta chica. Es guapa, rara, sarcástica y cautivadora. Y, sin embargo, posiblemente es la chica más escéptica que he conocido jamás. Tiene algo que hace que quiera hurgar un poco más. Es un reto. Posiblemente un reto a largo plazo. Jugaré a este juego de los favores con ella, por ella, si eso es lo que hace falta para que no salga corriendo.

—Dímelo. —Se ha girado para mirarme, la manta la envuelve desde los hombros a los pies. Tiene los ojos abiertos e inquisitivos. ¿Qué quiere que le diga? Repaso los últimos minutos e intento recordar de qué hemos hablado. Me doy por vencido y levanto una ceja de manera inquisitiva.

—*¡Asesinato en Mason Lane!* —exclama mientras golpea su asiento con la mano abierta, con un gesto que dice «¿cómo te has podido olvidar?». Entonces entrecierra los ojos con escepticismo. Tiene unos ojos tan bonitos, joder. Son verdes y puede que lleve un poco de máscara de pestañas, pero nada más. Seguro que estaría espectacular con toda esa mierda que las chicas se ponen en los ojos, pero no le hace falta. Es preciosa al natural, incluso cuando me mira con cinismo—. ¿Trabajaste en el caso o me mentiste para que me metiera en este avión?

Ah, el estúpido caso que aparecía en *Dateline* y del que le prometí contarle más cosas. La verdad es que ninguna mujer ha querido utilizarme nunca para obtener información interna, ni en nada que tenga que ver con mi trabajo, aparte de las esposas. Las esposas son bastante populares, la verdad.

Así que le doy todos los detalles del caso Mason Lane, los detalles demasiado aburridos como para ser incluidos en un episodio de televisión de una hora. Sigo hablando hasta que sus bonitos ojos terminan con los párpados

caídos y se cierran, el cansancio por fin se impone a su deseo de obtener respuestas. La observo dormir y, sí, me doy cuenta de que quizás sea un poco espeluznante, pero me da igual. Sus pestañas descansan en su perfecta piel cremosa. Sus cejas son un arco delicado. Su pelo, que toqué la semana pasada cuando la besé, está extendido sobre su mejilla. Es suave y brillante, y quiero más que un simple roce con la mano. Quiero enrollarme la muñeca con él mientras me muevo dentro de ella. O recorrerlo con los dedos al mismo tiempo que sus labios me envuelven la polla. Lo quiero extendido en mi pecho después de hacer que se corra, mientras está tumbada encima de mí, relajada y saciada.

Extiendo una mano y se lo coloco detrás de la oreja, y ella pestañea, sin estar realmente despierta. Emite un pequeño murmullo y sonrío, luego vuelve a cerrar los ojos y se queda dormida, su brazo se desliza de su asiento al mío. Yo deslizo la mano dentro de la suya, cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño.

Aterrizamos por la mañana en el aeropuerto regional situado a las afueras de Vail. Hemos salido del aeropuerto ya con las maletas en las manos minutos después de aterrizar. Volar en jet privado nunca dejará de gustarme.

—¡Madre mía! Boyd, ¿has visto esto? —Chloe da vueltas para admirar las vistas de las montañas que se aprecian desde cualquier lugar.

—Pues sí —respondo, con un rápido asentimiento. Luego abro la parte de atrás del todoterreno que he alquilado para estos días. Meto las maletas detrás, cierro la puerta y la miro. Las Montañas Rocosas nos rodean: el paisaje es espectacular, sin duda. Pero es a ella a quien no puedo dejar de mirar.

—¿Ya has estado aquí antes? —Deja de mirar el paisaje, boquiabierta, para posar sus ojos en mí.

—Pues sí. —La guío hasta el lado derecho del todoterreno y le abro la puerta—. Volveremos cuando haya nieve —digo, y me lanza una mirada de extrañeza, luego se para en seco y chilla.

—¡Has alquilado un Suburban! —exclama, riéndose.

—He pensado que era lo mínimo que podía hacer, puesto que me estás haciendo este favor y tal.

—Cierto —concuerta y luego se sujeta de la agarradera situada sobre la ventanilla del coche y se sube al asiento del pasajero. Resisto el impulso de rodearle las caderas con las manos para ayudarla. Por poco—. Puede que esto te

motive para ascender hasta que el gobierno te adjudique tu propio Suburban — bromea mientras se abrocha el cinturón.

—Qué mona. —Cierro su puerta y rodeo el coche hasta llegar al lado del conductor. En cinco minutos estamos en la autopista 6 en dirección a Vail.

—Ya entiendo por qué tenías que traerte una falsa cita este fin de semana — comenta Chloe mientras rebusca en su bolso y saca unas gafas de sol, que se pone antes de doblar una rodilla sobre el asiento y girarse hacia mí.

—¿Ah, sí? ¿ Por qué?

—El avión de golosinas es, evidentemente, muy decepcionante —bromea con un suspiro dramático.

—Evidentemente —conuerdo.

—Y este sitio es horrible.

—Horroroso.

—De hecho, ahora seguramente me debes miles de favores.

—Solo tienes que pedírmelos —replico, y la miro.

Ella aparta la mirada y se hace el silencio en el vehículo durante unos minutos. Creo que Chloe está reflexionando, o disfrutando de las vistas. Es difícil saberlo. Tomo la siguiente salida hacia la avenida Grand, luego hacia la derecha por Broadway y aparco delante de un pequeño edificio inspirado en una cabaña de madera.

—¿Hemos llegado? —Chloe se inclina adelante y mira por la ventanilla mientras se desabrocha el cinturón.

—No, Vail está a otros treinta minutos. He pensado en parar para desayunar.

Elegimos una mesa dentro y Chloe le echa un vistazo a la carta mientras yo la observo a ella. He venido aquí al menos una docena de veces. Me encanta parar en El Red Canyon Cafe para desayunar cuando tengo un vuelo muy temprano. La camarera nos sirve unos vasos de café mientras Chloe no para de moverse y vuelve a leer la carta. Finalmente, habla.

—Toc, toc.

—¿Por qué estás nerviosa? —Solo cuenta chistes cuando está nerviosa.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Esto es raro.

—¿Qué es raro?

—Eh... —Frunce el ceño y gesticula entre nosotros con una mano—. Esto. Que viajemos juntos. Fingir ser tu novia hoy. Todo es muy raro. —Echa un sobre de edulcorante a su café y se pone a jugar con el sobre vacío, que rompe en trocitos diminutos antes de juntarlos todos en una bola.

—Te preocupas demasiado —señalo.

—¿Tú crees? —responde con sequedad.

—Bueno, ¿y quién había llamado a la puerta?

Desplaza la mirada a la puerta del restaurante y después vuelve a mirarme con un destello de confusión en la cara antes de echarse a reír.

—¡Tenemos que empezar desde el principio! Toc, toc.

—¿Quién es?

—Manteca.

—¿Manteca qué?

—Mantecado varios premios en la lotería. —Y le entra un ataque de risa. Apoyo el codo sobre la mesa y la observo. Me encanta cómo le brillan los ojos cuando se divierte—. Ah, eso me recuerda que acabo de leer un libro donde el tío usaba manteca... —Se detiene de golpe—. No importa. —Agita una mano—. ¿Te cuento otro chiste?

Ladeo la cabeza y me pregunto por qué ha parado.

—¿El tío usaba manteca para qué? ¿Para matar a alguien? —aventuro conociendo su amor por los misterios de asesinatos.

Pestaña y después confirma:

—Pues sí. Bueno, ¿te cuento otro chiste? —Está muy interesada en cambiar de tema, lo que despierta mi interés más todavía.

—¿Cómo?

—¿Qué? —Pestaña como un cervatillo frente a unos faros.

—¿Cómo mató a alguien con manteca?

Hace una pausa demasiado larga, por eso sé que está a punto de soltar una mentira.

—Eh... —Sus ojos se desplazan a la ventana—. Se me ha olvidado.

—¿Se te ha olvidado?

—Exacto. —Sacude la cabeza y agarra la bola que ha hecho antes con el sobre de edulcorante y la hace girar entre sus dedos índice y pulgar—. No me acuerdo.

—Ya —replico y me quedo mirándola un rato mientras pienso en ello—. ¿Qué tipo de libro era? —pregunto, y sus ojos se abren mucho. Bingo—. ¿Era un libro de misterio, Chloe? —pregunto solo para meterme con ella—. ¿O quizás un libro de cocina? —Mi expresión es absolutamente imperturbable—. ¿Mirabas la receta de un bizcocho? Muchos bizcochos llevan manteca. —Dejo

de hablar y me froto la mandíbula—. O... espera. ¿Era una novela romántica guarra? —Finjo estupefacción—. ¿Usaban manteca para hacer guarradas sexuales? Chloe Scott, me dejas de piedra. De piedra. Eres maestra de segundo de primaria. —Niego con la cabeza y finjo decepción—. No puedo creer que te llenes la cabeza con esas guarradas.

La camarera se acerca para tomar nota y rellenar nuestros vasos de café. Le digo que Chloe quiere mantequilla extra con su desayuno, y ella gruñe y se golpea la frente con la palma. Cuando la camarera se marcha, Chloe pone los ojos en blanco y me pregunta si he terminado o si tiene que ponerme en el rincón de los castigos, lo que me hace sonreír.

—Cuénteme más acerca del rincón de los castigos, señorita Scott. Puede que me interese.

—Oye, ¿te cuento un chiste sobre la pizza? —replica. Parece que quiere cambiar de tema.

—Vale. —Asiento.

—Olvidalo... creerás que es una auténtica quesadilla. —Esboza una sonrisita—. ¿Lo pillas? Queso-quesadilla.

—Debes de ser muy popular en el cole.

—Me las apaño —dice, pero sonrío con timidez y se encoge de hombros.

Después del desayuno, seguimos nuestro camino hacia Vail. Nos incorporamos de nuevo a la Autopista 6 que luego se convierte en la I-70. Llegaremos en menos de media hora. La carretera no es recta, sino que tiene muchas curvas, y sigue el camino de menor resistencia cuando se construyó. El resultado es un paisaje espectacular del que Chloe está enamorada. No la culpo. Vail es precioso en otoño. Normalmente, no lo visito hasta que hay suficiente nieve como para esquiar, pero tal vez empiece a hacerlo. Chloe está hipnotizada por los colores de los árboles y por el mero tamaño de todo, y yo estoy cautivado de verla disfrutar de ello.

Tomamos la carretera Frontage en dirección a Vail cuando me dice que ha conocido a alguien.

—¿Y eso? —pregunto, intentando no reflejar en mi voz la rabia que me invade.

Ella asiente y saca su móvil.

—En Facebook. No sé por qué me molesto con las páginas de citas cuando hay tíos como este disponibles. —Agita el móvil.

Que se vaya a la mierda. Yo estoy disponible.

—No creo que estés lista todavía —espeto—. Aún estamos practicando cómo comportarte en una cita, ¿recuerdas?

—Ah. —Frunce el entrecejo—. ¿Solo podemos practicar los dos exclusivamente? No lo sabía. Pensé que este tío podría servirme para practicar.

Hago una nota mental de *hackear* su móvil y alterar todos los mensajes que provengan de hombres. ¿Por qué cojones no lo hice el día en que la conocí, cuando me contó lo de los hombres que le enviaban fotos de sus pollas?

—Háblame de él —digo finalmente. Más vale que obtenga su nombre primero para poder borrar su mierda.

—Se llama Tom —replica con entusiasmo—. Y está deseando conocerme.

—Ya.

—Pero primero necesita que le envíe dinero para el billete de avión. Suena razonable, ¿no crees?

—No. —Frunzo el entrecejo mientras giro a la derecha, hacia Lionshead Circle. Voy a ponerle fin a esto hoy y me siento satisfecho de haberme traído el portátil. Hasta luego, Tom.

—Bueno, Tom está listo para tener una relación. Está —echa una mirada al teléfono— muy impresionado conmigo y le gustaría seguir con el cortejo. Creo que quizás sea un buen partido, porque ni siquiera le importa que esté embarazada de ti.

Joder. Me está tomando el pelo.

—Ha dicho —pasa los mensajes de su móvil antes de continuar—: «Estas cosas pasan, y todos tenemos que amar a los bebés».

—Chloe —gruño.

—Luego le pregunté si le gustaban los paseos largos por la playa y él me preguntó mi edad.

Meto el coche en el *parking* del Arrabelle y aparco antes de mirar a Chloe.

—Entonces ¿qué opinas? —pregunta con los ojos muy abiertos—. A ver, obviamente tenemos una pequeña barrera lingüística que superar, pero creo que tiene potencial.

Le arrebató el teléfono de la mano y tecleo un rápido «Vete a la mierda» a Tom antes de bloquearlo de la cuenta de Chloe y devolverle el teléfono.

—¡Oye! —protesta, pero se está riendo. Qué diablilla.

—¿Por qué contestas a ese tío, Chloe?

—No salgo mucho, Boyd. Toda ocasión es buena para practicar.

—No necesitas practicar ir de listilla.

—Boyd Gallagher. —Baja las pestañas y me mira seductoramente—. Eso puede que sea lo más bonito que me hayas dicho. —Y entonces se echa a reír.

Capítulo 13

Chloe

Madre mía. Estoy en Vail con Boyd. Durante el fin de semana. ¡Todo el fin de semana! ¿Por qué he aceptado? Nunca tendría que haber aceptado. Me pilló con la guardia baja cuando se presentó en mi piso anoche. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que la boda pudiera ser en otro sitio que no fuera Filadelfia y, entonces, cuando apareció y me dijo que hiciera la maleta, no se me ocurrió un motivo razonable para no ir.

No soy lo suficientemente guay como para fingir ser su novia todo un fin de semana. No se me da muy bien mentir y, además, lo encuentro muy atractivo. Lo que debería facilitarme lo de fingir, pero la verdad es que se me hace más difícil porque me pongo nerviosa y empiezo a contar chistes estúpidos.

Este hotel es increíble. Todavía no hemos pasado del vestíbulo y ya sé que nunca me he alojado en un sitio tan bonito. El suelo está formado por adoquines sobre los que mi maleta estaría rebotando si la llevara conmigo ahora mismo.

—Las enviarán arriba —ha comentado Boyd como si no fuera gran cosa. Imagino que no lo es si estás acostumbrado a ello.

Rodeamos la recepción y salimos por una puerta de vidrio a un patio con una fuente en el centro. El paisaje es como estar en mitad de un cuento de hadas de Disney hecho realidad. El suelo está pavimentado con ladrillo, el sol brilla y estoy segura de haber oído a un pájaro cantar. La arquitectura hace que me sienta como si me hubieran transportado a un pueblo alpino en algún lugar de Europa. La pendiente de los tejados, las entradas en forma de arco, las

construcciones en piedra y las terrazas de madera elaboradas hacen que el pueblo parezca un siglo más antiguo de lo que es en realidad. Es mágico. Al otro lado del patio pasamos por otras puertas de vidrio y caminamos por otro suelo adoquinado hasta que llegamos al spa del hotel.

Boyd se marcha enseguida, y me deja tirada. No sé cómo, pero estaba ahí y, de repente, Hilda me lleva a un elegante vestuario y me da una bata mullida. Tras recibir un masaje tan bueno que me ha hecho olvidar por qué estoy aquí, además de una manicura y pedicura, mi vestido y zapatos se materializan. Pero eso no es todo. También me peinan y me maquillan, y ahora me siento como si protagonizara una película Disney.

Y entonces Boyd aparece. Con esmoquin. Y de algún modo me las apaño para que se me pasen por la cabeza una docena de pensamientos sucios relacionados con él en menos de diez segundos, lo que hace que las mejillas se me sonrojen y el corazón se me acelere. Empiezo a ponerme nerviosa, pero luego me recuerdo a mí misma que esto es fingido, que no hay necesidad de ponerse nerviosa. Pero, ay, madre mía. La sensualidad de Boyd no es fingida, eso seguro.

—No se me ocurrió traer algo para que pudieras abrigarte —dice Boyd, que se quita la chaqueta para colocarla sobre mis hombros mientras salimos al patio adoquinado. Me toma de la mano para salir del patio y caminamos por otro paseo inspirado en un cuento de hadas, flanqueado por tiendas y restaurantes. Cuando llegamos al final del paseo, el paisaje de la montaña de Vail se extiende ante nosotros y reparo en que vamos hacia el teleférico.

—¿Vamos a subir? —pregunto, botando ligeramente de la emoción.

—Solo para la ceremonia. El convite será en el hotel. —Sonríe, al parecer, le divierte mi entusiasmo.

Conseguimos una cabina de teleférico solo para nosotros dos y nos sentamos juntos, de cara a la cima de la montaña mientras ascendemos. Cuando me giro para mirar a Boyd, no estoy segura de si es él o el telón de fondo de la montaña lo que amenaza con robarme el aliento. Y entonces me pregunto qué aspecto tendrá la montaña cubierta de nieve... y cuánto tiempo pasará Boyd aquí en invierno y con cuántas mujeres distintas.

La ceremonia es tan espectacular como cabría esperar en un sitio como este, con un grupo de gente relativamente pequeño. Descubro que es la prima de Boyd, Amy, quien se casa. Mientras regresamos al teleférico después de la ceremonia, diviso una atracción, como una especie de tobogán. Un maldito

tobogán en una montaña. Boyd se ríe cuando ralentizo un poco el paso para intentar verlo bien.

—Te llevaré mañana —promete.

En el convite, conozco a varios miembros de su familia. Boyd me presenta a todos como su novia y sus manos están siempre encima de mí, no de un modo irrespetuoso, sino de un modo agradable. Noto su mano rozándome la espalda mientras caminamos, o en mi cadera acercándose a él cuando estamos quietos. Cuando nos sentamos, rodea con su brazo el respaldo de mi silla y me roza el brazo con la yema de los dedos.

Y no tengo que ponerme histérica por nada de eso, ni preocuparme de lo que significa, ni de si voy a avergonzarme a mí misma. No he de temer que a estas personas no les guste, ni que me juzguen, porque todo es fingido. Simplemente estoy aquí como un favor a Boyd. De modo que me relajo y apoyo la cabeza en su hombro. Me acurruco junto a él en todas las ocasiones posibles porque es agradable. Sea lo que sea esto, es agradable.

Cuando su tía abuela comenta lo adorables que serían nuestros bebés, no me pongo nerviosa ni empiezo a contar chistes. Me limito a asentir, como si estuviera de acuerdo con ella, y alzo mi dedo sin anillo antes de contestar:

—Lo primero es lo primero. —Esbozo una sonrisa amable. Me llena de satisfacción poner a Boyd en un aprieto como represalia por esta farsa, pero no parece ni un poquito molesto. Responde con alguna broma sobre enseñar a esquiar a los niños.

Ser su novia es el mejor papel del mundo.

No tengo que estresarme por nada. ¿Lo aburro? ¿A quién le importa? Esto no es una cita real. ¿Le gustará a su familia? ¿A quién le importa? ¡Nunca volveré a verla! ¿Se me acabarán los temas de conversación? ¿Piensa que soy rara? ¿Se lo pasa bien? ¿Le importará que también me haya comido su postre aparte del mío? ¡Todo eso da igual porque solo estamos fingiendo!

Cuando conozco a su madre, cuyo intento de charlar consiste en estudiarme con frialdad y pedirme que le diga qué e me gusta de su hijo, coloco una mano en el pecho de Boyd con tranquilidad e inclino la cabeza para apoyarla en su hombro. Lo que, si me paro a pensarlo, probablemente ha sido un error táctico enorme, porque la sensación del pecho de Boyd bajo mi mano es una distracción. Pero consigo perseverar.

—¿De cuánto tiempo dispone, señora Gallagher? —Le sonrío a la mujer mientras deslizo la otra mano por la espalda de Boyd. Joder, eso también ha sido

un error. ¿Cuánto tiempo pasa este hombre en el gimnasio?

—¿Perdona? —contesta la señora Gallagher. Es obvio que no entiende a dónde voy con esto.

—Me llevaría toda la noche decirle todo lo que me gusta de Boyd, por lo que me preguntaba de cuánto tiempo disponía. —Dirijo la mirada hacia él mientras hablo a su madre y mi corazón titubea por un momento al darme cuenta de que, aunque esté fingiendo delante de su madre, todos los ejemplos que se me ocurren de lo que me gusta de Boyd son totalmente ciertos, al cien por cien. Como el modo en que me mira. O que siempre me abre la puerta, incluso aunque acabe de arrestar a mi cita o aunque me lleve de compras para una boda a la que me ha manipulado para ir con él. Me gusta el modo en que me besó la semana pasada, sin abrumarme. El modo en que se mete conmigo por mi obsesión con los crímenes y con la seguridad. Me gustan sus pestañas. Y, por encima de todo, me gusta lo paciente que es conmigo.

Y, cuando me devuelve la mirada, tampoco me da la impresión de que esté fingiendo. Cierra la brecha entre nosotros y me besa, en mitad del convite de la boda de su prima. No es un besito, ni el beso agresivo del fin de semana pasado contra la puerta de mi casa. Es suave y lo bastante prolongado como para que se me encoja el estómago y el pulso se me acelere al máximo. Y un momento después se termina, y estoy confusa. Excitada, caliente y confusa.

Bailamos, comemos y nos tomamos unas cuantas copas hasta que termino bostezando y descansando la cabeza en el hombro de Boyd, y él me besa la parte superior de la cabeza y dice que podemos irnos. Estoy en una nube brumosa de alegría que dura hasta que llegamos a la habitación del hotel. La habitación que todavía no he visto. Esa sensación empieza a desvanecerse mientras el alcohol deja de hacerme efecto y Boyd inserta la llave en la puerta. Cuando la cerradura electrónica se ilumina de color verde, mi ansiedad empieza a aparecer de nuevo. La parte del día que consistía en fingir ser su novia ha acabado.

La habitación es preciosa, por supuesto. Las cortinas están abiertas, y exhiben el paisaje de montaña, y hay una chimenea encendida en un rincón. Estos detalles me distraen durante aproximadamente tres segundos del auténtico problema de la habitación.

—Toc, toc, Boyd.

—¿Quién es, Chloe? —Parece que se divierte. Y está más bueno de lo que debería ser legal mientras se desanuda la corbata.

—¡Una cama! Se trata de una cama. —No me doy cuenta de que he dado un pisotón a modo de énfasis hasta que capto la mirada de Boyd deslizándose por mi pierna. Entonces se ríe mientras se desabrocha los gemelos de la camisa y se remanga, a la vez que mis nervios se disparan. ¿Qué hago aquí? ¿Cómo he permitido que pase esto? Mis breves experiencias sexuales nunca han incluido pasar la noche entera con el tío, sino llegar a casa antes del toque de queda o regresar a mi propio dormitorio una vez hubiéramos terminado. Y aunque no creo que Boyd quiera tener relaciones sexuales conmigo, pasar la noche con él en la misma cama es casi igual de estresante.

—Perdona —dice, mirándome—. Esta era la única habitación que les quedaba. Puedo dormir en el sofá si eso te hace sentir más cómoda.

Echo un vistazo al sofá y me siento estúpida.

—No, claro que no; no pasa nada.

Me mira un momento y asiente con lentitud.

—Puedes cambiarte en el baño. Tienes la maleta en un estante del armario —indica, con un movimiento de cabeza hacia el mueble situado detrás de mí.

Abro las puertas y me inclino sobre mi maleta, y sigo mordisqueándome el labio cuando noto que está detrás de mí.

—¿Necesitas ayuda con la cremallera? —pregunta.

Sí. Sí que necesito ayuda con la cremallera. Asiento y él me baja la cremallera a una altura modesta antes de decirme que desde ahí podré bajármela yo sola. Habla en voz baja, pero ronca, y no quiero terminar de bajármela yo sola. Quiero que me arranque el vestido y me folle contra la pared, pero no sé cómo pedirselo. Apenas sé cómo estar a solas con él.

Me refugio en el baño y cierro las puertas dobles. Por lo visto, una única puerta no es suficiente para un elegante baño de un hotel de cinco estrellas. Pero no encuentro ningún modo obvio de bloquearlas, así que me conformo con cerrarlas con firmeza para que no se abran solas antes de quitarme el maquillaje y cepillarme los dientes. Me pongo los pantalones cortos de algodón de color lavanda y una camiseta de manga larga con un patrón de panal gris que he traído para dormir. Me quito las horquillas y me paso los dedos por el pelo.

Venga, vale. Me doy golpecitos en el muslo con los dedos y me examino en el espejo. «Simplemente sal ahí de nuevo y vete a dormir. Es lo único que tienes que hacer. No es para tanto. Incluso puede que ya esté dormido». Exhalo profundamente frente a mi reflejo y después recojo el vestido del suelo y salgo del lavabo. Me detengo frente al armario para colgar el vestido en una percha,

luego cierro las puertas y me giro hacia la cama.

—Joder, ¿estás desnudo? —suelto.

Boyd está sentado en la cama tapado hasta las caderas y con la espalda apoyada contra el cabecero mientras lee algo en su *tablet*. Tiene el pecho desnudo, sus abdominales perfectos están a menos de diez pasos de mí. Eso no es justo. O sea, venga ya.

—No —pronuncia despacio.

Creo que lo estoy confundiendo, pero no estoy segura, porque me está mirando las piernas desnudas y no dice nada. Quiero tirar del dobladillo de estos pantalones de dormir tan cortos, pero resisto el impulso y, en lugar de eso, me riño mentalmente por no haber traído unos pantalones largos. Retira las mantas que lo cubren y señala a sus piernas... cubiertas con pijama.

Soy idiota. Tengo las mejillas sonrojadas mientras me meto en la cama y me tumbo de lado, de cara a la pared.

—Solo para que quede claro, en algún momento has visto un pene, ¿no? —pregunta Boyd. En su voz hay indicios de risa.

—Dios mío, ¡cállate! —Me pongo una mano sobre los ojos bruscamente, como si eso pudiera sacarme de este desastre y transportarme a mi propio piso de inmediato. Pero no es así—. Ya te he dicho que sí, pero no he visto el tuyo, ¿vale? Estoy segura de que el tuyo es superespecial. —Voy a morir de incomodidad. No puedo mirarlo a los ojos, no puedo.

—Vaya, gracias, Chloe. Me gusta pensar que sí. —No hay indicios de risa en su voz esta vez. Porque se está riendo abiertamente—. Buenas noches, Chloe.

—Buenas noches, Boyd.

Capítulo 14

Boyd

Esto ha sido una mala idea. Este viaje. Esta habitación de hotel. Una única cama. Mal, todo mal. En algún punto durante la noche, su espalda ha terminado pegada a mi pecho, su trasero alineado con mi polla. Acurrucados. Estamos acurrucados.

Su camisa está pegada a mi pecho desnudo, y soy consciente de que el algodón con patrón de panal es lo menos *sexy* del planeta, pero mi polla no ha recibido el mensaje. De algún modo, he logrado rodearla con un brazo mientras dormía y sus piernas están apretadas contra las mías. Saber que están desnudas con esa diminuta excusa de pantalones cortos me está matando. Entonces se mueve y los dedos de sus pies me tocan la espinilla, y las pelotas se me ponen aún más moradas. Me he despertado hace unos minutos con una erección que ha empeorado progresivamente al recordar dónde estaba y contra quién estaba pegado. Su pelo aún huele ligeramente a vainilla y fresa, incluso con los restos de laca de ayer. Y es suave. Lo sé porque estoy jugueteando con los mechones extendidos en mi almohada. Como un perverso. O un gilipollas obsesionado.

Espero haberla analizado correctamente. Espero que este plan que he urdido para lograr lo que deseo funcione. O estoy jodido. Me separo de ella y salgo rodando de la cama. Ella murmura y sus párpados aletean antes de girarse para quedar bocarriba y estirarse. Necesito una ducha, ahora mismo.

Permanezco debajo del agua caliente durante lo que parece una hora y me rodeo la polla con una mano para proporcionarme casi tanta satisfacción como

la que me da fingir salir con Chloe. A ver, me corro y lo disfruto. Pero la masturbación nunca es comparable al sexo de verdad. Nunca. Es como la diferencia entre ver un partido de fútbol americano por la tele y vivirlo en el campo. Y mi polla está más que lista para ponerse la equipación y empezar el partido con Chloe.

Salgo del lavabo con una toalla enrollada en la cintura. No me he acordado de traer ropa al entrar, demasiado absorto como para pensar en nada.

—¡Por fin! —exclama Chloe cuando se abre la puerta del baño—. ¿Por qué has tardado treinta y cinco minutos en ducharte? —pregunta mientras camino para ir a por ropa limpia de mi maleta—. Hay sequía en los estados montañosos, Boyd. —Deja de hablar cuando se da cuenta de que voy desnudo, salvo por la toalla.

—No hagas preguntas cuya respuesta no quieres saber —respondo con sarcasmo y vuelvo a meterme en el cuarto de baño para vestirme.

Chloe guarda silencio cuando vuelvo a salir. Está sentada en medio de la cama, tiene las piernas dobladas, y las rodea con los brazos, mientras me mira fijamente. Sus piernas están demasiado expuestas para mi gusto, así que le digo que se dé una ducha porque no sé cómo pedirle que se ponga unos putos pantalones sin parecer un gilipollas.

Para cuando sale del lavabo vestida, con el pelo todavía mojado y despeinado, el servicio de habitaciones ya nos ha traído el desayuno que he pedido.

—Lo siento, no tenían donuts —digo, señalando la comida que está encima de la mesa—. Te he pedido un gofre con Nutella.

Ralentiza sus movimientos mientras mete algo en la maleta y me mira con suspicacia.

—¿Te has acordado de que me gusta la Nutella?

—Soy un novio fantástico —replico y muevo una silla para ella. Me mira un segundo más antes de sentarse.

—¿Entonces hoy seguimos fingiendo? —pregunta sin mirarme, por lo que no puedo deducir el significado exacto de sus palabras. ¿Seguimos fingiendo que necesito una novia falsa? ¿Seguimos fingiendo que no he planeado todo esto para poder pasar tiempo con ella sin que le entre la ansiedad? ¿O me pregunta si seguimos fingiendo de cara a los demás? Doy un sorbo al café y la observo cortar el gofre. Se mete un trozo en la boca. Alza las cejas mientras mastica, como preguntando por qué no contesto.

—No sé, ¿qué te apetece hacer hoy? —«Buena manera de desviar la conversación, Boyd».

Pone los ojos en blanco al tragar.

—Me refiero a que si hoy tenemos que hacer algo relacionado con la boda. —Rasga el extremo de un sobre de edulcorante y lo echa en una taza vacía—. ¿Veremos a alguien?

De acuerdo, entonces.

Levanto la jarra y le lleno la taza al tiempo que ella añade la leche en polvo, tras lo cual remueve el café con una cucharilla antes de darle un sorbo.

—Eh, creo que no. Tal vez. No sé cuándo se van los demás del pueblo. Pero no, hoy no tenemos nada que hacer. Excepto lo del tobogán. Tenemos que ir al tobogán.

—¿En serio? —Los ojos se le iluminan.

—Por supuesto. Ayer te dije que te llevaría. ¿Alguna vez te he engañado? Ten un poco de fe, Chloe.

—Mmm, bueno, aparte de chantajearme, no, no me has engañado.

—Listilla.

Se come otro trozo de gofre y me mira. Noto que me está mirando los brazos mientras me meto una cucharada de avena en la boca.

—¿Podemos ir después de desayunar? —pregunta por fin, con el ceño fruncido.

Asiento, sin estar seguro de a dónde quiere ir a parar con eso.

—¿Seguro? —pregunta juguetonamente—. ¿No tienes que ir al gimnasio primero? —insiste—. Te he visto semidesnudo y ese cuerpo no se consigue sin un montón de ejercicio —bromea.

—Ah, ¿esto? —Me recuesto en la silla y bajo la mirada a mi torso cubierto por la camisa y luego vuelvo a dirigirle la mirada—. Esto lo mantengo practicando sexo. Solo sexo.

Abre mucho los ojos. Es evidente que no se esperaba esta respuesta. Ladea la cabeza un poco y la piel de la cara se le arruga de concentración.

—¿En serio?

Dios, qué chica esta.

—No. —Niego con la cabeza con una carcajada—. Hago bastante ejercicio —digo—. Pero me alegra de que te guste —añado arqueando una ceja.

Salimos del Arrabelle y caminaremos hacia el teleférico por el mismo

recorrido que hicimos ayer. Chloe habla durante todo el camino. Pregunta sobre algunos familiares que conoció anoche. Comenta lo guapa que estaba la novia y lo bonita que fue la celebración. No está contando chistes, así que, aunque parece un poco nerviosa, creo que se siente cómoda.

Tenemos que hacer una parada para comprar las entradas y firmar una autorización para poder subir. Lo de ayer era un evento organizado como parte de la boda. Relleno un formulario y lo firmo, luego me giro hacia el mostrador para pagar y me doy cuenta de que Chloe aún está leyendo el suyo. Palabra por palabra. Me descubre observándola y echa un vistazo a mi formulario.

—¿Ya lo has firmado? ¿Sin leerlo? —Está consternada—. Esto es un documento legal, Boyd —señala, clavando el dedo en su documento.

—Solo es una atracción, Chloe. No una trampa mortal.

Me fulmina con la mirada y vuelve a leer cuidadosamente el formulario mientras yo la observo. Es entretenido de cojones. Finalmente, frunce el ceño y, con una diminuta sacudida de la cabeza y un pequeño suspiro, firma el formulario.

—¿Ya estás satisfecha, chica segura? ¿Estás totalmente preparada para el tobogán de la muerte?

—Al menos uno de nosotros dos lo está —replica.

Compro las entradas para montarnos y luego nos dirigimos al teleférico. Ha traído el móvil y se pone a hacer fotos en cuanto nos subimos y no para hasta que nos bajamos en la cima. Hoy hay una vista clara y perfecta de las montañas, pero lo cierto es que casi siempre es así. El aire frío y las nubes blancas, esponjosas y brillantes dibujan la escena mientras Chloe gira sobre sí misma, un giro real como si estuviera recreando una escena de *Sonrisas y lágrimas*. Pero, en lugar de cantar, saca más fotos.

—¿Qué vas a hacer con esas fotos? —pregunto mientras atravesamos el sendero hacia el Forest Flyer.

—¿A qué te refieres?

—No le has dicho a nadie que veníamos aquí.

—No sabía que veníamos aquí —suelta y luego se queda quieta—. Es raro que no se lo haya dicho a nadie. Me ha engañado para que tenga una falsa sensación de seguridad, agente Gallagher.

—¿Falsa? ¿Crees que estás en peligro conmigo?

—Ah, bueno. Supongo que no. Pero en mis series nunca dicen: «La víctima fue atraída a un lugar seguro y vivió feliz y comió perdices».

—Eres ridícula.

—Un poco —acepta con un asentimiento—. Supongo que guardaré las fotos para mí —dice con un poco de tristeza—. Pero este paisaje es demasiado bonito como para no immortalizarlo.

Hay un grupo de niños delante de nosotros en el Forest Flyer. Hundo un dedo en las costillas de Chloe e inclino la cabeza hacia los niños.

—Mira, Chloe. Si la atracción es segura para los niños, probablemente lo sea para ti también.

—Cállate.

Echo un vistazo al trineo preparado mientras uno de los empleados recita las instrucciones de seguridad y entonces le pregunto a Chloe cuánto pesa.

—¿Perdona? —Se para en seco y se me queda mirando como si fuera un monstruo.

—Podemos montar juntos.

—Me parece que no. —Niega con la cabeza.

—Claro que sí. No creo que peses mucho más de cincuenta kilos. Estamos muy por debajo del límite de peso para un trineo. —Se le salen los ojos de las órbitas, pero la tomo de la mano y tiro de ella hasta la zona de acceso. El trineo está diseñado para que quepan dos personas y se engancha a una vía de metal a unos pocos metros del suelo. Paso una pierna por encima con facilidad y me siento, luego doy golpecitos con la mano al espacio libre delante de mí para el segundo pasajero—. Sube.

Chloe me hace caso de mala gana. Es muy alto para ella, de modo que apoya una mano en mi hombro y se sube al trineo antes de girarse y dejarse caer en el asiento. Sí, puede que esto haya sido una mala idea. Sus piernas están dobladas entre las mías y cuando presiono las asas laterales, para que el trineo se deslice o ralentice, mi pecho y brazos casi la rodean. Los empleados han comprobado que nuestros cinturones estén abrochados y han reiterado la distancia que hemos de mantener entre trineos. A continuación, descendemos a toda velocidad los mil metros que tiene la pendiente de la montaña, trazando curvas en torno a los árboles y pasando por encima de desniveles. Ella se ríe durante todo el camino, así que el dolor de mis pelotas por tenerla apretada contra mí merece la pena.

La atracción está diseñada para llevar a los pasajeros de vuelta a la cima, así que la entrada y la salida están en el mismo sitio. Pero cuando llegamos a la garita, Chloe se mueve en su asiento y exclama:

—¡Otra vez!

—¿Otra vez? ¿Tienes ocho años o qué?

—Cállate —replica felizmente y echa la cabeza hacia atrás para sonreírme boca abajo. Al final descendemos dos veces más por la montaña antes de que quede satisfecha.

Caminamos por la cima de la montaña de Vail hasta que Chloe se aburre de sacar fotos después de que yo consiga estropearle a propósito algunos de los *selfies* que intenta sacarse. Finalmente me da su móvil y saco una foto de los dos, tras lo cual la envío a mi teléfono desde el suyo.

Después de tomar el teleférico para volver a bajar la montaña, paseamos por el pueblo y entramos y salimos de algunas tiendas. Las tiendas de chocolate le llaman la atención, pero no mucho más. Lo que le gusta es mirar. Escoge una camiseta en una tienda y cuando se dirige a la caja con ella, yo le pregunto qué hace.

—El viernes es el día de las camisetas en el cole —explica.

Miro la camiseta y luego a ella de nuevo, y levanto una ceja con incredulidad en el rostro.

Chloe vuelve a mirarla y niega con la cabeza.

—Es una mala idea, ¿no? Iba a llevarla al colegio, pero seguro que me olvido y me la pongo para ir a ver a Everly y me dirá: «Chloe, ¿cuándo has estado en Colorado?». Luego tendría que mentirle y, sí, es un lío.

—No era eso lo que estaba pensando —digo.

—Ah. ¿Pensabas que simplemente debería decirle que he venido contigo a Colorado? —Se vuelve para mirarme, con una expresión seria, y estoy completamente confundido sobre a dónde quiere ir a parar con esto, pero no me da tiempo de pensar en ello porque empiezo a reírme.

—Chloe, ¿qué crees que significa lo que pone en esa camiseta?

Pone cara de asco ante mi risa y sacude la camiseta en el aire.

—Es una señal de carretera, Boyd —dice como si estuviera loco—. La 420. ¿Lo ves? Todas las señales de carretera de este país tienen la misma forma. O quizás sea una señal de la interestatal. ¿Hay alguna diferencia?

—¿Crees que la 420 es una carretera?

—Eh, sí. Probablemente sea la autopista que tomamos para llegar aquí desde el aeropuerto —comenta. Y luego asiente para sí misma—. Seguro, porque tienen un montón de cosas con la 420.

No puedo evitarlo. Me echo a reír.

—¿Qué? —Muestra una expresión confusa.

—La autopista 420 no existe. Es una referencia a la marihuana.

—No, no lo es. —Empieza a reírse, pero se detiene—. ¿En serio?

—En serio.

Chloe palidece y vuelve a doblar educadamente la camiseta antes de colocarla de nuevo en la pila. Luego endereza la espalda y camina con elegancia hacia el exterior de la tienda. Rompe a reír en cuanto pisa la acera.

—Me habrían despedido antes de llegar a la hora de la comida. —Se está riendo tanto que tiene que doblarse hacia adelante—. ¿Por qué es una referencia a la marihuana? ¿Por qué hay una señal de autopista? —Cruza las piernas y anuncia que se va a hacer pis encima si se ríe más, entonces se cae de lado contra mi cuerpo.

Yo la agarro para que no acabe en el suelo. Y lo mando todo a la mierda. La beso. Tiene las piernas cruzadas todavía y no ha recuperado el equilibrio, su pecho está presionado contra el mío. Suelta un chillido de sorpresa que enseguida se torna en el gemido más cálido que jamás he oído y después sus manos están sobre mis hombros. Por un momento, tengo un mal presentimiento: quizás vaya a empujarme para alejarme de ella. Pero la idea se desvanece cuando sus dedos me rodean la nuca tentativamente, porque no me está empujando, me está atrayendo hacia ella. Sigo rodeándola con un brazo para sostenerla mientras desplazo la otra mano a su pelo, lo que me permite hacer lo que he querido hacer desde la primera vez que la vi: enrollarme la mano con él para llevar sus labios de color rosa claro exactamente donde los quiero. Bueno, no, no exactamente donde los quiero... no con público.

Desplazo los labios por su mandíbula. Es el mejor beso de mi vida. Todos los besos con Chloe son los mejores de mi vida, pero este, joder. Este será difícil de superar. Mejor que aquel contra su puerta cuando la pillé totalmente desprevenida. Mejor que el de la boda, cuando no estaba completamente seguro de si solo me seguía el juego. Sus pulgares trazan círculos en la piel que tengo expuesta por encima del cuello de la camisa, y los suspiros ligeros y gemidos bajos que hace me están volviendo loco. Y, madre mía, en algún momento, ha logrado descruzar las piernas y rodearme el muslo con una de ellas, tratando de apretarse contra mí.

Chloe se separa, su respiración es superficial y sus ojos conectan con los míos.

—Estoy hambrienta.

Sí.

—¿Comemos pizza? —pregunta, señalando a un letrero a unos veinte metros de distancia—. Creo que deberíamos ir a comer pizza. —Y entonces empieza a caminar.

Un momento. ¿Vamos a comer pizza?

¿Qué cojones acaba de pasar?

Capítulo 15

Chloe

¿Qué narices acaba de pasar? Me parece que he intentado restregarme contra el muslo de Boyd en público. Nos estábamos riendo y, de pronto, empezamos a besarnos y, entonces, mi pierna, la muy guarrilla, se ha rebelado y ahora vamos a por pizza. La pizza está buena.

—Blue Moose Pizza —leo del letrero mientras nos aproximamos al restaurante—. Qué nombre tan gracioso, ¿no crees? Los alces no son azules. A menos que estés colocado, ¿no? —Echo un rápido vistazo a Boyd—. Creo. A ver, la verdad es que nunca he estado colocada. ¿Funciona así? Qué más da, no importa. ¡Pizza! —Agarro la puerta y entro disparada.

Una vez en el interior, nos sientan en una mesa con un mantel de cuadros rojos y blancos y nos dan las cartas. Boyd se pide una cerveza y yo, una Moosarita. En serio, se llama así. Luego empiezo a leer la carta mientras Boyd me observa, sentado frente a mí.

—¿Qué pizza te apetece? —pregunto.

—La que tú quieras —responde.

—¿La pizza de alitas de pollo con salsa búfalo? —pregunto sin alzar la mirada.

—Vale —acepta y la pide cuando la camarera nos trae las bebidas.

Después de pedir la comida y de que se hayan llevado las cartas, se me han acabado las distracciones, de modo que lo miro. Parece que quiera devorarme.

La pizza ha sido una idea estúpida. Debería habérmelo llevado directamente a nuestra habitación. ¿Qué cuernos me pasa? Maldita ansiedad social.

—Bueno —empieza Boyd, y yo me humedezco los labios con la lengua y lo repaso con la mirada. Es tan... todo. Lleva un jersey fino y se lo ha remangado hasta los codos. Me encantan sus brazos. Y sus hombros. Y, básicamente, todas las partes de él que he podido tocar hasta ahora. Seguro que la tiene como un caballo. ¡No, como un alce! Me muerdo el labio para evitar echarme a reír con mi propio chiste mental. Entonces frunzo el ceño. ¿Y si es demasiado grande? He visto un total de tres penes, sin contar todas las FDP que me han mandado, y eran bastante similares. A ver, distintos, pero eran lo mismo. En plan, uno se curvaba un poco más que los otros dos...

—¿Chloe? —Boyd interrumpe mis pensamientos. Sospecho que quizás lleve tiempo intentando atraer mi atención.

—¿Qué?

También me gustan las yemas de sus dedos y la forma en que están apoyadas contra la botella de cerveza. Su dedo índice, que frota una esquina de la etiqueta, la cual se está despegando de la botella, me está poniendo cachonda. Pero que muy cachonda. Mucho. Sacudo la cabeza y me echo a reír.

Quiero hacerlo con Boyd Gallagher.

No tengo ni idea de cómo lograrlo. Realmente no. ¿Tendría que haber dicho algo después de ese beso? Solo ha sido un beso. Aunque fuera un beso muy caliente y mojabragas. No es una invitación. No significa que quiera acostarse conmigo. ¿O sí? Los tíos son muy transparentes, ¿no? Pero Boyd no es mi novio del instituto, quien esperaba a que le dijera que sí. Tampoco es ninguno de los dos universitarios desgarbados con los que tuve unos incómodos encuentros sexuales en dormitorios en semipenumbra.

Boyd es... Boyd. Prácticamente ha admitido que podría haber conseguido cualquier cita informal que lo acompañara a Vail, pero que no quería que la chica pensara que significaba algo. De modo que no creo que esté desesperado por acostarse con cualquier chica cachonda. Debe de tener muchas opciones. Opciones más fáciles que yo. Opciones con excelentes habilidades sexuales.

¿Debería sacar el tema ahora? «Oye, Boyd, ¿quieres acostarte conmigo? ¿Después de la cena, quizás?». Me doy golpecitos en el muslo con los dedos y caigo en la cuenta de que mi pierna está dando botes bajo la mesa. «Cálmate, Chloe». Sí que parece gustarle ser mi profesor. Quizás debería decirle que necesito práctica. Ni siquiera es mentira. Es verdad que necesito practicar. No

tengo excelentes habilidades sexuales. Me pregunto si sería una petición rara. A ver, es evidente que sería rarísima. Pero ¿le importaría?

—Chloe —vuelve a interrumpirme Boyd—. ¿En qué piensas?

—En lo de la 420 —respondo enseguida. Por lo visto, mis habilidades de mentirosa son estupendas—. ¿Estás seguro de eso de la 420? Sigo creyendo que es una autopista.

—¿Ahora mismo estás pensando en eso? —pregunta con voz queda, inclinándose adelante un poco y mirándome fijamente.

—Sí. Voy a mirarlo por internet. Me encanta buscar las cosas. ¿Lo sabías? Google es lo mío. —Saco el móvil y empiezo a teclear. Me parece oír a Boyd gruñir antes de tomar un trago de cerveza.

Chloe: Una preguntita. ¿Alguna vez has tenido un profesor sexual?

Everly: Ah, ¿te refieres a una historia picante entre profesor y alumna?

Chloe: No, eso no.

Everly: ¿Vas a echar un polvo con algún profesor? No sé si eso cuenta como sexo con un profesor, dado que ya no eres estudiante, pero, aun así, deberías hacerlo. Siempre puedes hacer juegos de rol, si eso te pone.

Chloe: ¡¡¡No me refiero a eso!!!

Everly: No, nunca me he follado a un profesor. Qué pena. A lo mejor consigo que Sawyer juegue conmigo a la alumna traviesa.

Chloe: Me parece que no estamos hablando de lo mismo.

Everly: ...

Me quedo mirando los puntos suspensivos que indican que está escribiendo, pero entonces desaparecen. Estoy casi segura de que está comprándose un disfraz de colegiala y se ha olvidado de mí.

Chloe: ¿HOLA?

Everly: Perdona. ¿Sabes todas las opciones de colegiala *sexy* que hay en internet? ¿Crees que soy lo bastante alta como para ponerme calcetines por las rodillas sin parecer estúpida? No tengo las piernas muy largas.

—¿Has encontrado algo? —pregunta Boyd, y casi doy un brinco en mi asiento.

—Eh... —profiero de manera evasiva mientras dejo los mensajes con Everly y hago una búsqueda rápida de la Interestatal 420—. Según Wikipedia, la Interestatal 420 se refiere a dos autopistas que nunca llegaron a construirse. En Georgia y Luisiana. De modo que es casi una autopista —digo con una rápida mirada en su dirección. Luego regreso la vista a mi móvil y busco 420 sin la palabra «interestatal»—. Pues sí, está claro que significa marihuana. —Sacudo la cabeza—. Tienes razón.

Everly: ¿Y qué te pareció Boyd?

Ay, mierda.

Chloe: ¿De qué hablas?

Everly: Boyd. El hermano de Sophie. Ese hermano supercañón que tiene Sophie.

Chloe: ¿Por qué preguntas?

Everly: ¿Que por qué pregunto? ¿Qué clase de pregunta evasiva es esa? Porque por fin pudiste conocerlo cuando nació Christine, y creo que deberíais salir juntos y tener hijos. Por eso pregunto.

Chloe: Ah, vale.

Everly: Seguro que te puede enseñar todo lo que quieras saber...

Chloe: Acaba de llegar la pizza que he pedido. Ya hablaremos.

La camarera se acerca con la pizza, de modo que en realidad no he mentido. Dejo el móvil en el asiento junto a mí al tiempo que la camarera deposita la pizza en medio de la mesa y nos pregunta si necesitamos algo más antes de dejarnos solos.

—Hoy me he divertido. Gracias.

—¿Divertido?

—El tobogán y eso.

—No hay de qué. —Toma otro sorbo de cerveza y me observa mientras pillo un trozo de pizza y empiezo a imaginarme cómo es Boyd en la cama. Muy normal, ¿verdad? Eso me recuerda a su pene. Tengo que mirarlo ahora. Me siento mejor si tengo todas las variables con antelación. Estar preparada para cualquier eventualidad me hace sentir mejor.

Me como un trozo de pizza y luego tomo el móvil del asiento y hago una búsqueda rápida sobre el tamaño de un pene medio. Lo que, en realidad, no es de mucha ayuda, porque hay dos millones de resultados. Necesito una gráfica. Encuentro una; alterno la mirada entre la imagen y Boyd. No estoy segura de la conclusión que creo que voy a sacar al mirar a Boyd y una gráfica por internet. Esto es muy tonto. Soy tonta. No sería la primera vez que tendría relaciones sexuales. Me estoy poniendo ansiosa yo sola por nada, porque eso es lo que mejor se me da.

—¿Qué miras?

—Eh, internet —respondo y me meto el teléfono en el bolsillo—. Perdona, necesitaba consultar algo un momentito.

—Vale.

—Oye, ¿alguna vez has enviado una FDP?

No contesta a eso, se limita a bajar la barbilla un centímetro y a alzar las cejas de manera inquisitiva.

—Una foto de tu polla —aclaro, bajando la voz.

—Crecí siendo el hijo de un político, con discursos interminables sobre la repercusión de lo que publico en internet. Y en mi carrera me he especializado en delitos cibernéticos para el gobierno federal. Te aseguro que nunca le he mandado a nadie la foto de mi polla.

—Ah. —Asiento—. Tiene sentido.

Él se limita a mirarme durante otro rato mientras le doy un sorbo a mi

Moosarita.

—¿Te molesta que te haya besado?

—No. —Niego con la cabeza de un lado a otro—. No.

—Vale. —Lo dice despacio, como si no supiera si creerme o no.

—No me ha molestado.

—Vale. —Esta vez lo dice convencido.

—Me ha gustado —insisto—. A mi pierna le ha encantado. —Esto es muy raro. Hay una energía rara entre nosotros. O a lo mejor me lo estoy imaginando todo. ¿Cómo lo hace la gente? Quiero arrojar dinero a la mesa y arrastrarlo a nuestra habitación de hotel, pero tal vez se esté preguntando por qué me ha traído a este viaje cuando podría haber traído a cualquier otra persona.

Pero se ríe y dice:

—A mi pierna también le ha gustado, Chloe.

Así que creo que tal vez estemos de acuerdo.

Capítulo 16

Chloe

Cuando regresamos al hotel, agarro mi pijama y voy directa al baño. Porque, al parecer, tengo que ponerme el pijama antes de hacerlo. Pero ¿acaso vamos a hacerlo? Me pregunto qué hace él ahí fuera. ¿Cuánto tiempo llevo en el lavabo? Genial, ahora probablemente piense que tengo problemas de estómago, además de ser la líder oficial del Equipo de los Raros. Apoyo una palma contra mi frente de un golpe y me miro en el espejo del baño. «Sé normal, Chloe. Lo tienes controlado».

Coloco una mano en el pomo de la puerta y respiro hondo. Luego bajo la mano. Boyd tendrá unas expectativas más elevadas que aquellos universitarios. ¿Y si pretende hacerlo en una posición extraña que desconozco y me pongo en evidencia yo sola? ¿Y si quiere que me ponga arriba? Probablemente me las apañe. ¿Y si quiere metérmela por el culo? Bueno, en realidad puede que esté abierta a eso. Puede. Creo que estaría abierta a cualquier cosa que Boyd quisiera hacer conmigo, los dos juntos. Siempre es muy concienzudo conmigo, no creo que eso vaya a cambiar durante el sexo.

Si es que hay sexo, claro.

Está en la mesa, vestido aún y tecleando en su portátil. La chimenea está encendida, pero sinceramente recuerdo si ya lo estaba cuando llegamos, de modo que no tengo ni idea de si ha sido él. Por suerte, las cortinas están cerradas y solo la lámpara del escritorio y la luz junto a la puerta están encendidas.

De acuerdo, vamos allá. Carraspeo antes de hablar.

—Podemos hacerlo fácil o divertido.

—¿Qué significa eso exactamente? —Deja de teclear y me mira por encima del portátil. El desconcierto mezclado con la diversión se refleja en sus facciones.

—No tengo ni idea. Solo quería decir eso.

Cierra el portátil y me mira fijamente, en silencio.

—¿Cómo se llama un oso que cuenta chistes? —balbuceo.

Niega con la cabeza en silencio y levanta una mano para indicarme que me acerque a él sin decir ni una palabra. Cuando me detengo a unos pasos de él, se pone en pie y salva la distancia entre nosotros. Se detiene cuando estamos cara a cara. Me levanta la barbilla con un dedo, para que le mire a los ojos. Parece... parece que le gusto. De modo que va a suceder. Voy a tener relaciones sexuales con Boyd.

Y entonces empiezo a reírme.

En mi defensa, es un momento realmente tenso. Es decir, no, no es tenso. Es serio. Y no sé lidiar con momentos serios. En el trabajo sí sé hacerlo. ¿Reuniones de padres y profesores? No hay problema. ¿Resolver una disputa entre dos niños de segundo que no está fundamentada en la lógica? Pan comido. No me pongo nerviosa en el trabajo. Es mi profesión, estoy en mi salsa. Pero ¿ahora? No tanto.

No obstante, Boyd me envuelve el trasero con las manos y me levanta, mis piernas lo rodean como si ya lo hubieran hecho cientos de veces, y dejo de reírme. La adrenalina toma el control y absorbe cualquier tipo de duda.

Entonces, damos la vuelta y pone mi espalda contra la pared, sus labios encuentran los míos mientras meto los dedos en su cabello y tiro de él.

—¿Por qué tienes tanta paciencia conmigo? —pregunto.

—Porque me gustas.

—Ah —susurro—. Vale.

—Quiero quitarte la ropa, Chloe —murmura mientras me mordisqueea el lóbulo de la oreja.

Asiento.

—Yo también. Yo también quiero —admito y bajo las manos al dobladillo de mi camiseta y la levanto con esfuerzo debido al poco espacio que hay entre nosotros para pasarla por encima de mi cabeza. Cae en la moqueta con un zumbido casi inaudible—. Tú también. Quiero que te quites la camisa. —Tiro de su jersey y se echa para atrás lo suficiente para quitarse la camiseta él mismo.

Apoyo las palmas en su pecho y lo exploro, mientras las presiono contra su piel con firmeza al tiempo que las puntas de mis dedos la recorren con delicadeza.

—Eres preciosa, Chloe —declara con la voz un poco ronca a la vez que recorre mis costados con las manos hasta alcanzar mis pechos, luego los envuelve con las palmas. Cuando gira mis pezones entre sus dedos índice y pulgar, mi cabeza cae hacia atrás y golpea la pared mientras pego la pelvis más a él; mi cuerpo busca más de manera instintiva—. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Tienes la más mínima idea?

—¿Qué? —Mis manos se han desplazado hasta sus bíceps y recorro sus músculos con los dedos a medida que me dirijo a sus hombros.

—¿Lo guapa que eres? ¿Hasta qué punto me vuelves loco?

—Quiero que te quites los pantalones —jadeo contra su oreja y noto la sonrisa que se extiende en su cara.

—Bien. Yo también quiero —afirma, repitiendo mis palabras de antes con una sonrisa.

Siento calidez por todas partes, como si estuviera un poco borracha sin estarlo en realidad. Estoy emocionada por lo que sea que vaya a pasar ahora. Porque sé que será bueno. Desplaza sus manos a mi culo una vez más para sostenerme mientras carga conmigo hasta la cama y me deja en el borde.

Mis manos se desplazan de inmediato hasta el botón de sus vaqueros para desabrocharlos, luego se encargan de la cremallera y dan un pequeño tirón a la tela cerca de sus caderas para quitárselos. Lleva calzoncillos debajo y no ocultan el tamaño de su erección. Alzo la mirada a la suya y me lamo los labios mientras deslizo la mano al interior de sus calzoncillos para agarrarlo. Estoy a punto de felicitarme a mí misma por mi increíble cara de póker, pero Boyd se está riendo de mí, por lo que supongo que la reacción sofisticada que tenía la intención de mostrar no ha sido muy convincente.

Termina de desvestirse y le doy un rápido repaso de la cabeza a los pies. El término «Adonis» se quedaría corto. Está musculado y tonificado por todas partes. Por todo su maldito cuerpo. Rodeo su miembro con una mano y lo acaricio de arriba abajo unas cuantas veces. Noto que yo misma me voy mojando por el mero hecho de tocarlo, debido al deseo instintivo de mi cuerpo de facilitarle el camino a un miembro con un tamaño como el suyo.

Porque, sí, sin duda es el modelo del pene grande en la gráfica de los tamaños.

—No practicaremos sexo anal —le informo—. No con esto —añado, mientras lo acaricio hasta la punta y exploro la amplia cabeza con el pulgar. Está duro sobre mi palma y le sobresalen las venas.

Exhala una bocanada de aire con un siseo y me cubre la mano con la suya, apretando mi agarre considerablemente antes de hacer una pausa.

—Un momento, ¿el sexo anal era una posibilidad?

—La verdad es que tengo curiosidad —admito—, pero no con esta cosa. —Inclino la cabeza hacia su polla monstruosa.

—Es la carga que soporto —acepta mientras guía mi mano hacia arriba y hacia abajo. Noto todos los contornos de su polla con mi mano apretada con tanta firmeza a su alrededor, y mi respiración se está acelerando con solo acariciarlo.

—Tumbate bocarriba —me indica, y yo me muerdo el labio y sigo sus instrucciones, de modo que me muevo hacia atrás en la cama mientras él gatea hasta situarse encima de mí. Su polla está contra mi estómago cuando me envuelve la cara con las manos y me besa. Es el beso más largo de mi vida y, de algún modo, el menos raro. Mis brazos le rodean el cuello y mis pezones rozan su pecho, haciendo que todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo ardan. Apoyo los talones en el colchón mientras alzo la pelvis, tratando de frotarme contra él. Pero Boyd no se apresura ni un poquito.

Sus manos descienden por mi cara para explorarla al tiempo que sus labios cubren cada centímetro de mi mandíbula y luego bajan despacito hasta mi cuello, donde su lengua me recorre el esternón, y me falta el aire.

—Se te da muy bien besar, Boyd —logro proferir.

—Me alegra oírlo. —Sigue saboreándome allí donde alcanza.

—Sí. No eres nada baboso.

—Gracias —murmura, antes de tomar uno de mis pezones con los labios y mordisquearlo entre los dientes; esto me provoca una reacción en lo más íntimo.

Estoy más mojada de lo que lo he estado jamás. Boyd juega con mis pechos durante mucho tiempo, sus manos nunca llegan más allá de mis caderas, aunque deseo con toda mi alma que se desplacen más al sur. Su erección presiona contra mis pantalones, así que bajo la mano para tocarlo. Me premia con un gruñido, y lo aprieto un poco más y recorro la corona con el pulgar. No sé cómo es capaz de controlarse, de moverse con esta lentitud, y no estoy segura de si estoy impresionada o molesta. Entonces sus labios descienden por mi estómago y sus

dedos bajan despacio los pantalones de pijama y las braguitas que llevo por mis muslos y luego por mis tobillos hasta que caen al suelo. Cuando sigue bajando, me alegro de que Everly me convenciera para depilarme con regularidad.

Dejé que mi novio del instituto me lo comiera todo, y estuvo bien, pero, más que otra cosa, fue raro para él, y a mí me dio mucha vergüenza, de modo que nunca les di la oportunidad de intentarlo a ninguno de los dos chicos con los que me acosté en la universidad. Por un momento, pienso en apartarlo de mí, pero tampoco es que Boyd me lo haya preguntado. Y su seguridad me pone mucho. Además, siento curiosidad. Ha sido muy solícito con esos labios hasta ahora.

Cuando utiliza los pulgares para expandirme y pasa la lengua por el centro, mi espalda se arquea y mis muslos se cierran en torno a su cabeza. Suelta una risita baja y ronca antes de succionar mi clítoris entre sus labios mientras yo aflojo el agarre de su cabeza. Madre mía. Esto es mejor que cualquier otra cosa en toda la historia. Mejor que todas las cosas juntas.

—Eres incluso más deliciosa de lo que pensaba —murmura entre mis piernas, y yo gimo a modo de respuesta.

Estoy empapada. En plan, creo que estaría goteando si él no me estuviera devorando cual hombre hambriento. No podría estar en ninguna posición más vulnerable o expuesta ante él como en la que estoy en este momento y, por un segundo, me da que pensar, pero ahora estoy aquí, con él, y voy a disfrutar de esta noche mientras dure. Es obvio que a él le gusta lo que está haciendo, de modo que no hay necesidad de que me sienta insegura por ello.

Desliza un dedo a mi interior y yo me tensa a su alrededor, porque mi cuerpo no está acostumbrado a esta intrusión. Saca el dedo y vuelve a meterlo mientras mis músculos se relajan y le permiten llegar a más profundidad sin resistencia. Dos de sus dedos me estiran la piel, y él suelta una palabrota mientras yo me retuerzo. Es una sensación deliciosa. Noto que una presión se forma dentro de mí, y explota cuando vuelve a succionarme el clítoris entre los labios y embiste contra mí con los dedos.

Mis manos se convierten en puños en la colcha mientras el orgasmo me desgarras. Nunca me he corrido de esta manera. Ni siquiera estoy segura de haberme corrido antes, si se supone que es esto lo que se siente.

—Boyd —jadeo, tratando de recuperar el aliento.

Él se mueve hasta mi torso y me acaricia el cuello con la nariz mientras habla.

—¿Ha estado mejor que bien? —pregunta, evidentemente recordando lo que

una vez le confesé acerca de mi experiencia con el sexo, que yo calificaba como bien.

—Sí —admito, con el cuerpo todavía zumbándome—. Definitivamente ha superado el bien.

—¿Mejor que Sexo para dummies?

—Puede. —Una sonrisa me tira de los labios.

—¿Puede? —pregunta, inclinando mi mentón hacia él, con las cejas arqueadas a modo de desafío. ¿He mencionado lo mucho que me gustan sus pestañas?

—No sé si puedo hacer una evaluación todavía. No hemos terminado.

—Ah. —Asiente—. ¿Entonces deberíamos terminar?

—Desde luego que deberíamos terminar. —Asiento con ligereza—. Odio evaluar algo que aún no he terminado.

Esboza una sonrisa y apoya los brazos en la cama para ponerse en pie.

Un momento. ¿A dónde va? Me apoyo sobre los codos y lo miro caminar desnudo hacia su maleta. También tiene un culo bonito. Tomo nota mental de tocarlo mientras tenga la oportunidad. Regresa a la cama con una tira de condones en la mano y eso me saca al instante de mi estupor sexual. Porque me había olvidado por completo de la protección. Durante todo el tiempo en que me he preparado mentalmente para este encuentro, no he pensado ni una sola vez en protegerme físicamente.

—Me había olvidado por completo —admito, mirando los condones.

—Tranquila, chica segura, yo me he acordado. —Arranca uno de los paquetitos y tira el resto a un lado—. No voy a hacerte un bombo para cazarte.

—¿Por qué querrías cazarme? Eso ni siquiera tiene lógica.

—La tiene desde mi perspectiva ahora mismo —murmura, tras lo cual rasga el envoltorio con los dientes y se acaricia; después se pone a horcajadas por encima mía, de rodillas, y me entrega el condón.

—Ah, yo no hago eso. —Niego con la cabeza.

—¿Estás abierta al sexo anal, pero poner un condón está fuera de tu zona de confort? —pregunta.

—Cállate. Y ya te he dicho que el sexo anal ha dejado de ser un opción desde que te he visto la polla.

Aprieta el extremo del condón y lo sitúa en la cabeza del pene, luego toma mi mano y lo desplaza para colocárselo. Yo lo estiro a lo largo de su miembro, alternando la mirada entre lo que hago y sus ojos. Los suyos no se apartan de los

míos en todo el proceso.

—¿Quieres que haga algo más? —pregunto, pero mi voz es delicada.

—¿Como qué? —Sus labios se curvan en una sonrisita mientras me empuja contra la cama y se echa sobre mí, sosteniéndose sobre los codos.

—No sé. —Ahora estoy susurrando y sacudo la cabeza un poco—. Me preocupaba que quisieras que hiciese algo raro.

—¿Algo raro?

—Da igual. Esto está bien. Me gusta. —Subo las manos por sus bíceps y hundo un poco las yemas de los dedos, para sentir bien su piel.

Él me separa las piernas con la rodilla y se sitúa entre ellas; mi ritmo cardíaco se dispara.

—Hace bastante que no hago esto —admito.

Asiente y baja la cabeza para besarme mientras desliza un brazo bajo mis rodillas para abrimme todavía más. Luego prosigue con su beso hasta que deseo sentirlo dentro de mí con tantas ganas que duele. Curvo las caderas hacia él, tratando de conseguir lo que deseo, pero, al parecer, él no tiene prisa, porque continúa tomándose su tiempo, besándome, acariciándome y volviéndome loca en general, hasta que me pregunto si podría correrme solo con eso.

Por fin, está ahí, justo donde lo quiero. La punta de su polla presiona contra mi apertura, y yo tomo aliento, pero empujo las caderas hacia arriba. Despacio, se abre paso dentro de mí. Al estirarse la piel para acomodarlo, siento un ligero escozor que hace que ansíe más de una forma muy hedonista.

Muevo las caderas para acomodarlo mientras sigue introduciéndose en mí hasta llegar al fondo, nuestros estómagos están pegados. Baja los codos hasta que su frente toca la mía y está tan dentro de mí que es casi incómodo; no obstante, me gusta. Alzo una mano, envuelvo su mandíbula en mi palma y guío sus labios hasta los míos, pero, esta vez, mordisqueo su labio inferior, tirando de él con los dientes.

—Eres la mujer más fascinante que he conocido nunca —comenta cuando libero su labio.

¿Fascinante? ¿Rara no? Se habrá equivocado.

Recuerdo que quería tocar su culo mientras tuviera la oportunidad, así que deslizo las manos por su espalda hacia mi objetivo, apoyando las plantas de los pies en la cama junto a sus caderas en el proceso. Él gruñe cuando mis manos encuentran su objetivo, pero el sonido es increíblemente sexy. Ronco, gutural... una confirmación verbal de que le gusta mi caricia. Extiendo las manos en su

trasero y lo acaricio; estoy bastante segura de que su culo es el más tonificado y perfectamente esculpido que jamás tocaré.

Él se toma los estímulos que le doy como una invitación para moverse, de modo que se echa hacia atrás antes de deslizarse a mi interior otra vez. Y otra vez. Se sostiene por encima de mí con las manos, observando mi cara mientras embiste; yo me siento expuesta. No físicamente, sino, más bien, emocionalmente; como si él viera demasiado. Vuelvo a colocar las manos en sus bíceps porque es mejor para sujetarme y evito apartar la mirada con todas mis fuerzas.

Capítulo 17

Boyd

Sabía que el sexo con ella iba a ser fantástico, pero, joder. Esta chica me ha destrozado. Su piel. Su aroma. Su sabor. La textura de su pelo y los movimientos delicados de sus caderas. El lunar diminuto que tiene cerca del ombligo. Los ruidos que produce cuando la toco. Ninguno de ellos forzados. Su respiración acelerándose y los pequeños gemidos que produce son pura Chloe. La forma en que las yemas de sus dedos me exploran el cuerpo con auténtica curiosidad, como si la figura masculina no le fuera del todo familiar, no porque intente alimentar mi ego.

Es difícil para ella. Las relaciones íntimas. No la parte física, exactamente. Esto le gusta. Creo que antes nos estábamos dirigiendo a ese sitio que es difícil para ella. Su seguridad en sí misma está a salvo conmigo. Quiero proteger esa seguridad, cultivarla. Verla florecer.

Estar dentro de ella me hace sentir como un rey. Pero también me hace sentir humilde. Conectar con ella de ese modo y que me acoja en su interior. Saber que confía en mí y que haré que se lo pase bien.

Embisto y sus ojos se abren mucho mientras jadea. Sus labios forman una diminuta «o». Su coño se aprieta tanto a mi alrededor que no estoy seguro de si le hace daño, pero está tan mojada por mí que me hundo aún más en ella, contra toda lógica. El espacio es tan reducido que no debería poder moverme. Pero lo hago. Mantengo el ritmo, largo y profundo, frotándole el clítoris con el pulgar. Veo cómo sus párpados aletean o se levantan, cómo dobla el cuello o hunde las

caderas, para indicarme lo que le gusta, lo que le da más placer.

Ojalá pudiera follármela sin el condón. Quiero que mi polla quede cubierta de ella, no de látex. Estaba tan mojada cuando le metí los dedos que me ha costado controlar las ganas de doblarla por la mitad y embestir contra ella. Y su sabor, joder. Sabe un poco a ese cacao de fresa que tanto le gusta.

Es dulce. Y cálida y mojada y, joder, muy estrecha. Y también es valiente. Podría haberse negado a venir a Colorado conmigo. No la habría culpado. Pero sabía que sentía bastante curiosidad, que estaba lo suficientemente intrigada como para seguirme el juego.

—Boyd. —Sus ojos conectan con los míos y su mandíbula se separa con un jadeo—. Voy a correrme.

Parece casi sorprendida, como si no hubiera esperado que volviera a ocurrir. Como si me fuera a detener antes de que sucediera de nuevo, estando enterrado en ella. Como si existiera la puñetera posibilidad de que yo me perdiera eso.

Sus piernas se tensan a mis costados y sus dedos se hunden en mis brazos mientras su espalda se arquea. Pero eso no es nada comparado con la sensación de sus músculos con espasmos, tensándose alrededor de mi polla. Me mantengo inmóvil por un momento, enterrado en ella, luego vuelvo a empujarme antes de sentirme casi entumecido, mi cerebro se apaga mientras me tenso sobre ella y mi propio orgasmo explota dentro de mí.

Nos hago rodar para no aplastarla, todavía hundido en su cuerpo. Se ha dejado caer encima de mí, sus miembros son pura gelatina y su cabeza descansa en la curva de mi cuello.

Estoy jodido.

Todo lo que sé de esta chica me indica que mañana se va a alejar. Le restará importancia a lo que está pasando aquí y probablemente me evite a toda costa.

—Chloe —susurro, acariciándole el brazo. Voy a tener que moverla. Tendré que levantarme y tirar el condón; ofrecerle una toalla. Pero eso puede esperar un minuto o dos.

—¿Mmm? —profiere.

—¿Cómo se llama un oso que cuenta chistes?

Noto su sonrisa contra mi cuello.

—Chist oso.

Me despierto antes que ella. Tiene la cabeza sobre mi pecho y su pierna está sobre la mía. Podría salir de la cama deslizándome por debajo de ella para levantarme, pero estoy disfrutando demasiado de Chloe dormida. Su respiración es suave y regular, y su cabello está revuelto y despeinado por lo que pasó la noche anterior.

Sé el momento exacto en el que se despierta. Su respiración se pausa y su cuerpo se tensa ligeramente en mis brazos. Veo que sus ojos se abren tras parpadear y se me queda mirando mientras yo aguardo una reacción.

—Hola —la saludo.

—Hola —responde. Luego pestañea un par de veces más y rueda para salir de mis brazos.

—¿Todo correcto? —pregunto. ¿A qué cojones me refiero con «correcto»? Quería preguntarle si se encontraba bien, pero he pensado que la pregunta podría ofenderla, así que la he sustituido por «todo correcto». No creo que sea mejor.

—Sí. —Se sienta y gira la cabeza para mirarme. Su cabello se desliza por sus hombros y me sonrío—. Te doy un diez —declara y después sale de la cama de un brinco y grita que se va a dar una ducha antes de entrar en el baño y desaparecer.

Poco después, hemos hecho las maletas y caminamos por el vestíbulo. Ya he llamado al aparcacoches y el vehículo debería estar listo en cuanto salgamos. Chloe finge estar alegre. Aunque es sutil. Tan sutil que imagino que es capaz de engañar a casi todo el mundo. Pero no es real. Está encubriendo su ansiedad. No está segura de cómo lidiar con lo que ha pasado. Intentaría hablar con ella, pero sé que no estará lista hasta que no hayan pasado varios días. Hasta que haya terminado de batallar con la conversación que esté teniendo consigo misma en su cabeza.

Estamos a tres pasos de la puerta cuando oigo que alguien grita mi nombre. Es mi primo Tommy. Consideraría ignorarlo, pero Chloe también lo ha oído y ya ha dejado de caminar.

Nos alcanza, arrastrando su propia maleta, y pregunta si nos dirigimos al aeropuerto. Desde ese momento, todo se va a pique.

A Chloe le cae bien al instante. No estoy seguro de por qué, ya que es medio gilipollas. Lógicamente, sé que agradece la distracción que ofrece este mediador entre nosotros después de lo de anoche. Pero eso no lo hace menos irritante. Charlan durante todo el camino hasta el aeropuerto regional de Gypsum, y

después sucede lo inevitable: Tommy no toma su vuelo comercial para tomar el jet privado con nosotros de vuelta a Filadelfia.

—No te importa, ¿verdad? —pregunta.

Sí que me importa. Este tío ha sido un grano en el culo desde que era niño.

Una hora después estamos en el aire y Tommy se ha instalado delante de nosotros en una silla giratoria, a la que le ha dado la vuelta para poder pasar el vuelo hablando con Chloe. Cabrón.

—¿No tienes nada mejor que hacer que tirarle los trastos a mi novia? —le pregunto.

—Ay, para. —Chloe suspira en mi dirección y luego se dirige a Tommy—. Nos conocimos hace dos semanas —le confiesa, señalándome con el pulgar—. Solo le hago un favor.

—Dabuti —dice Tommy. Porque es de los que todavía dicen «dabuti». Luego le pregunta a Chloe si es prostituta.

Quiero gritarle que es mía y que se está pasando de la raya, pero sé que eso asustaría a Chloe. No los gritos, sino lo de reclamarla.

Ella se ríe.

—¿Crees que podría pasar por prostituta? —le pregunta a Tommy, al parecer, sin estar ofendida lo más mínimo—. ¿De verdad crees que alguien me pagaría por sexo?

—Yo te pagaría por sexo —replica.

Voy a matar a este cabrón.

—No, no soy prostituta, pero gracias. —Sonríe y apoya la espalda en el respaldo del asiento.

¿Quién cojones da las gracias por ser tomada por prostituta?

—Boyd me ha traído porque no quiere que su madre intente emparejarlo —comenta.

—¿Quién? ¿La tía Maureen? Qué va, sabe que Boyd es gay —contesta Tommy y después se ríe con su propia broma.

—Pues no, no es gay —replica Chloe con una sonrisa sincera, dando una palmadita contra mi muslo. Tommy pierde el interés después de eso, así que logro pasar el resto del vuelo sin desear matarlo.

Eso dura hasta que aterrizamos y nos pregunta si puede venir en nuestro coche a la ciudad. Y luego dice que solo vive a una manzana de mí, así que ni siquiera puedo arreglármelas para dejarlo a él primero. Gilipollas. Gilipollas entrometido entre uno y su falsa novia. De modo que dejamos a Chloe en su

casa y luego le recuerdo a Tommy que soy yo quien pagó la fianza a su culo de subnormal cuando lo detuvieron por ir borracho por la calle en la costa de Nueva Jersey cuando iba a la universidad. Dos veces. Y soy yo quien le compró condones en el instituto. Y también quien lo encubrió cuando rompió la ventana de la tía Hilda con una pelota de béisbol cuando éramos niños. Digamos que tengo una lista muy larga.

En cualquier caso, Chloe está en casa, y yo no estoy con ella. Qué mierda. Pero no era de esperar que este día acabara de forma distinta, con Tommy o sin él. Ella necesita su espacio, tiempo para pensar. Tiempo para decidir que quiere verme otra vez sin que yo la presione.

Puedo esperar.

Por ahora.

Capítulo 18

Chloe

Es sábado. Y necesito un favor.

Hago un último intento de meter la estantería en mi coche y entonces admito mi derrota y me apoyo contra el costado de mi Corolla mientras pienso. Me dijo que me debía un favor, ¿no? Eso dijo. De modo que, ¿qué tendría de malo preguntar? Podría mandarle un simple mensaje y ver si contesta. Si no lo hace, no pasa nada. Sé que Sophie y Luke tienen un todoterreno. Pero Christine tiene tres semanas, no quiero molestarlos.

Doy golpecitos contra el césped con el pie e intento reunir el valor para mandar un mensaje. Soy tonta. Es un mensaje. Para un tío con el que me he acostado. No es que sea un completo desconocido. Y no es un favor tan grande. Pero odio pedir ayuda. ¿Y qué pasa si dice que no? Me siento estúpida y odio sentirme estúpida.

Chloe: ¿Estás ocupado?

Boyd: No.

Chloe: Necesito ayuda para trasladar algo.

Chloe: Si no estás ocupado.

Chloe: Si no te importa.

Boyd: Voy para allá.

Chloe: No estoy en casa. No cabe en mi coche. No es tan importante. Ya se me ocurrirá algo.

Boyd: Dime dónde estás.

Chloe: Un segundo.

Corro por el camino de entrada y le pido a la mujer que me confirme la dirección, luego se la mando a Boyd. Él me contesta que está de camino. Bueno, no ha sido para tanto, creo. Tardará quince o veinte minutos en llegar, de modo que dejo la estantería apoyada contra mi coche y camino hasta la casa de al lado. Encuentro un viejo marco muy chulo y un cuenco que estoy bastante segura de que es más antiguo que yo, pero el patrón clásico que tiene me encanta: necesito uno. Además, son solo dos dólares. Estoy metiendo mis nuevas adquisiciones en el coche cuando Boyd llega. Agito una mano y él se detiene enfrente de mi coche y aparca, luego sale y camina hacia mí. Lleva tejanos y una de las camisas raglán que se compró cuando estuvimos en Nueva York hace un par de semanas. Le queda perfecta y me recuerda que sé perfectamente cómo es su pecho sin camisa. Noto que me ruborizo y enseguida trato de pensar en otra cosa.

—Gracias por venir —comento sin mirar hacia su pecho.

—Chloe, esto es un mercadillo —señala innecesariamente mientras recorre la calle con la vista y luego la posa sobre mí.

—¿Quieres echar un vistazo antes de meter la estantería? —le pregunto, señalando el mueble, demasiado grande para meterlo en mi coche, aunque solo por unos centímetros.

—No. —Se ríe—. No, no hace falta. Gracias. —Me mira y extiende una mano para quitarme algo de la mejilla—. Una pestaña —explica.

La ansiedad empieza a bullir mientras me pregunto si se está burlando de que compre en un mercadillo.

—Es divertido —afirmo y me cruzo de brazos.

Por un momento, muestra una expresión confusa y luego asiente.

—Claro. Bueno ¿has terminado? ¿Debería meterla en el coche? —Da golpecitos a la estantería con una mano.

—Sí, estoy lista. Gracias por el favor.

Me echa otro vistazo rápido antes de levantar la estantería y llevarla a su todoterreno. Luego nos metemos en nuestros respectivos coches y yo lo sigo de vuelta a mi piso.

Una vez entramos, él la deposita en el sitio que le indico.

—Es bonita —comenta cuando se retira un paso y la examina—. ¿Y ahora qué?

¿Y ahora qué de qué?

—Ya está. Gracias —replico, un poco confusa.

—Vamos a comer —propone.

—¿A comer? Eh, bueno, tengo que hacer la colada y eso.

Me mira fijamente y se acerca a mí. Yo doy un paso atrás. Luego otro hasta que estoy contra la pared. Él se inclina hacia abajo y creo que va a besarme, pero me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y susurra:

—Yo te hago la colada.

Tardo en contestar porque el tono en el que lo ha dicho ha sido más sexual que doméstico. Mi cabeza tiene que analizar las palabras; que se haya ofrecido a hacerme la colada, en lugar de doblarme sobre la mesa de la cocina. Y entonces me echo a reír. Le doy un empujón en el pecho y me río con tantas ganas que resoplo un poco.

—¿Qué ha sido eso? ¿Una frase para ligar con amas de casa atribuladas? «Yo te hago la colada». —Se me escapa otra carcajada que está a medio camino entre risa y resoplido y me pongo una mano en la boca antes de añadir—: No puedo con esto.

Boyd se limita a guiñarme un ojo y luego va a mi cuarto de baño, de donde sale con unas toallas antes de caminar hasta el armario donde encuentra mi cesto de la colada y añade las toallas antes de levantarlo y dirigirse a la puerta de la entrada.

—¡Oye! —objeto.

—¿Tienes lavadora y secadora aquí? —Hace una pausa junto a la puerta de la entrada y mira a su alrededor—. Eso pensaba. Vamos. —Y abre la puerta para salir.

¿Qué narices?

—¡Boyd! —Lo sigo hasta el pasillo. Ya ha bajado dos pisos cuando lo

alcanzo—. No puedes robarme la colada sin más. Es raro. Y un poco inquietante.

—Creo que la palabra que buscas es «gracias». Te hago un favor. Puedes usar la lavadora y la secadora de mi casa.

—Eh... —profiero.

—De nada. Agarra tu bolso.

Lo que pasa es que es difícil decirle que no. Tiene una manera de mirarme que me lleva a acceder. Me mira como si de verdad me viera, lo que es emocionante y, al mismo tiempo, absolutamente aterrador. De modo que lo sigo hasta su coche y me subo.

Su casa no está muy lejos, a unos dos kilómetros, pero está en el centro de Filadelfia, por lo que hay algo de tráfico. Se mete en un aparcamiento cubierto en el que, al parecer, tiene una plaza asignada, y aparca. Luego entramos. El edificio es muy moderno y urbano, y los rellanos del interior dan la sensación de ser los de un hotel. Pero entonces nos adentramos en su piso y advierto que se trata de un ático. Un ático sensacional, impresionante. Suelo de parqué, techo de hormigón y conductos expuestos. Las paredes son una mezcla de paneles de yeso y cemento para dividir el espacio con obras de arte perfectamente distribuidas. Hay un televisor de plasma instalado en la pared. Veo una mesa de comedor en la que cabrían seis personas sin problemas, pero parece que nunca se ha utilizado, y una cocina que es una mezcla perfecta entre moderna y hogareña con taburetes en torno a una isla de cocina enorme que me imagino que usa con frecuencia. Unas escaleras de metal industrial conducen a lo que supongo que es un dormitorio y hay unas ventanas que van del suelo al techo situadas en la pared opuesta.

Quien haya decorado este sitio odiaría mi estilo de decoración con objetos de segunda mano, pero a mí no me disgusta. Más bien, lo contrario. Invita a entrar. No actúo como una chica educada, simplemente me adentro para investigar.

—¿Qué opinas? —pregunta Boyd cuando me giro de nuevo hacia él.

—De niña tenía un libro de una mamá osa, un papá oso y sus doce oseznos. Y todos los oseznos tenían su propio tronco de árbol, excepto el más joven. Era demasiado pequeño como para tener su propio tronco, de modo que seguía con mamá y papá. En cualquier caso, los otros once lobeznos tenían un tronco cada uno y todos eran distintos. Decorados acorde con la personalidad de cada uno. Estaba un poco obsesionada con la historia.

—¿Eso quiere decir que te gusta mi casa?

Me río.

—Sí. Es de tu estilo.

—El cuarto de la lavadora está arriba —indica—. Sígueme.

Y entonces sube las escaleras corriendo mientras yo lo sigo. Tenía razón cuando asumí que habría un dormitorio arriba. La media pared es sólida, y ofrece privacidad respecto a la parte de abajo. Pero, desde arriba, aún se puede disfrutar de las vistas a través de las impresionantes ventanas. Observo la disposición del dormitorio y su cama. Entonces advierto que Boyd ya ha puesto en marcha el agua para la lavadora situada en el cuarto pegado a la habitación y está metiendo las toallas en la lavadora.

—¡Eh! —Entro en el cuarto y doy un tironcito a la ropa que está dentro del cesto—. No puedes hacerme la colada.

—Sí que puedo —replica, imperturbable—. ¿Quién te crees que hace la mía?

—No. A ver, seguro que eres capaz, pero no vas a tocar mi ropa interior.

—He estado dentro de ti. No creo que tocarte la ropa interior sea invadir tu intimidad.

Y, con eso, todo se vuelve raro. Me sonrojo; noto que se me pone la cara roja. Echo un vistazo a la lavadora y me pregunto si solo yo noto el momento raro o si él también lo siente, pero no quiero mirarlo a la cara para averiguarlo.

—Chloe. —Pronuncia mi nombre en voz baja, pero aun así lo oigo por encima del ruido del agua. Lo ha dicho con delicadeza, con un tono relajado, y alzo la mirada para encontrarme con la suya—. Esto no tiene que ser raro.

Vale. Pues sí lo ha notado. Exhalo y asiento.

—¿No?

—No. Además, esto son solo toallas.

Luego se inclina por encima de mí para agarrar el detergente. Dejo de respirar por un segundo cuando su cuerpo se aprieta contra el mío. Los recuerdos del último fin de semana regresan a mi mente y noto un hormiguelo por todo el cuerpo. Un momento después, se ha retirado un paso, con el detergente en la mano, y exhalo y lo miro mientras mide el líquido y lo vierte en la máquina; luego cierra la tapa.

Me quedo ahí de pie, mirándolo sin moverme. Alza una ceja y después coloca las manos sobre mis hombros para girarme.

—Y ahora, a comer —indica.

—A comer —repito. Hago una pausa en la cima de las escaleras y agito una mano hacia las ventanas—. Esto tiene que ser increíble por la noche —digo y luego me encojo de hombros. Madre mía, ¿ha sonado como si me invitara yo sola a quedarme?—. A ver, que puedo imaginármelo, digo —añado, luego sacudo la cabeza y bajo trotando las escaleras—. Eh, ¿sabes por qué Adele cruzó la calle?

—No.

—Para decir *hello* desde el otro lado.

Llegamos al final de las escaleras y me giro para mirarlo. Me mira fijamente con una expresión dudosa.

—Venga ya, ese ha sido bueno.

—Un poco mejor —acepta—. ¿Qué quieres comer?

—No sé —vuelvo a encogerme de hombros—. ¿Un sándwich?

—Pues conozco el sitio perfecto.

Salimos de su casa y nos dirigimos hacia el este por la calle South hacia la Quinta, luego atravesamos Bainbridge hacia la Cuarta. Se ha ofrecido a conducir, pero prefiero caminar. No falta mucho para que llegue el frío y pasear sea una pesadilla. Todavía hace buen tiempo, más vale aprovecharlo.

—Gracias por ayudarme a llevar la estantería a casa —comento mientras caminamos. No estoy segura de por qué seguimos juntos, por qué ha querido comer conmigo y se ha ofrecido a dejarme hacer la colada en su casa.

—No hay de qué. Tengo que saldar esos favores que te debo, ¿no?

¿Favores?

—¿Cuántos favores me debes?

—Dos.

—¿Dos?

—Sí. Eran tres, pero he saldado uno con lo de la estantería. Así que dos.

—¿Cuándo hemos decidido que me debías tres favores?

Este tío hace cálculos como un funcionario.

—¿No lo hicimos? —Tiene una expresión de total desconcierto dada su pésima forma de calcular favores—. Hemos llegado.

—Famous 4th Street Delicatessen —leo en el letrero mientras Boyd sostiene

la puerta abierta—. Nunca he venido aquí.

—¿Cómo? Chloe. —Niega con la cabeza y chasquea la lengua—. ¿Qué clase de filadelfiana eres?

—Bueno, soy de Connecticut, así que...

—Mala excusa. Pésima.

Nos indican una mesa y Boyd pide dos refrescos de vainilla. El lugar tiene un estilo antiguo, por lo que da la impresión de llevar abierto desde siempre, y un vistazo a la carta me indica que prácticamente es así. «Desde 1923» está impreso orgullosamente en la parte delantera. Leo la carta y cuando viene la camarera los dos pedimos lo mismo: un sándwich de pavo.

Entonces me quedo mirándolo un rato, intentando averiguar lo que quiere.

Y si yo quiero dárselo.

Y entonces empiezo a entrar un poco en pánico. ¿Y si quiere tener una conversación rara? ¿En plan, más rara que yo? ¿O preguntarme por mi pasado sexual? ¿O si copié en el examen de ortografía de tercero de primaria en la clase de la señorita Kallam?

Vale, admito que eso último es un tanto específico y no es probable que me lo pregunte. Pero sigo un poco avergonzada por haberlo hecho.

—¿Preferirías comer galletas saladas que estuvieran pasadas o Cheetos pasados?

—¿Qué? —Lo miro sin estar segura de haberlo oído bien. Ladea la cabeza y asiente, en plan, «has oído bien», pero repite la pregunta.

—Eh, galletas saladas, supongo.

—¿Pasar una semana sin internet o sin café?

Ah, es el juego de «¿Qué preferirías?».

—Sin internet. —Sonrío—. Creo. Espera, puede que sin café. No, sin internet.

—¿Jugar al quidditch o usar la capa de invisibilidad durante un día?

—No puedo creer que hayas hecho una referencia a Harry Potter.

—Pues sí.

—Bueno, ni siquiera sé si eso tiene respuesta. —Niego con la cabeza y gruño un poco—. ¿Quién no querría jugar al quidditch? Pero la capa de invisibilidad, guau. —Suspiro, con una expresión soñadora en mis facciones.

Boyd se limita a mirarme fijamente, como si no pensara continuar con la siguiente pregunta.

—Quidditch —me rindo finalmente.

—¿Por qué?

—Parece divertido. Además, la capa de invisibilidad es básicamente para espiar, ¿no? Y la verdad es que no necesito espiar a nadie, así que sería un desperdicio.

—No tiene sentido desperdiciar nada —concuerta.

—Además, siempre he tenido la extraña sensación de que el quidditch se me daría muy bien. —No puedo evitarlo: digo este dato con un poco de suficiencia. Boyd tarda dos segundos en empezar a reírse de mí.

Cuando la comida llega, me quedo boquiabierta.

—Boyd, con toda esta comida alimentaríamos a cuatro personas. ¿Por qué no hemos compartido un sándwich?

—Puede que necesitemos lo que sobre. La colada es algo muy serio.

Dice colada, pero me da la impresión de que quizás no se refiera a la colada. Saco la mitad del pavo del sándwich, de modo que me quepa en la boca, y doy un bocado, pero mis ojos divagan tristes hacia la vitrina de los pasteles junto a la que pasamos al entrar en el local.

—Puedes pedirte postre aunque no te termines el sándwich, Chloe.

—No estaba pensando en eso —protesto.

—Sí que lo estabas pensando.

Tiene razón, claro.

—¿Cómo lo haces?

—¿Leerte la mente?

—No creo que me leas la mente. —Ladeo la cabeza y lo observo con escepticismo. No habríamos llegado a salir de su piso si me hubiera leído la mente.

Él se limita a alzar una ceja y sonrío de esa forma tan suya. Hace que el corazón se me acelere y los nervios me exploten. Es hora de cambiar de tema.

—Es una pena que no tengas gato.

—¿Gato? ¿Por qué? —Levanta una patata frita y se la mete entera en la boca.

—Por todo el pavo que va a sobrar. Y encima tienes esas ventanas en tu casa. A un gato le encantarían esas ventanas.

—¿Qué nombre le pondrías?

—¿Al gato?

—Sí.

—Peluchedoralicioso —digo.

—Eso es bastante específico.

—Sí. —Asiento y pillo una patata frita—. Pero tu gato sería especial. No vas a ponerle un nombre corriente como Tom. Todo el mundo tiene un gato llamado Tom.

—Claro que sí —concuerta con un único asentimiento.

Terminamos de comer, ambos con medio sándwich empaquetado para llevar, y una galleta de chocolate blanco y negro para mí, y caminamos de vuelta al piso de Boyd.

—Cuéntame una historia policíaca.

—¿Una historia policíaca? ¿Es como un cuento de hadas para las chicas obsesionadas con las series policíacas?

—¡Exacto! —Me balanceo un poco de la emoción y columpio la bolsa con nuestra comida—. ¡Me comprendes!

—Claro que sí —confirma—. Vale, déjame pensar en una que no esté clasificada —dice y, obviamente, eso me pone. Y encima hoy tiene una barba incipiente. Me parece que nunca lo había visto sin afeitarse. Le queda bien. Estar bien afeitado también le queda bien. Ay, joder, imagino que sería difícil que algo le quedara mal. Y no puedo evitar fijarme en lo bien que le quedan los vaqueros cuando nos paramos para cruzar la calle en la esquina de South y la Quinta. Y después me pregunto si vamos a acostarnos otra vez porque lo del fin de semana pasado fue... Quiero volver a hacerlo. Casi había llegado a la conclusión de que el sexo no era más que un intercambio incómodo, con el que obtenías una sensación un tanto agradable. Pero Boyd me ha hecho creer que quizás haya algo que me esté perdiendo. Me pregunto qué sensación tendría esa barba incipiente contra mi piel y si soy la única de los dos que piensa en todo esto.

—Chloe. —Está a unos pasos por delante de mí y se ha girado con una expresión inquisitiva en la cara—. El semáforo está en verde —señala.

De acuerdo. Puede que sea la única de los dos que tenga pensamientos impuros en mitad de la calle South. Además, estoy bastante segura de que acaba de pillarme mirándole el culo.

Capítulo 19

Boyd

Regresamos a mi casa y nos dirigimos al piso superior para meter las toallas en la secadora y volver a poner la lavadora con su ropa. Me pregunto cuánto tiempo tardará en salir corriendo. Supongo que tengo hasta que su ropa se seque, entonces me dirá que tiene que irse.

Retrocedo mientras ella echa la ropa en la lavadora. Dejo que se encargue, ya que, por lo visto, no quiere que toque su ropa. Además, esto me da la oportunidad de comérmela con los ojos. Me gusta mirar a Chloe. El pelo le cae alrededor de la cara mientras se inclina sobre el cesto para sacar las cosas y después oscila en su espalda cuando se endereza. Me pregunto hoy si podré follar con ella sin perjudicar la amistad entre nosotros. Porque de verdad que me gustaría volver a acostarme con ella. Y no me interesa ser solo su amigo.

Pero se trata de Chloe.

No puedo leerle la mente, pero puedo leerle la expresión corporal a la perfección. El sutil muro que levanta en torno a ella. El modo en que su pulso se acelera por las más simples interacciones sociales entre nosotros. El modo en el que le tiembla la mano cuando rasga un sobre de edulcorante. O cómo pestañea y luego gira la cabeza a la izquierda cuando duda de sí misma. Exhala una diminuta bocanada de aire cuando se chupa el labio inferior al pensar en librarse de algo y es un poco sarcástica cuando se siente intimidada.

Pero puedo ser paciente.

Es evidente que sufre ansiedad social y que eso provoca que haga todo lo

posible por evitar cualquier situación que la haga sentir incómoda.

Yo la hago sentir incómoda.

Pero le gusto.

Esto también lo sé por su expresión corporal. Se le ilumina la cara cuando me ve. Se humedece los labios cuando me acerco y las pupilas se le dilatan. Pone el peso de su cuerpo sobre una cadera y se inclina hacia mí apenas perceptiblemente. Y acepta verme en cada ocasión. Sé que si no le interesara, ya me habría mandado a la mierda.

Y a mí me gusta ella. Me hace reír. El modo en que cuenta esos ridículos chistes cuando se pone nerviosa y cómo le fascinan los programas policíacos. Me encanta cómo me observa con escepticismo mientras cavila si va a aceptar lo que sea que le vaya a proponer.

Así que seré paciente con ella. Aunque me mate.

El sexo no es su problema. No me he autoengañado pensando que solo con llevármela a la cama el fin de semana pasado toda su ansiedad desaparecería sin más. Sé que no funciona de esa manera. Así que abordaremos su ansiedad cita a cita, aunque ella no sepa que son citas. Cuanto más tiempo pase con ella, más posibilidades tendremos de crear una rutina. Y más posibilidades tendré de impulsar su confianza para que haga cosas que le resulten difíciles. Pero he de tener una estrategia. Si la presiono mucho y demasiado pronto, se va a cerrar en banda y no me dejará acercarme a ella. Se centrará demasiado en su pánico, en lugar de en nosotros.

Quería llamarla la semana pasada. Mandarle un mensaje, cenar. Algo. Si se hubiera tratado de cualquier otra chica, habría sido un gilipollas por no llamarla. Pero sospechaba que Chloe necesitaba que no la llamase. Necesitaba tiempo para pensar y decidir ella sola si quería verme otra vez, sin que yo la presionara.

Termina de meter la ropa y yo añado detergente, cierro la tapa y después la miro. Ella abre mucho los ojos y su respiración se entrecorta. Podría follármela encima de la lavadora ahora mismo. Me gustaría follármela encima de la lavadora ahora mismo. Pero, primero, necesitamos pasar otro rato juntos sin que haya sexo de por medio.

—Hoy hay un maratón de *Mentes criminales* en la tele—le informo.

—¿Qué? —Pestañea.

—Venga. —Me giro y salgo del cuarto de la lavadora y me dirijo hacia las escaleras—. ¿Qué quieres para beber?

—Eh, ¿qué tienes? —pregunta. La oigo detrás de mí en las escaleras, va a

ritmo lento.

Me hago con el mando de camino a la cocina y enciendo la televisión, luego paso los canales hasta poner el que echa el maratón. Tras tirar el mando sobre la isla de cocina, abro la nevera y empiezo a nombrar opciones para Chloe mientras ella se acerca al sofá, luego se detiene y camina hacia las ventanas para ver las vistas.

Dejo las bebidas sobre la mesa de café y después me uno a ella en la ventana.

—Deberías verlo por la noche —le digo.

—Eh, sí —responde de una manera tan evasiva como esperaba y entonces se dirige al sofá—. Este episodio es bueno —afirma antes de tomar asiento.

Así que vemos *Mentes criminales* y nos hacemos preguntas de «¿Qué preferirías» el uno al otro hasta que la lavadora se detiene. Luego la sigo al piso de arriba para supervisarla mientras dobla las toallas y pasa la ropa mojada de la lavadora a la secadora. Yo me quedo de pie en la entrada, observándola y, sí, caigo en la cuenta de lo colgado que estoy por esta chica, ya que hasta verla doblar toallas me gusta.

Chloe termina, excepto por un par de sujetadores de encaje que tiene en la mano.

—Estos, eh... no se meten en la secadora —dice evitando mi mirada.

—Tranquila, Chloe. He visto sujetadores antes. No te preocupes, no me va a dar algo.

Entro en el cuarto de la lavadora y le doy una percha. Chloe coloca las tiras alrededor del cuello de la percha y después quiere colgarla en la barra. Pero está demasiado alta para ella. ¿Y he mencionado que lleva otras de esas puñeteras mallas ajustadas?

Estas son negras, pero no dejan más a la imaginación que cualquiera de las anteriores que le he visto puestas. Se le levanta la camiseta cuando se estira, y el dobladillo se alza hasta la cintura y deja una pequeña franja de piel al descubierto. También me proporciona una vista perfecta de la fantástica y delicada curva de su trasero.

Se pone de puntillas para conseguir un par de centímetros extra y yo deslizo las manos en torno a su cintura y la giro, luego la levanto sobre la secadora. Ella me rodea con las piernas y la cosa enseguida va a más. De hecho, mientras deslizo una mano bajo su camisa y le atrapo un pecho, sé exactamente cómo va a terminar esto. Pero, entonces, Chloe me sorprende.

—Un momento —pide, separando sus labios de los míos y apoyando una palma contra mi pecho para empujarme unos centímetros.

¿Un momento? Mierda, he actuado demasiado pronto. Por un instante, parece aturdida, tiene la piel ruborizada, las pupilas dilatadas y el pelo alborotado.

—¿Puedo...? —empieza y se detiene, saca la lengua para humedecerse los labios y sus ojos descienden—. Quiero probar algo antes de que me distraigas.

¿Quiere probar algo? Desplazo las manos a ambos lados de ella frente a la secadora, aprisionándola.

—¿Qué quieres probar?

Por favor, di que quieres tus labios alrededor de mi polla.

Sus dedos atrapan mi cinturón y tiran de la hebilla. Luego desplaza sus ojos hasta los míos antes de apartar la mirada.

—Quiero hacerte una mamada.

Me acaba de alegrar el día.

Me hago cargo de la situación y en un santiamén me desabrocho el cinturón.

—Genial. A mí también me gustaría que lo hicieras —respondo.

—Pero... eh, no creo que se me dé genial. En plan, tampoco fatal —Hace una pausa—. No creo. Normal, probablemente. —Se muerde el labio—. Puede que normal, tirando para abajo.

Joder. ¿Por qué la idea de Chloe haciendo esto a tientas hace que se me hinche la polla?

Alza la mirada para tener contacto visual conmigo, sus ojos verdes ya no se ven aturdidos, sino curiosos.

—He pensado que podrías darme algún consejo.

¿Quiere que le enseñe cómo hacer una buena mamada? Tengo las bolas tan pesadas que no sé cuánto va a durar esta clase. Pero estoy encantado de descubrirlo.

La bajo de la secadora, mientras ella me envuelve con sus piernas, y camino cargando con ella hacia el dormitorio, donde la dejo de pie junto a la cama.

—¿Quieres sentarte en la cama, o arrodillarte en el suelo?

Echa la cabeza atrás para mirarme a los ojos.

—¿Qué te pone más? —pregunta.

—Ponte de rodillas.

Eso hace. Se hunde en el suelo al instante mientras se pasa la lengua por el

labio inferior.

—Tú empieza —le digo—. Ya lo vamos viendo desde ahí.

Mis pantalones golpean el suelo y yo gruño mientras me envuelve la base de la polla con una mano. Su toque es suave y usa la mano para guiar la punta a su boca; entonces me envuelve con los labios, tiene la lengua apoyada contra el lado inferior de mi polla.

Perfecto.

No sé de qué se preocupa Chloe. Es bastante difícil cagarla en esto. Es prácticamente imposible.

Hace girar la lengua en la punta de mi polla mientras yo meto las manos en su pelo, sus ojos ascienden, inquisitivos. Le gruño instrucciones para que siga y ella sube y baja la cabeza, trabajando el resto con la mano. Me mira fijamente y esto no podría ser mejor. Ha habido mujeres que me han hecho mamadas como si fueran estrellas del porno, pero no eran Chloe. De rodillas, con sus labios estirados en torno a mí mientras me mira directamente a los ojos.

Pero entonces se detiene, se pone de cuclillas y me mira por debajo de las pestañas.

—Dime qué más hacer —pide—. Dime cómo hacerte disfrutar más.

—Es perfecto, Chloe.

Pero ella niega con la cabeza antes de que yo termine de hablar.

—Dime algo. Solo una cosa —añade cuando no contesto lo bastante rápido.

—Dame la mano —le digo, y ella muestra una expresión momentánea de sorpresa, pero lo hace. Envuelvo la suya con la mía y la guío para que me agarre las pelotas, apretando su mano con delicadeza. Ella lo pilla y sigue desde ahí. Tiene las manos suaves, y las masajea con delicadeza mientras me toma en su boca una vez más y me vuelve a rodear el miembro con la otra mano.

No voy a aguantar mucho.

Perfecto 2.0.

Y cuando le digo que me voy a correr y ella succiona con más ganas...

El mejor. Día. De mi vida.

Después me desplomo sobre la cama. Unas manchas blancas siguen afectándome la visión. Chloe gatea a mi lado para tumbarse en el hueco de mi brazo mientras mi ritmo cardíaco regresa a la normalidad.

—Te pongo un diez —declaro al recordar lo que me dijo en Vail, y ella sonrío contra mi pecho.

Entonces me aseguro de que esa sonrisa sea sustituida por un jadeo y un

montón de gemidos cuando le devuelvo el favor.

Jadeos, gemidos, dedos de los pies encogidos y un «Dios mío, Boyd, no creo que pueda volver a correrme» después, estoy a un segundo de sugerirle que traslademos esto a la ducha para la tercera ronda cuando ella se sienta.

—La secadora se ha parado.

Y, con eso, sale de la cama y empieza a vestirse de nuevo.

—Debería irme —anuncia. E introduce los brazos en las mangas de su camisa—. Tengo que preparar las clases. —Se la desliza por encima de la cabeza y levanta un tobillo para meterse por el pie esos ridículos casi pantalones—. Y tengo que limpiar el polvo. —Pasa el otro tobillo por ellos y se sube las mallas hasta la cintura, para después entrar como una flecha en el cuarto de la lavadora. Salgo de la cama, me vuelvo a poner los vaqueros sin los calzoncillos y la sigo. Ni siquiera está doblando la ropa, la está metiendo de cualquier manera en el cesto—. Puedo ir caminando. O tomar un taxi. —Se gira y me ve de pie en la entrada, sus ojos fijos en mi pecho desnudo—. O ir caminando — repite.

—Yo te llevo —digo—. Deja que me ponga una camisa.

—Una camisa estaría bien —oigo que dice detrás de mí y no puedo evitar sonreír, y me alegro de que no pueda verme la cara. Esta chica es un caos de emociones contradictorias, pero a aquellos que saben esperar les llegan cosas buenas. Y Chloe es una cosa buena. Una de esas cosas que son para siempre.

Capítulo 20

Chloe

—No lo dices en serio.

—Pues sí.

—¿Necesitas otro favor? —Han transcurrido dos semanas desde el viaje a Vail y una semana desde que lo vi por última vez, cuando hice la colada en su casa. Y otras cosas—. ¿No me debías aún dos favores?

—Pues te debo tres, lo cual es importante. Podrías cambiar tres favores por uno muy grande.

Sí, ya. Mi mente se desvía a los bajos al instante.

—No sé —murmuro.

—Chloe. Ni siquiera me lo estoy inventando. De verdad que necesito que me ayudes.

—¿De qué se trata? No pienso subirme a un avión.

—Ven a la librería al final de la calle. En la 18 con Walnut.

—¿En la librería? —pregunto con la voz llena de sarcasmo—. ¿En serio, Boyd? ¿Lo dices en serio, o es una de tus extrañas frases para ligar? «Oh, Chloe, yo te hago la colada». —Ronroneo al teléfono con voz *sexy*—. «Chloe, tengo una emergencia en la librería. Date prisa» —añado con el mismo tono—. Venga ya, Boyd —termino, mi voz vuelve a ser sarcástica.

Se echa a reír con una risa gutural al otro lado del teléfono y me imagino su sonrisa en este momento. Me pregunto si se habrá afeitado hoy o si tiene el *look*

de la barba incipiente de un día.

—No, esto va en serio. Date prisa. —Y cuelga antes de que pueda protestar otra vez.

Qué tío más raro.

De todos modos, me pongo los zapatos. Echo un vistazo a mi reflejo en el espejo del baño mientras me peino la melena. Y, bueno, me aplico cacao y un poco de máscara de pestañas. Pero me la pondría para ir al Starbucks. No significa nada.

Salgo de mi edificio y camino por Walnut. La librería está a tres manzanas, de modo que voy a pie. Me pregunto qué quiere Boyd y por qué está en una librería un sábado por la tarde. No voy a echar un polvo rápido con él en la sección de historia, si es eso lo que espera. Rotundamente no.

Menos de quince minutos después de su llamada, llego a la tienda. No lo veo por ningún sitio; podría mandarle un mensaje y preguntarle dónde está, pero tengo cierta curiosidad por saber qué trama. Pienso echar un vistazo primero y ver si puedo encontrarlo sin alertarlo de que ya estoy aquí.

Casi lo paso por alto, porque no está solo. Por fin lo localizo en una mesa del Starbucks de la tienda. Y está sentado con un niño que aparenta unos nueve o diez años, y en la mesa hay esparcidos lo que parecen deberes.

—Hola —saludo, y dos pares de ojos se alzan hacia mí.

—Tío, ¿es tu novia? —pregunta el niño al tiempo que me evalúa—. Está buena.

¿Su novia? ¿Volvemos a fingir?

Boyd ladea la cabeza y le lanza una mirada severa al niño.

—Noah. Ya hemos hablado de esto.

El niño suspira, como si llevara el peso del mundo sobre los hombros, se encorva con teatralidad y pone los ojos en blanco antes de sentarse recto y mirarme a los ojos.

—Hola. Soy Noah. Encantado de conocerte.

Lleva una sudadera de los Philadelphia Eagles y su pelo negro está alborotado, como si se hubiera pasado las manos por él, sin preocuparse por su aspecto.

Luego se levanta y me ofrece una mano. Yo la acepto mientras respondo:

—Encantada de conocerte, Noah. Me llamo Chloe.

—Eres muy guapa —añade. Luego vuelve a mirar a Boyd—. ¿Mejor?

—Mejor.

—Bueno, ¿y qué pasa aquí? —pregunto cuando Boyd termina de jugar a los modales con Noah.

—Las nuevas mates. Eso es lo que pasa —dice señalando un libro de texto abierto y unos papeles desperdigados por la mesa—. Algo a lo que el colegio se refiere como «Base común», pero que los adultos somos incapaces de comprender.

—¡Es estúpido! —interviene Noah—. Tengo una calculadora en el móvil. ¿Para qué me hacen falta las mates?

—Pues —empiezo mientras me siento en una silla y me uno a ellos— es importante que entiendas lo básico, para que luego tengas una buena base que te hará comprender conceptos matemáticos más complicados.

—Pero ¿por qué no puedo usar internet y ya está? —me pregunta con una expresión sincera.

—Porque las matemáticas son para adquirir lógica y pensamiento crítico. Las matemáticas te enseñan aptitudes para la vida y a pensar rápido. No se trata de calcular un número que podrías buscar. Se trata de resolución de problemas. —Me acerco su hoja y le echo un vistazo—. Bueno, dime dónde te has atascado.

Tardamos media hora en completar los deberes de matemáticas de Noah. Es un niño listo, y en cuanto le explico las cosas de modo que pueda comprenderlas, terminamos los deberes rápidamente. Boyd permanece con nosotros todo el tiempo, prestando atención, y le dice a Noah que se concentre un par de veces cuando quiere darse por vencido. Pero no entiendo qué tipo de relación tienen y caigo en la cuenta de que no me lo ha dicho cuando he llegado. Luego Noah empieza a guardar sus libros y la curiosidad se apodera de mí.

—¿Entonces Noah es tu...? —dirijo la pregunta a Boyd y dejo de hablar, esperando que él termine la frase. Pero no lo hace. El niño se le adelanta.

—Es mi padre —afirma, y mete los lápices en la mochila desordenadamente.

—Noah —dice Boyd, y no logro discernir si su tono es de advertencia o de derrota.

—No sé qué mentiras te ha contado. Pero pareces una chica maja y mereces saber la verdad. —Noah suspira y me mira directamente a la cara—. Soy su hijo ilegítimo.

Eh, ¿cómo? ¿Tiene un hijo? Venga ya.

Boyd le envuelve la cabeza con el brazo y le pone la palma en la boca para

que se calle.

—Déjalo ya. ¿Y cómo sabes lo que es un hijo ilegítimo? —Le alborota el pelo con la otra mano y lo suelta.

—Tengo diez años, no soy estúpido —replica, frunciendo el ceño y mirándolo mal—. Es mi mayor —explica Noah, mirándose de nuevo.

—¿Tu mayor? —repito y miro a Boyd—. ¿Eres mentor? —pregunto, imaginando que Noah se refiere al programa de Hermanos y Hermanas Mayores. Uno de los niños de mi clase tiene un mayor, y la profesora con la que hice las prácticas durante la universidad también estaba implicada en el programa. Asignan voluntarios adultos a niños que se han apuntado en busca de un modelo. Normalmente, se refieren a los adultos como «mayores» y a los niños como «pequeños», y las relaciones pueden durar un año, o para siempre. Por lo general, consiste en dedicar unas horas al mes a ayudar al pequeño con los deberes o llevarlo a hacer algo divertido.

—Sí. —Asiente—. Y me adjudicaron a este gamberro —añade con cariño.

—La gente hacía cola por mí —replica el niño—. Simplemente tuviste suerte.

—Bueno, me alegra haber sido de ayuda. Y me alegro mucho de haberte conocido, Noah. —Me echo el pelo hacia atrás y me pongo en pie.

—¿No vas a venir con nosotros a lo de los fantasmas? —Noah me mira, al parecer sorprendido de que me vaya, luego se dirige a Boyd—. ¿Puede venir Chloe? Me cae bien —suplica.

—Claro que puede venir —responde Boyd—. A menos que le den miedo los fantasmas. Puede que sea un poco gallina.— Me mira mientras lo dice, como si fuera un reto. Y Noah salta y chilla en mi dirección.

—¿A dónde vais? —Me río—. ¿A cazar fantasmas?

—¡A una ruta de fantasmas! —exclama el niño, emocionado—. Vamos a ver un montón de lugares embrujados.

Me muerdo el labio mientras los miro. Es inofensivo, ¿no? A ver, no los fantasmas. Los fantasmas no existen. Sino salir con Boyd y Noah. No es una cita. Es solo... salir un rato. Nada por lo que ponerse nerviosa. Se me da bien salir un rato. Y Noah está aquí, y a mí se me dan bien los niños.

—Claro que sí, iré con vosotros.

Y así termino pasando casi toda la tarde con Boyd. De nuevo. Y acostándome con él. De nuevo. Pero no es una cita, para nada. Porque cuando empiezo a pensar que hay algo entre nosotros, me pongo histérica. Me entran las

dudas. Me pregunto si volverá a llamarme, o si he dicho algo estúpido. Empiezo a repasar nuestras conversaciones en mi cabeza una y otra vez, hasta que el corazón se me acelera y empiezo a concebir formas en las que esto podría terminar mal. Formas en las que yo acabaría destrozada. O Boyd. ¿Y si le hago daño? No quiero hacerle daño. No quiero hacer daño a nadie.

Luego me pregunto si estoy loca por dejar que mis pensamientos divaguen hasta tal punto. Boyd es absolutamente fantástico. *Sexy*. Rico. Increíble en la cama. Hace labores de voluntariado con niños, por Dios. Es prácticamente perfecto en todos los sentidos. Como Mary Poppins. Si Mary Poppins fuera un hombre atractivo de treinta y dos años con habilidades sexuales mágicas y con cierto interés en mí.

No puede estar interesado en mí. En lo que quiero. No quiero nada informal. Lo que hacemos ahora, el sexo y lo de pasar el rato juntos, es divertido. Y lo estoy disfrutando. Cualquiera lo haría. Pero si seguimos con esto, me voy a enamorar de él y entonces querré más. O me pondré histérica y tendré que respirar en una bolsa de papel, es difícil saberlo conmigo.

Pero ¿qué dijo acerca de llevarme a Vail en lugar de a una cita *real*? Algo sobre que las citas reales llevaban a pensar cosas. Más o menos lo que estoy haciendo yo ahora.

A lo mejor no hay nada que pensar.

Así que voy a parar.

Además, no ha sido una cita.

Capítulo 21

Chloe

—¡Hola, Boyd! Me alegro de verte. Entra.

Mi hermana me sonrío desde la puerta de su piso. La pequeña Christine está dormida en sus brazos. O brazo. Parece que Sophie ya domina el arte de llevar al bebé con un brazo, porque tiene una mano en la puerta y al bebé acunado en el otro brazo.

Entro y caminamos hasta la cocina, donde Sophie me ofrece café, y luego deja al bebé en mis brazos mientras lo prepara.

—Te veo contenta —comento mientras la pequeña Christine pestañea y frunce el ceño como si estuviera a punto de llorar. Pero probablemente haya decidido que soy un sustituto temporal pasable de Sophie, porque sus facciones se relajan y agita el puño diminuto hacia mí. Le ofrezco mi dedo para que lo coja y lo agarra con una fuerza sorprendente para una personita tan pequeña. Sorprendente para mí, al menos.

—Sí, lo estoy. —Sophie sonrío desde la otra punta de la cocina.

Desprende un brillo de mamá reciente y sospecho que será una de esas madres que se adaptan a la maternidad fácilmente. Me pregunto cómo será criarse con una madre así, las que son realmente buenas; y acabo pensando en cómo sería Chloe como madre. No es tan difícil de imaginar. La he visto con el bebé de Sophie y con el niño de Everly. Y ayer estuvo genial con Noah. No genial, fantástica. Sé que es maestra, pero nunca la había visto enseñar. Es una profesora genial. Estaba en su salsa, eso seguro.

—Es una niña buenísima —continúa Chloe—. Me lo está poniendo muy fácil. Y Luke siempre me hace sentir como si lo hiciera todo bien, lo que es reconfortante. De modo que, sí; todo va genial.

—Supongo que ya tendrá un mes, ¿no? —calculo mientras Sophie deja nuestras bebidas en la mesa y se sienta junto a mí.

—Sí —confirma. Pero su tono implica algo más y frunce ligeramente el ceño—. Casi un mes —corrige enseguida—. Dentro de dos días. Ahora mismo tiene veintiocho días. —Entonces suelta una larga bocanada de aire y sacude la cabeza antes de mirarme a los ojos—. Soy una de esas madres. Me prometí no serlo. Pero es evidente que voy por ese camino. Soy de esas madres que te dicen que su niña tiene cuarenta y nueve meses, cuando lo único que tú querías oír es que tiene cuatro años. —Vuelve a negar con la cabeza y pone los ojos en blanco con la cara hacia el techo—. Qué vergüenza.

Me río de ella. Sophie me mira, apesadumbrada.

—Seguro que todo esto es muy emocionante —le digo mientras miro al bebé. Pestañea y bosteza. Es adorable, joder.

—¿Y qué tal te va todo? —pregunta Sophie, con un tono que aparenta ser despreocupado—. ¿Sales con alguien? —Toma un sorbo de su bebida y me observa por encima de la taza.

—¿Te preocupa mi vida amorosa? —desvió la pregunta sin mentir. Arqueo las cejas y la miro con confusión en el rostro.

—¿Qué te pareció mi amiga Chloe? —pregunta—. La conociste en el hospital cuando nació Christine. ¿Recuerdas? La del pelo marrón rojizo. Muy guapa.

—Chloe. —Asiento—. ¿Intentas emparejarme con tu amiga? —Alzo una ceja a modo de desafío.

—Es una chica muy maja, Boyd. Creo que los dos os llevaríais genial.

—No creo que haga falta que nos emparejes —digo tan despreocupadamente como puedo mientras estiro el pijama de Christine por la parte de los pies—. Pero gracias.

La puerta de la entrada se abre y, al cabo de un momento, su marido, Luke, entra en la cocina. Es obvio que viene del gimnasio.

—Hola, cariño —lo saluda Sophie mientras él va a por una botella de agua de la nevera y se acerca para saludar—. Antes de que me olvide, Chloe ha llamado. Quería saber si podías asistir a su clase el día de las profesiones el mes que viene. Te lo he puesto en el calendario.

—Claro —contesta Luke y se agacha para besar la cabeza de Sophie.

—¿Por qué no me ha pedido a mí que vaya al día de las profesiones? —me pregunto. Pero, al parecer, lo hago en voz alta, porque los dos se giran para mirarme; Sophie, con confusión; Luke, de manera evaluativa.

—¿Por qué iba a pedirte Chloe que le hicieras un favor? Ni siquiera te conoce —señala Sophie, algo perpleja y no sin motivo. Porque evidentemente acabo de insinuar que no la conocía y que no estaba interesado en ella. Hace unos dos minutos. Luke desenrosca la tapa de la botella de agua y me observa con una diminuta sonrisa en la cara mientras deja que cave mi propia tumba.

—Eh... Ya sabes que a los niños les encantan los federales. Eso es todo.

—¿A qué curso enseñaba Chloe, Sophie? No me acuerdo —comenta Luke antes de tomar un sorbo de agua. Ahora estoy seguro de que lo está haciendo adrede.

—A segundo —responde y luego vuelve a mirarme—. Un momento, ¿te había contado que Chloe era maestra?

—Has hablado del día de las profesiones y has mencionado su clase. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Sí, me parece que ahora he cruzado la línea entre desviar el tema y mentir.

—Ah, vale. De acuerdo —dice Sophie—. ¿Seguro que no quieres que te la vuelva a presentar? Podría invitaros a los dos aquí; ni siquiera le diría que es para juntaros —propone sonriendo con entusiasmo ante el plan—. Además, se suele poner muy nerviosa. Así que, de todos modos, sería más fácil si no lo supiera. O podría pedirle que cuidara de la niña y tú podrías pasarte por aquí como por casualidad —sugiere, agitando las manos con entusiasmo ante sus ideas para emparejarnos.

—Me parece que has pasado demasiado tiempo con esa amiga tuya a la que le gusta conspirar.

—¿Everly? —pregunta al instante—. Por favor. Si Everly estuviera maquinando esta cita, tú ni siquiera estarías al tanto. Probablemente haría que ambos os emborracharais y despertarais casados en Las Vegas —afirma entre risas. Luego se detiene—. En realidad, no me sorprendería viniendo de ella. Que nadie le meta esa idea en la cabeza.

—Voy a darme una ducha —interrumpe Luke. Supongo que el código de colegas por fin ha entrado en acción—. Boyd, el partido está a punto de empezar. ¿Vas a quedarte a verlo?

Asiento.

—Suena bien —acepto, pero estoy un poco distraído. ¿Por qué Chloe no me ha pedido que vaya a su escuela el día de las profesiones? ¿Se lo pide al marido de Sophie pero no a mí? ¿Piensa que solo soy un amigo con derecho a roce? Quizás lo único que le interese de mí sea el sexo.

O quizás, sencillamente, no quiera dar ese paso. Al menos, no conmigo. Me recuerdo que solo tiene veintidós años y me pregunto si espero demasiado de ella. A su edad, yo no quería atarme a nadie ni de coña.

Esperaré si tengo que hacerlo. Pero necesito alguna confirmación por su parte de que quiere lo mismo que yo.

Quiero que Chloe se ate a mí.

Capítulo 22

Boyd

Le envió un mensaje desde el vestíbulo y le digo que subo. Tener placa es muy útil para pasar la seguridad de un edificio. Aunque no es que este sitio tenga mucha.

Está en la puerta de su piso cuando salgo del ascensor, con una mano en la cadera y la cabeza ladeada a modo de pregunta.

—Te he traído donuts —ofrezco como explicación por presentarme sin avisar.

—¿Necesitas un favor o algo? —pregunta, tomando la caja de mis manos para dejarla en la diminuta mesita de comedor redonda situada justo al entrar en su piso. No es un comienzo prometedor, pero sí que me permite seguirla al interior.

—Te he traído un favor —comento y luego la examino—. ¿Es que no tienes pantalones? —Lleva otras de esas condenadas mallas.

—¿De qué hablas? Llevo pantalones ahora mismo. ¿Y cómo va a contar esto como favor cuando no te lo he pedido? No debería contar como favor a menos que haya hecho una petición oficial. —Abre la caja de donuts y echa un vistazo al interior—. Eres el peor genio de la lámpara de la historia.

—Lo sé. Pero tus favores se están amontonando. Necesito meterles mano. Y eso no son pantalones.

—Las mallas son pantalones. Están de moda.

—¿Qué coño es ese estampado? —Me acerco y le estudio el trasero, centrándome en el estampado. Solamente con fines de investigación—. ¿Son gatos negros?

—¡Son mis mallas de temporada! —replica y selecciona un donut mientras paso por su lado hacia el diminuto rinconcito que conforma la cocina y me sirvo una taza de café—. Ah. ¿Querías algo de beber? Ahora te lo traigo —comenta con sarcasmo antes de darle un mordisco a un donut.

Ignoro su tono.

—No, gracias. Ya me encargo yo. —Tomo la taza y vuelvo a pasar por su lado para sentarme en el sofá. Ha colocado algunos libros en los estantes junto con un par de baratijas—. La estantería queda bien.

Mira en mi dirección, sentado en el sofá, la confusión se refleja en sus facciones.

—Vale, te vas a quedar —dice, más para sí misma que para mí—. ¿Quieres un donut?

—No, gracias.

—Vale. —Exhala y se acerca a mí, entonces cae en la cuenta de que tiene que sentarse a mi lado en un sofá de dos plazas, o en la cama. Encuentra una tercera opción y toma asiento en el baúl que hace las veces de mesa de café situado entre nosotros, con una pierna en el suelo y otra doblada delante de ella en el baúl.

—Bueno —comenta y me repasa con la mirada. Se detiene en mis labios y después toma otro bocado del donut que tiene en la mano.

—Bueno —replico.

—¿Has venido a hacerme la colada? —pregunta.

Me echo a reír.

—No, pero podemos llevárnosla y hacerla después.

—¿Después de qué? —pregunta, observándome con interés y con la guardia subida.

—Hay un mercadillo hoy en Society Hill. He pensado que podíamos ir.

Abre los ojos un poco más de lo normal y su pie rebota un par de veces contra el suelo de madera.

—¿Un mercadillo? —pregunta.

—Es como una venta, pero no en tiendas, sino en el exterior. En un parque.

—Sé, eh... —tartamudea—, sé lo que es un mercadillo.

Sé que sabe lo que es un mercadillo. Y sé que está esperando para que le diga que esto es un favor. Que tengo la repentina necesidad de adquirir un antiguo y feo cuadro o una antigua bola mágica y necesito que me ayude. Pero no lo hago. Porque necesito que esté al mismo nivel que yo. Necesito que empiece a pensar en nosotros como algo más de lo que sea que piense que somos. Así que guardo silencio y la miro fijamente. Y aguardo.

—Eh, sí. Vale —acepta.

—De acuerdo —digo con voz tranquila.

—Voy a por mis cosas —anuncia y se pone en pie—. Y no creas que no voy a llevar mi colada.

Paramos en mi casa para dejar mi coche y empezar una tanda de su colada, luego vamos a pie al mercadillo. Es tan horrible como cabría esperar. El mercadillo, no la caminata. La caminata es genial. El mercadillo es una venta gigante al aire libre. Lleno de trastos usados. Los trastos usados de otras personas.

O, desde el punto de vista de Chloe, tesoros.

Pues vale.

Pero a Chloe le encanta, y yo la quiero, así que estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para pasar el día con ella.

Viejas fotos en blanco y negro de los parientes de otras personas; sombreros usados; un buzón clásico; teléfonos de disco. Un tío vende fruta y verduras frescas, lo que para mí no tiene sentido, pero Chloe se para y compra un par de manzanas.

Poco después, se detiene delante de una caja repleta de viejos números de casas. La caja de cartón está en la acera y parece estar a punto de reventar por el peso de los artículos de su interior, pero eso no disuade a Chloe de inclinarse y rebuscar dentro, tras lo cual saca un dos y lo deposita en la acera de ladrillo a su lado antes de volver a rebuscar.

Esto tiene menos sentido que las judías verdes frescas que se hallan al lado de los neumáticos reciclados transformados en macetas junto a los que pasamos hace diez mesas, pero me apunto.

—¿Qué buscamos? —pregunto y me pongo de cuclillas junto a ella. Chloe saca un cero y lo deposita junto al dos. Son completamente diferentes. La letra,

el tamaño, el material y la antigüedad son distintos. Pero parece satisfecha con su búsqueda.

—Un cuatro —contesta. Los números de la caja traquetean mientras rebusca y dejan de hacer ruido cuando extrae un cuatro de manera victoriosa—. Ya está. —Lo coloca en la acera delante del dos y del cero.

—Un cuatro, un dos y un cero —comento—. ¿Te mudas?

—¡No! —Se ríe y gira la cabeza en mi dirección, el cabello le cae como una cortina—. Es por lo de la camiseta de la autopista cuatrocientos veinte que casi compro en Vail. Voy a colgarlos en la pared, encima de la librería. Así me recordará a ese día.

Luego sonrío. Y, joder, eso me afecta muchísimo.

—Gran idea. Yo también buscaré unos para mí —le digo—. Ayúdame a encontrar tres más.

Y así terminamos con una caja entera de números usados desperdigados por el suelo mientras inspeccionamos las opciones de cuatros, dos y ceros hasta que ambos conseguimos el grupo disparado que más nos gusta. Y, de acuerdo, estoy empezando a verle la gracia a la mierda usada de los demás. Esto es divertido. Chloe es divertida.

Todo con Chloe es más divertido. Los donuts, comprar, viajar en el avión de la empresa de golosinas... todo es mejor cuando está ella. Hacer recados, hacer la colada y pasar horas en un mercadillo. Me parece bien. Porque sé que todos los días que paso con Chloe son los mejores días de mi vida.

Curioseamos por el mercadillo un par de horas más. Me alegro de que haya alguien vendiendo café. Chloe se alegra de encontrar suficientes bloques viejos de juguete de madera para deletrear Christine. Insiste en que a mi hermana le gustarán para el elegante cuarto *vintage* del bebé. No tengo ni puta idea, pero asiento y acepto lo que me dice. Regresamos a mi casa caminando por la calle Pine, que al parecer es una calle llena de tiendas de antigüedades en el centro de Filadelfia. Está formada por dos bloques de tiendas repletas de una variedad de cursilerías, tiendas *vintage* y de antigüedades. Lo cual, según mi forma de pensar, no es más que un mercadillo en el interior de las tiendas, pero admito que, en cuanto entramos en algunas, veo que tienen cosas bastante chulas. Incluso logro encontrar un boceto original y muy bonito del hospital en el que trabaja el marido de Sophie. Se lo compro, aunque el tío es un pesado de cojones. Pero quiere a mi hermana.

Cuando regresamos a mi casa, Chloe sube corriendo las escaleras para pasar

su colada a la secadora, y yo agarro mi caja de herramientas y la sigo arriba.

No es un eufemismo. Sí que tengo caja de herramientas. Quiero colgar los números que hemos comprado hoy encima de mi cómoda, para verlos todos los días cuando me despierte.

Hostia puta.

¿Por qué no le suplico que se case conmigo y acabo con esto?

En cuanto Chloe termina con su colada, me observa mientras fijo los números a la pared y me ayuda a decidir dónde colocarlos.

Después, todo se va a la mierda.

—¿Quieres que pidamos algo de comer, o salimos a cenar? —le pregunto.

Está sentada en el borde de la cama y me observa mientras guardo las cosas en la caja de herramientas. La cierro y la miro.

—¿Qué estamos haciendo, Boyd? —Agita las manos junto a su cara, separa los dedos como dibujando pequeñas explosiones—. Lo digo en serio. ¿Qué estamos haciendo? —Toma un mechón de su cabello y empieza a enroscárselo en el dedo, sus movimientos son bruscos y se ven ligeramente afectados por los nervios. Tiene las piernas cruzadas y el pie que toca el suelo empieza a rebotar.

Mierda. Solo he mencionado la cena. No he mencionado un plan de cinco años para comprar una casa en las afueras. Algo en lo que no debería pensar, pero lo hago. Porque esta chica es un puto torbellino para mi sentido común. Hace que piense en estar con ella para siempre cuando ni siquiera hemos fijado la siguiente cita.

—Deberíamos romper —declara—. Soy un desastre. La voy a cagar. Siempre la cago. —Su voz es de angustia y da la impresión de que está a punto de hiperventilar—. Y te irás. Todo el mundo se va. Y yo no sé lo que estoy haciendo.

—No puedes romper conmigo. No estamos saliendo —replico con calma y atravieso la habitación hasta ella para tomarla de la mano, para que deje de enrollarse el pelo con tanto ahínco.

—Ah. —Exhala una ruidosa bocanada de aire y echa la cabeza hacia atrás para mirarme. Traga saliva—. ¿No puedo?

—No.

—¿Entonces qué estamos haciendo? ¿Por qué eres tan amable conmigo? Siempre eres muy amable conmigo, Boyd. Y atento. Y eres bueno en la cama. Y...

—Solo pasamos el rato a lo Chloe y Boyd —la interrumpo antes de que se

altere más.

—¿El rato a lo Chloe y Boyd?

—Sí —respondo y luego le recorro el lóbulo de la oreja con los labios—. Confía en mí, Chloe. —La empujo delicadamente, porque no me avergüenza distraerla con sexo. Ni un poquito. Me tumbo en la cama a su lado y la atraigo hacia mí—. Y no te puedes ir cuando aún no te he echado todos los polvos. Quiero echarte todos los polvos.

—¿Todos los polvos? —La tensión de su cuerpo se alivia y sus ojos centellean, pero de excitación, no de pánico.

—Todos. El polvo autoritario. —Deslizo la mano bajo el dobladillo de su camisa y la levanto por encima de su cabeza—. El polvo duro. —Ella levanta las caderas cuando agarro la cinturilla de sus mallas y tiro—. El polvo en la ducha. —Respira fuerte ante eso y traga saliva—. Son muchos polvos, Chloe. —Le rozo la oreja con los labios—. El polvo diciendo guarradas. El polvo por el culo —susurro—. ¿Quieres perdértelos?

—No. —Niega con la cabeza y arquea las caderas contra mí, deseando que las cosas avancen más rápido—. Quiero todos los polvos.

—Bien. Estamos de acuerdo. Quítate el sujetador.

La veo deslizar una mano a la espalda para desabrochárselo. El sujetador aterriza en el suelo un segundo después que mi camiseta.

—No te muevas —le aconsejo, levantando una mano antes de caminar hasta mi armario. Cuando regreso, está sentada en la cama con los ojos muy abiertos.

—¿Esa es tu pistolera?

Asiento. Nunca antes he intentado sujetar a una mujer con esto, nunca he querido, pero sospecho que Chloe se apuntará al juego.

—Los brazos por encima de la cabeza —le ordeno mientras me aproximo a la cama.

Chloe asiente con entusiasmo, tumbada bocarriba, y estira los brazos por encima de la cabeza. No tengo nada a lo que atar esto y estoy bastante seguro de que ella podrá soltarse si quiere, pero eso da igual.

Fascinada, Chloe mira la pistolera mientras la deslizo por encima de sus muñecas y aprieto las correas ajustables.

—Te la ha adjudicado el gobierno, ¿verdad? —pregunta, humedeciéndose los labios con la lengua.

Menuda. Chica. Joder.

—Desde luego —admito y camino hasta los pies de la cama, donde le rodeo

los tobillos con las manos y tiro de ella hacia mí. Chloe aúlla, ya que no se lo esperaba. Y me parece que maúlla cuando le levanto los muslos para colocarlos sobre mis hombros. Es difícil adivinar qué ha sido ese ruido. También podría haber venido de mí. Disfruto mucho cuando tengo la cara entre sus muslos.

Beso la zona justo por encima de su montículo y después le separo los labios con los pulgares y giro la lengua rápidamente en torno a su clítoris. Pero solo estoy calentando. Porque no es que me guste hacer esto. Es que me encanta, joder.

Veó la reacción física de su cuerpo desde esta posición. La observo humedecerse. Cada vez más. Escucho sus suspiros bajos y los ruiditos que emite desde la garganta, dependiendo de lo que yo le haga. Noto los músculos de sus pantorrillas endurecerse contra mis hombros y la observo mientras sus rodillas se acercan más a ella al ritmo al que su entrepierna se contrae.

Veó cada constricción de su apertura cuando reacciona a mi lengua, labios y dientes al chupar, besar y mordisquear cada centímetro de ella. Y lo hago. Me recoloco con cada suspiro y estiramiento suyo. Deleitándome con cada gemido, cada vez que arquea la espalda.

Y su sabor es fantástico, joder.

Nunca me cansaré de hacer esto con ella. O de verla con la guardia baja. O de verla correrse y saborear la prueba de su excitación.

Deslizo un dedo dentro de ella y veó cómo su cuerpo se contrae, apretado y caliente. La acaricio dentro y fuera unas cuantas veces antes de deslizar la punta húmeda de mi dedo a su culo, el cual lamo antes de aplicar presión con delicadeza.

El coño se le contrae mucho cuando le acaricio el ano con la punta del dedo, e inmediatamente se moja aún más.

—Decías que tenías curiosidad, ¿no? —pregunto mientras la punta de mi dedo se desliza al interior.

—Sí —sisea. Tiene la espalda arqueada y el cabello extendido entre sus brazos estirados. Sus piernas han caído de mis muslos y están muy separadas en la cama delante de mí—. Pero quizás solo tu dedo —dice mientras exhala—. En serio, pienso que la tienes demasiado grande. Y no lo digo para alimentar tu ego. Casi me da la sensación de que apenas cabes en mi... ya sabes.

—¿En tu coño? —pregunto mientras succiono el clítoris y deslizo el dedo aún más adentro.

—Sí, ahí. —Vuelve a sisear mientras inclina la cabeza contra la colcha—.

Pero tampoco quiero decirte cómo hacer tu trabajo, ni nada por el estilo.

—Aprecio la confianza —replico con una risotada—. Pero no me importan tus observaciones. Quiero asegurarme de que me sigo ganando ese diez.

—Ah, te lo has ganado.

—Me alegra oír eso. —Dios, tiene los muslos suaves. La beso desde la entrepierna a la rodilla antes de enderezarme.

Se queda callada un segundo, antes de que dos palabras salgan de su boca en voz baja.

—¿Y yo?

—¿Y tú, qué?

—¿Me he ganado un diez? —murmura con una pizca de duda en la voz.

—Chloe, no hace falta ni que estés en la misma habitación que yo para ganarte el diez. Hasta cuando pienso en ti en la ducha mientras me la sacudo te llevas un diez.

—¿Como en Vail? —Inclina la cabeza a un lado y me observa mientras camino hasta la mesita de noche, mordiéndose el labio para intentar ocultar la sonrisa de su cara.

—Exactamente como el Vail.

—¿De modo que lo hiciste? ¿Te masturbaste en la ducha pensando en mí mientras yo estaba en la habitación?

—Pues sí —admito sin inmutarme.

—No lo sabía —murmura—. Y seguía sin estar segura cuando me dijiste que no preguntara. Pensé... —Deja de hablar.

—¿Qué pensaste? —pregunto mientras mis pantalones aterrizan en el suelo. Me rodeo con firmeza con una mano sin apartar los ojos de los suyos.

—Pensé que tal vez te gustaran las duchas largas, o que quizás estuvieras haciendo algo ahí, pensando en porno o en alguien que no fuera yo.

—La primera vez que me la sacudí pensando en ti fue a la mañana siguiente de conocerte en la sala de detención del estadio.

—¿En serio? —Sus ojos centellean y su trasero se menea contra la cama—. ¡Qué va!

—Claro que sí. Soy un tío.

Sonríe y entierra la cara en su brazo, tratando de esconder su sonrisa.

—¿En qué piensas cuando lo haces? —Me mira de nuevo con una sonrisa tímida en la cara—. ¿Qué hago yo cuando piensas en mí?

—Cualquier cosa. De todo. A veces estás de rodillas haciéndome una mamada. Otras veces te duchas mientras yo miro. —Su pecho se levanta. Eso le gusta—. A veces te tiro del pelo... —Se le abren mucho los ojos—. Y otras veces, estás echada en mi cama, pidiéndome que me corra en tus tetas.

—¿Lo harías? —Saca la lengua y se humedece los labios y aprieta una pierna contra la otra, tratando de obtener la fricción que necesita en el clítoris.

—¿Qué?

—Correrte encima de mí.

—¿Es una invitación?

—Sí. —Asiente—. Quiero que lo hagas. Quiero mirar.

Capítulo 23

Chloe

Tengo muchas ganas de mirar. Nunca he visto a un tío correrse con su propia mano. En plan, pajearse para correrse delante de mí. Se la he cascado a alguno, claro, pero normalmente solo lo bastante como para que el tío quisiera ponerse un condón e introducirse en mí.

Nunca hasta el punto de conseguir ver cómo se corre. Verlo de verdad.

La idea de Boyd haciéndolo, tocándose mientras piensa en mí, me pone tan cachonda y me deja tan mojada que me da la impresión de que debe de haber una mancha de humedad debajo de mí, sobre la colcha. Y ni siquiera me he corrido aún.

O sea que, madre mía, claro que quiero mirar. Además, tengo las manos atadas, por lo que todo recae sobre él. No siento presión de ningún tipo para conseguir que disfrute. Esto no es más que voyerismo hedonístico puro y duro.

Vierte un poco de lubricante en su palma de una botella que tenía sobre la mesita de noche y se agarra sin perder el contacto visual conmigo. Luego se monta a horcajadas sobre mí en la cama, con sus rodillas rodeándome las caderas mientras se echa hacia atrás para apoyarse encima de mí, entonces se sacude la polla con un tirón largo y resbaladizo. La cabeza desaparece cuando la mano llega a la cima y luego reaparece cuando la desliza hasta la base.

Bajo él, cruzo las piernas. Al principio, lo hago casi de forma involuntaria. Pero pronto estoy apretujando mis muslos uno contra el otro en un vano intento de restregarme sola mientras lo miro. Esto ha sido una idea horrible. Ojalá

tuviera las manos libres para poder tocarme mientras miro, porque esto es una tortura. No puedo tocarlo a él ni puedo tocarme a mí misma. La saliva se me acumula en la lengua y deseo poder tomarlo en mi boca ahora mismo. Trago y me lamo los labios, pensando en qué sabor tendría, en todo lo que tendría que abrir la boca para que cupiese.

Cierro los ojos un momento y escucho, porque el sonido de su polla lubricada deslizándose en su mano y su respiración entrecortada es una melodía erótica que me gustaría memorizar para siempre. Pero no puedo apartar la mirada de él. De su polla. De su mano fuerte. De sus ojos, mirándome mientras yo lo miro. De modo que me muerdo el labio y nuestras miradas se cruzan.

Entonces empieza a decir guarradas.

Me dice todo lo que desea hacer conmigo. Lo que desea hacerme.

Y ahora, decididamente, me retuerzo bajo su cuerpo, mis talones están apoyados en la cama al tiempo que intento quitármelo de encima o hallar un punto de contacto contra el que pueda frotarme.

Le suplico que termine. Que se corra encima de mí. Y no porque quiera que se dé prisa para que pueda encargarse de mí, sino porque es increíblemente sexy mirarlo disfrutar. Los músculos de su brazo se flexionan mientras desliza la mano arriba y abajo. Sus caricias son mucho más rápidas de las que yo sería capaz de proporcionarle si lo hiciera por él, más bruscas de lo que yo podría ofrecerle.

Me pone cachonda verlo a él cachondo.

Me siento poderosa y ni siquiera estoy haciendo nada, salvo observarlo mientras está arrodillado encima de mí. Miro sus caderas doblarse mientras se corre. Lo oigo gruñir al aliviarse. Lo noto derramándose en mi pecho y veo la expresión de sus ojos cuando sucede.

Porque lo hace mirándome. Pensando en mí. ¿Cómo no me iba a poner cachonda eso?

—Joder, Chloe —jadea encima de mí, recuperando el aliento.

Suelto un gruñido grave desde la garganta y levanto mis manos atadas hacia él a modo de petición silenciosa. Necesito tocarlo.

—No te muevas —indica, mientras deja caer la pistolera al suelo, junto a la cama. Un momento después, vuelve con una toalla caliente, que cubre más piel de la necesaria. Traza largos y lentos círculos en mis senos y tira de mis pezones a través de la toalla. Pero ya he tenido suficiente, necesito tocarlo. Me siento y acerco sus labios a los míos.

—Eso ha sido lo más *sexy* que he visto nunca —digo entre beso y beso.

Paso las manos por sus brazos arriba y abajo, las puntas de mis dedos recorren sus brazos delicadamente y yo llevo mis labios a su cuello, depositando besos allí donde logro alcanzar. Luego meto los dedos en su cabello y tiro, y me pregunto si es tan agradable para él como cuando me lo hace a mí.

—Te quie... —Ay, mierda—. Me gustas, Boyd. —Me gusta.

Se queda inmóvil durante un instante antes de contestar y noto su aliento cálido contra mi cuello cuando habla.

—Tú también me gustas, Chloe.

Ahora soy yo la que se queda inmóvil. ¿Ha pronunciado «gustas» como si implicara algo más?

—Relájate —murmura en mi oído, y yo suspiro contra él mientras nos gira, de modo que él queda encima de mí. Luego me obliga a relajarme. Con la boca. Pero no dice nada. Es muy efectivo con los labios, sin pronunciar palabra.

—Tengo algo para ti —asegura, y yo asiento. Sé que es así, lo noto contra mi muslo—. Antes conseguiste distraerme —añade mientras estira un brazo hacia la mesilla de noche y agarra de nuevo el lubricante.

Eh. Vale, supongo que al final vamos a ir por ese camino. Puedo intentarlo. Le he dicho que sentía curiosidad, pero no creo que salga bien. Exhalo con alivio cuando extrae otra cosa del cajón.

—¿Son...? Eh... —Hago una pausa. Quiero que lo diga él. Por si estoy equivocada y piensa que soy una novata total. Lo que, en realidad, es cierto, pero más vale prevenir que curar. ¿Y si es lo que creo que es, pero quiere usarlas consigo mismo? No sé si puedo hacer eso. Pero tal vez él tampoco quiera hacerme eso a mí. Aunque es él quien las tiene, por lo que probablemente debería dejar de discutir conmigo misma y ver qué dice.

—Bolas anales —confirma y abre la tapa del lubricante—. ¿Sigues interesada? —Tiene una ceja arqueada a modo de desafío, pero no es necesario. Sí que estoy interesada.

Son pequeñas y, aunque su tamaño va en aumento, la más grande sigue siendo más pequeña que cualquier dedo de Boyd. Probablemente ha comprado bolas para principiantes. De acuerdo. Lo he buscado en Google, ¿vale? Solo por si alguna vez se presentaba la ocasión, no porque sea una perversa ni nada de eso. En cualquier caso, no hay duda de que son bolas para principiantes.

Asiento con la cabeza en silencio y giro sobre la cama cuando me hace un gesto para que lo haga. Lo miro por encima del hombro y después entierro la

cara en la colcha porque estoy a punto de echarme a reír por los nervios. ¿De verdad vamos a hacerlo?

Entonces me levanta las caderas hasta que estoy de rodillas, abierta por completo mientras él está arrodillado entre ellas, y ya no pienso en reírme. Y quizás sí que sea una perversa, porque estoy palpitando en el mejor de los sentidos. Me acaricia el culo con el dedo y yo gruño y llevo mis caderas hacia él, deseando más. Pero él se limita a trazar círculos mientras yo me retuerzo, lista para suplicar.

La primera bola se desliza dentro de mí y yo la noto por todo el cuerpo. Mi pecho se tensa mientras tomo aire con brusquedad, luego me relajo y exhalo, y me centro en lo erótico que es tener algo dentro de mí de esta forma. Introduce otra bola y me sorprende notar que otras partes responden. Por algún motivo, no me esperaba que me excitara sexualmente por varios sitios. No estoy segura de por qué no me lo esperaba, ya que noto como si todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo fueran zonas erógenas. Mis pezones están tan duros que palpitan y pienso que si él me tocara el clítoris ahora mismo, me correría. Pero no es solo en los sitios obvios, lo noto por todas partes. La nuca me cosquillea y tengo el estómago contraído. Lo noto por la parte baja de la espalda y las yemas de los dedos. Por todas partes.

Gruño cuando acaricia la suave curva donde mi muslo se junta con mi culo y entierro la cara en las manos cuando vierte más lubricante en la piel. Mete otra bola y la presión es intensa, pero de una manera placentera. Cuando su dedo traza círculos en mi clítoris mientras la siguiente bola se desliza a mi interior, gimo y me empujo hacia atrás con las manos, arqueando la espalda y empujando las caderas más cerca de él. Cuando finalmente oigo el ruido del envoltorio del condón, quiero llorar de alegría. Con la vagina.

Y entonces le da un empujoncito a mi entrada con la polla. Lo miro por encima de mi hombro. Tiene un pie en el suelo y el otro plantado sobre la cama junto a mi rodilla, sus ojos están fijos en el paisaje frente a él. Me imagino el extremo de la fila de bolas colgándome del culo y me aprieto tanto alrededor de su polla que me da un azote en el culo y me dice:

—Relájate, Chloe.

Es un poco humillante, pero la verdad es que me pone.

Aferro la colcha con los dedos mientras noto que se introduce aún más. Es más estrecho de esta forma, y ya cuesta que se abra camino sin ayuda. Me siento extrañamente orgullosa de la estrechez. De las palabras sucias que pronuncia

Boyd. De la plenitud. Mis tetas rebotan cuando se echa hacia atrás y se vuelve a empujar, sus manos están en mis caderas, descienden por mi espalda, me tiran del pelo.

—Me encanta sentirte —murmuro, más para mí que para él. Lo estoy apretando tanto que me sorprende que pueda moverse. La sensación de tener las bolas en el culo mientras él está dentro de mí no es como me esperaba que sería. Es mejor.

Me excita mi valentía. El hecho de ser tan aventurera... aumenta mi ego.

Y entonces empieza a sacar las bolas y es una sensación totalmente distinta. Mi pulso se dispara y dejo caer la cabeza tanto como puedo, ya que Boyd todavía me tiene agarrada del pelo. Siento como si el orgasmo durara para siempre y la parte interna de mis muslos está empapada. Detrás de mí, la respiración de Boyd se ha vuelto más superficial y entonces da una sacudida dentro de mí, luego una segunda, y una tercera antes de que su pelvis se detenga del todo contra mi culo. Tiene la piel cálida, el ligero rastro de vello que va de su ombligo a la ingle me hace cosquillas en el trasero.

Noto un beso entre los omóplatos y entonces sale de mí y se pone en pie. La cama se hunde cuando se sube detrás de mí un minuto después. Estoy destrozada. Increíble y gloriosamente destrozada. Adoro el sexo con Boyd. No pienso en nada más cuando me toca. Mi cabeza no se llena de preocupaciones. No me siento insegura por algo que ha dicho hace dos horas. Soy la mejor versión de mí misma cuando estamos juntos.

—Quédate —murmura en mi oído. Sus labios me rozan la mandíbula, sus brazos me envuelven el estómago.

De modo que me quedo. Relajada, saciada, feliz.

Pero, cuatro horas más tarde, estoy totalmente despierta, incapaz de dormirme de nuevo.

Boyd no me está tocando. Se ha dado la vuelta, su brazo está desparramado sobre la cama, y respira profunda y regularmente. Me pongo de lado y miro la ciudad por encima de las medias paredes del ático. Esas ventanas que van del suelo al techo que Boyd prometió que ofrecían unas vistas increíbles por la noche, efectivamente, las ofrecen. También dejan que entre la luz. No piensas en la luz a las dos de la mañana cuando vives en una octava planta, muy lejos de las luces de la calle. Boyd vive en el tercer y cuarto piso. Tiene cortinas mecánicas, pero no tengo ni idea de cómo funcionan. Puede que siempre duerma con las cortinas abiertas. No creo que pudiera acostumbrarme a eso. Un

momento, ¿se puede ver el interior del piso por esas ventanas? El edificio al otro lado de la calle no está muy lejos. Pero yo no ver nada de lo que ocurre allí, de modo que decido no pensar en ello.

Además, hay muchas otras cosas en las que pensar. ¿A qué se refería con lo de que me quedara? ¿Toda la noche? Puede que simplemente no quisiera llevarme a casa. Puede que se refiriera a que me quedara quieta, porque le gustan los mimos. Puede que fuera a llevarme a casa más tarde, pero se haya quedado dormido.

No tengo cepillo de dientes. No tengo cepillo de dientes. No tengo cepillo de dientes. No. Tengo. Cepillo. De. Dientes. «Céntrate en eso, Chloe».

Flexiono los dedos de los pies y me doy la vuelta para mirar al techo. Solo necesito tiempo para pensar. No, no para pensar. Para respirar.

¿De verdad quiere que me quede toda la noche? Es que ahora estoy despierta, así que quizás debería irme, y ya está. Probablemente debería irme. He pasado todo el día con Boyd y tengo unidades didácticas en las que trabajar; encima, las evaluaciones se aproximan. Y hoy iba a cambiar las sábanas. Aparte de eso, he quedado para comer mañana temprano con las chicas y necesito ducharme y cambiarme de ropa.

Boyd tiene una ducha y una secadora llena de ropa limpia mía. Pero, aun así, quizás no me apetece llevar esa ropa. Y no tengo mi maquillaje. No puedo presentarme a una comida recién salida de la ducha con el pelo en una coleta y secado al aire libre. ¿Cómo lo hacen las mujeres para pasar la noche con alguien tan fácilmente? ¿Es que todo el mundo lleva consigo su neceser de maquillaje a todas horas, solo por si acaso? ¿Con un cepillo de dientes? Yo no tengo un cepillo de dientes en mi neceser de maquillaje. ¿Explicaron esto en la escuela un día de los que me perdí clase?

Debería irme.

Salgo de la cama y encuentro mi ropa en el suelo. No necesito la ropa de la secadora. Puedo venir a buscarla... en otro momento. «En realidad, la luz de la ventana es bastante útil», pienso mientras descendo las escaleras de puntillas.

Dejo una nota en la isla de la cocina. «Hoy he quedado para comer temprano con las chicas, he tomado un taxi para ir a casa». Porque no estoy completamente chiflada. No voy a ir caminando a casa en mitad de la noche. Aunque me pregunto qué narices estoy haciendo cuando cierro la puerta de la entrada con delicadeza detrás de mí.

Capítulo 24

Chloe

—¿Creéis que estará bien sin mí? —Sophie da golpecitos con los dedos a la mesa, cubierta por un mantel, mientras se sienta en el borde del asiento, como si estuviera preparada para salir corriendo en cualquier momento—. Está dormida, y Luke probablemente esté más cualificado para cuidar de ella que yo —continúa—. Pero soy su madre. ¿Y si me necesita y no estoy ahí?

—Está arriba, Sophie. Estás literalmente en el mismo edificio —señala Everly.

Las cuatro, Sophie, Everly, Sandra y yo, vamos a almorzar en el nuevo restaurante situado en el edificio de Sophie. Ha cambiado de dueño desde la última vez que comimos aquí, porque la vida está llena de cambios. Enormes y aterradores cambios que, al parecer, no puedes controlar. Cambios que pueden alterar el resto de tu vida.

O es posible que a la gente sencillamente no le gustara el menú. No sé. Lo bueno es que el nuevo restaurante sirve almuerzos.

—Es un edificio enorme, Everly. ¿Y si se corta la electricidad y tengo que subir corriendo treinta y dos tramos de escaleras para llegar hasta ella?

—Bueno, Luke seguiría estando con Christine mientras subes corriendo las escaleras, así que creo que no pasaría nada —la reconforta Sandra.

Hoy es la primera vez que Sophie se separa del bebé desde que nació.

—Solo tiene cuarenta y dos días. ¿Creéis que soy mala madre por dejarla

para comer? —Sophie nos mira a las tres antes de dirigir la vista a la puerta—. Ay, Dios mío, ¡mi móvil! —Se le abren mucho los ojos y saca el móvil del bolso y luego se relaja visiblemente cuando mira la pantalla—. Everly, ¿por qué me llamas?

—Para explicarte cómo funciona un teléfono móvil. Y ahora ponlo al lado del tenedor. Si Luke te necesita, te llamará.

—Estoy siendo ridícula, ¿verdad? —Su silla chirría contra el suelo cuando por fin se desliza del todo contra la mesa y se calma. Sacude la cabeza y exhala —: Vale, estoy bien. Todo controlado. —Vuelve a mirar el móvil y se echa a reír —. Probablemente ni siquiera se despierte hasta dentro de una hora, por lo menos.

Todas soltamos un suspiro colectivo de alivio y abrimos nuestras cartas para que, cuando la camarera nos pregunte por tercera vez si ya sabemos qué vamos a pedir, lo sepamos.

—Bueno, ¿y qué tal las FDP? —Everly dirige la conversación hacia mí después de pedir la comida y de que nos hayan servido a todas el café.

—Eh, bueno, la verdad es que no he recibido muchas últimamente. —Eso no es del todo verdad. Probablemente haya recibido unas cuantas, lo que pasa es que llevo semanas sin molestarme en abrir la aplicación de citas.

—¿Qué has hecho? ¿Has cerrado tu cuenta?

Más o menos.

—No, solo he estado ocupada. Ya sabéis.

—¿Así que los tíos simplemente han dejado de mandarte fotos de pollas? —pregunta Everly con un tono de duda, como si pensara que miento.

—¡FDP! Everly, habla con clase. —Necesito que deje de centrarse en mí—. Creo que lo de FDP ha calado y los tíos se han dado cuenta de lo estúpido que era mandar fotos de sus paquetes a las chicas. —Me encojo de hombros.

—¿En serio? —Su tono es seco.

Un rápido vistazo a Sandra y a Sophie me indica que tampoco se tragan lo que les digo.

—Sí. Seguro que hay un mensaje grupal. Entre todos los hombres solteros de Filadelfia. Han llegado a la conclusión de que las fotos de pollas son estúpidas y se han puesto de acuerdo para dejar de enviarlas. —Llevo el puño al aire para acentuar esta victoria para las mujeres.

Y entonces me llaman al móvil.

El móvil que he sacado cuando Sandra me ha preguntado por qué nivel de

Pokémon iba y he dejado encima de la mesa entre Everly y yo.

El móvil que tiene el número de Boyd guardado en los contactos.

El móvil que, en este momento, suena con una llamada entrante de Boyd, que ilumina la pantalla.

¿Por qué no podía llamarse Sam? Un Sam o un Alex podrían haber sido cualquiera.

Voy a agarrar el móvil, pero ya es tarde. Demasiado tarde. Porque también he asignado a su contacto la foto que Boyd y yo nos hicimos juntos en la cima de la montaña de Vail. De modo que eso es lo que se ve en la pantalla detrás del texto con su nombre y número de teléfono para cualquiera que esté lo bastante cerca como para leerlo. Everly está lo bastante cerca como para leerlo.

Le doy al botón de ignorar, pero no antes de que advierta la expresión de sorpresa de su cara. Eso que me llevo, al menos. Creo que nunca antes había conseguido sorprenderla. Disfruto de esta victoria durante el medio segundo que me concede antes de recuperar la compostura y sonreír como un gato que se ha comido el canario. O la chica que acaba de descubrir que tal vez tengas algo con ese chico con el que trató de emparejarte durante casi un año mientras tú te negabas. Es básicamente la misma sonrisa.

—Estás saliendo con el hermano de Sophie.

—¡No puede ser! —espeta Sophie—. No, ¡venga ya!

—¡No estamos saliendo! —protesto y pongo el móvil en silencio, tras lo cual lo meto en mi bolso antes de que pueda traicionarme todavía más.

—¿Entonces tienes su número en tus contactos por casualidad? —suelta Everly—. ¿Con una foto de los dos?

—¿Una foto? —jadea Sophie y se pone una mano en la boca, sorprendida.

—Sí, con montañas de fondo —informa Everly a Sophie—. Lo que es raro, porque no hay montañas en Filadelfia... —Deja de hablar, esperando a que yo diga algo.

—No estamos saliendo. —Niego con la cabeza y me tiro de la oreja izquierda. Se me está empezando a acelerar el corazón.

—¿Y por qué te llama, entonces? —pregunta Everly. Pero se trata de Everly, así que es más bien una exigencia de información en forma de pregunta.

—Un momento, ¿cuánto tiempo lleváis con esto? —interviene Sophie—. Porque intenté emparejarlo contigo hace dos semanas y rechazó mi oferta.

—Eh, ¿gracias? —digo y me pongo a jugar con un sobre de edulcorante mientras todas me miran fijamente.

Me planteo contarles que nos conocimos en el hospital el día que nació Christine, como todas asumen, pero termino confesando toda la historia, que conocí a Boyd el día anterior, cuando arrestaron a mi cita en el estadio.

—Y entonces Boyd te chantajeó para que fueras su acompañante a una boda —resume Everly.

—Algo así. Era más bien un favor.

—Porque a alguien como a Boyd le costaría encontrar una acompañante —añade, y me clava una mirada que me pregunta si de verdad soy así de obtusa.

Ese asunto siempre me ha inquietado, pero les digo lo que él me dijo a mí.

—No quería llevar a una cita real porque podría creerse que él quería algo más, por el tema de presentarla a su familia y tal. Podría llegar a conclusiones precipitadas.

—Por lo que, en vez de eso, te llevó a ti. Y te presentó a su familia y tal.

—Sí —admito.

—A una boda fuera de la ciudad.

—Sí. —Sé lo que viene después.

—¿Te acostaste con él?

Lo sabía.

—Eh, bueno... —Rasgo el sobre antes de recordar que está lleno y termino con una pila de edulcorante en la mano—. Sí —admito—. Pero eso no era parte del favor —añado deprisa. Solo por si hay alguna confusión.

—¿Y estuvo bien? —pregunta Everly, inclinándose hacia adelante mientras se coloca el pelo detrás de la oreja.

Asiento con la cabeza gacha, concentrada en empujar el edulcorante en una pila. Lo que es casi imposible en el mantel de una mesa, por cierto.

—¿Y luego qué? —insiste—. La boda fue hace un mes y te sigue llamando.

—A veces quedamos y tal. —Me encojo de hombros y pincho un poco de huevo con el tenedor.

—Ya, a eso se le llama salir con alguien —suelta Everly.

—No, no es en ese plan. —Como un poco, pero nadie cambia de tema mientras mastico. Es evidente que no me voy a librar de hablar de esto. ¿De verdad ha pasado ya un mes desde la boda?—. Es, en plan, yo le debía un favor y después él me debía uno.

Los ojos de Sandra se abren mucho y Everly murmura:

—Ya. —Sophie alza una ceja que dice «¿en serio?».

—A veces comemos juntos.

—También conocido como cita. —Everly asiente mientras yo le contesto:

—No —digo mientras niego con la cabeza—. Una vez me ayudó a cargar con una estantería que compré. Y fuimos a un mercadillo juntos. Esa clase de cosas.

—A eso se le llama novio —replica Everly sin pestañear.

—No. —Vuelvo a negar con la cabeza—. Solo pasamos el rato a lo Chloe y Boyd. —Joder, eso no tiene sentido. ¿Por qué tenía sentido cuando lo dijo Boyd?

—¿Está saliendo con otra? —pregunta de Sandra.

—No —susurro—. Creo que no.

No hemos hablado de eso, pero sé que no lo hace. Además, siempre está conmigo. No sé cuándo tendría tiempo de estar con otra persona. Ay, Dios mío. ¿Boyd y yo hemos estado saliendo todo este tiempo? ¿Y yo sin ser consciente de ello?

—Y has cerrado tus cuentas en las páginas de citas, ¿no?

—¡No! —protesto—. No lo he hecho. Simplemente no las he abierto desde que fuimos a Nueva York —añado con un suspiro ahogado. No lo bastante ahogado, porque Everly salta en cuanto lo oye.

—¿También fuisteis juntos a Nueva York?

—Solo una vez, durante un día. Para comprar un vestido para la boda.

—Ya. Y a todo eso se le llama salir con alguien. —Agita un dedo en el aire—. Estás saliendo con Boyd.

Me parece que voy a vomitar.

—Hasta podrías estar prometida —prosigue Everly—. Visto lo visto.

¿Es eso lo que quiero? ¿Salir con Boyd? ¿Y si no termina bien? Sophie es su hermana y una de mis mejores amigas. Sería incómodo si no acabara bien. Ya es incómodo. Y no quiero que termine.

—¿Por qué no le has pedido que vaya a tu colegio para lo del día de las profesiones el mes que viene? —inquire Sophie.

—¿Cómo? —La miro sin comprender.

—Parecía un poco decepcionado porque no le hubieras pedido que fuera. No tenía ningún sentido para mí entonces —continúa—. Puesto que no sabía que estuvierais saliendo a escondidas —añade secamente.

—Probablemente le preocupe ser tu segundo plato —interviene Everly—.

Ya que no lo invitas a nada —agrega, mientras se examina la manicura—. Oye, ¿estás embarazada, por casualidad? ¿Recuerdas que Sophie no sabía que estaba embarazada? Podría ser algo que añadir a la lista de cosas que no sabes que te suceden. —Se le iluminan los ojos y se coloca una mano en el pecho—. ¿Puedo ser la madrina?

—No estoy embarazada.

Pero sí que me encuentro mal.

Capítulo 25

Chloe

Estoy muy confusa. ¿Boyd me ha mentado todo este tiempo? ¿Piensa que estamos saliendo? ¿Y desde cuándo? ¿Ha pensado siempre que estábamos saliendo? ¿Por qué mentaría al respecto? Todo esto de los favores, ser amable y hacer que me enamore de él al mismo tiempo... Puede que yo haya estado viviendo en una burbuja de negación, pero Boyd ha estado mintiendo. ¿No? «Necesito un favor Chloe. Me gustas, Chloe. Finge conmigo, Chloe». ¿Qué parte era real?

Levanto la mirada, sorprendida cuando me doy cuenta de que estoy en casa de Boyd. No recuerdo haber caminado hasta aquí. Recuerdo irme del restaurante, pero ¿de verdad acabo de caminar más de un kilómetro y medio prácticamente a ciegas? Me quedo quieta en la acera, sin saber muy bien qué estoy haciendo. Me miro los pies y muevo los dedos dentro del zapato antes de abrir la puerta de un tirón. Llego hasta el vestíbulo y entonces me acuerdo de que nunca he estado aquí sin Boyd, y este es un edificio seguro, lo que significa que no puedo pasar del vestíbulo sin una llave o sin que me abran a través del portero automático, o lo que sea. Y ni siquiera sé si él está en casa ahora mismo.

—Señorita Scott, ¿necesita que le abra?

Me vuelvo hacia el portero, un hombre alto y distinguido de unos cincuenta años. Lo he visto antes, unas cuantas veces, pero no creo que haya hablado nunca con él. En realidad, sé que no lo he hecho, porque me parece haber detectado un acento británico y me habría acordado de eso. ¿Cómo narices sabe

mi nombre?

—He venido a ver a un residente —balbuceo, sin saber bien cómo proceder.

—Claro. Está en la lista del señor Gallagher. Ahora le abro.

Estoy en su lista. Otra cosa de la que no tenía ni idea.

Evito el ascensor y subo por las escaleras. Solo hay que subir dos tramos de escaleras y, sinceramente, no tengo ni idea de lo que le voy a decir cuando llegue.

Pero no dispongo de mucho tiempo para pensar en ello, porque me está esperando en la puerta. Por lo visto, el servicio de apertura de puerta incluye un aviso al inquilino.

Está apoyado contra el marco y me observa mientras recorro el pasillo hacia él. Tiene los brazos cruzados. Lleva otra de las camisas que compré aquel día que fuimos a Nueva York y unos vaqueros desgastados. Cuando me acerco más, me percató de que está molesto, tiene los ojos fríos y una expresión precavida.

Un momento.

¿Está enfadado conmigo? Más le vale que no.

Porque soy yo la que está enfadada con él.

¿Y acaso hay algo más irritante que alguien enfadado contigo cuando eres tú la que se supone que ha de estar enfadada? No, no lo hay.

—Muy amable por tu parte volver —comenta. Tensa la mandíbula, y luego se aparta del marco y se frota la quijada con una mano, después me sigue al interior de su piso.

—¿Por qué tantas mentiras, Boyd? —He logrado superar toda la comida con las chicas sin perder los nervios por completo. No, eso me lo he guardado para Boyd. De modo que ignoro su irritación y dejo salir la mía.

—¿Cómo? —La sorpresa se refleja en sus facciones. Frunce el ceño y se le suaviza la cara—. Chloe, ¿de qué hablas?

—¡De nosotros! —grito—. Los favores eran mentira, ¿no? No necesitabas una cita para la boda, ¿verdad? Probablemente cancelaste los planes con otra para llevarme a mí. —Alza las cejas una fracción cuando lo digo, y sé que tengo razón—. Vas y te ofreces a ayudarme para aprender cómo comportarme en las citas. Me traes dónuts y me provocas esos orgasmos que me cambian la vida. —Sonríe cuando digo esto último y me cabreo aún más—. Borra esa sonrisita, Boyd. ¡Joder! Contigo no sé lo que es real y lo que es mentira. ¿Estamos saliendo? ¿Qué narices significa pasar el rato a lo Chloe y Boyd? ¿Significa amigos con derecho a roce? ¿Significa que eres mi novio?

—Me parece que sabes que aquí pasa algo. —Lo dice con voz serena, como si intentara calmarme—. Entre nosotros.

—Pues a mí me parece que necesitas pensar en ello

—replico—. Puede que no sea capaz de darte lo que quieres de mí.

—Yo creo que sí. —Me mira directamente con una expresión inquebrantable—. Sé que sí.

—No sé ni qué pensar —admito agitando las manos porque empiezo a ponerme histérica. No. Ya estaba más que histérica hace una hora. Me estoy acercando a un estado al que no deseo llegar y que no quiero que vea.

—Es bastante simple, Chloe —afirma con un tono delicado—. No te creas las mentiras. Cree en mí. Cree en cómo te hago sentir. Créeme cuando te digo que te quiero.

Ay, Dios.

Siento como si el resto de mi vida se tambaleara en este momento. Y es demasiado. ¡Necesito un segundo, por Dios! Pero Boyd está ahí, esperando respuestas.

Lo llaman al móvil, un tono que reconozco. Es el que tiene asignado para el trabajo, el que siempre ha de contestar. Gruñe antes de contestar.

—Un segundo —murmura lacónicamente al teléfono antes de sostenerlo a un lado y tirar de mí hasta uno de los taburetes junto a la isla de la cocina. Pone un vaso de agua delante de mí y me dice que respire y que le dé un segundo. Acto seguido me da la espalda y empieza a ladrarle al teléfono.

Evidentemente, aprovecho ese momento para salir pitando de ahí.

Estoy temblando. El corazón me late desbocado y tengo la respiración pesada. Estoy sufriendo un ataque de pánico. Trago saliva con dificultad y me arden los ojos. Tengo la garganta cerrada mientras lucho contra las lágrimas que amenazan con caer, porque a mí un ataque de pánico también me hace llorar. Como si el resto no fuera lo bastante malo, la amenaza de las lágrimas siempre es el último elemento insultante. Odio la sensación de cuando estás a punto de llorar. Las lágrimas en sí no son tan malas como ese momento previo, cuando me empiezan a escocer los ojos y me avergüenza llorar, sumado a todo lo demás.

Sé que es probable que Boyd me siga y no quiero que me vea así. No quiero que nadie me vea así. Nunca. Han pasado años desde mi último ataque de pánico. Desde que me mudé a la residencia universitaria en mi primer año de carrera. Llegué unas horas antes que Everly y, después de que mi madre se

marchara, perdí el control. Everly todavía no estaba allí, yo estaba sola en un sitio nuevo a punto de empezar un nuevo capítulo y, no sé, sencillamente, perdí el control. Y es estúpido, ¿verdad? Estaba a punto de empezar la universidad con mi mejor amiga a mi lado. Una gran universidad a la que había querido ir, donde estaba encantada de estar y que me permitiría sobresalir académicamente. No había nada por lo que estar triste. No obstante, me senté en esa habitación, y sentí como si todo el oxígeno de la estancia hubiera desaparecido y como si las paredes se me estuvieran echando encima.

Me sentí sola, pese a que los pasillos estaban atestados de gente, justo al otro lado de mi puerta. Pero ¿de qué sirve eso cuando estás rodeada de gente que no te comprendería? ¿Que no te conoce de verdad? Puede que quisieran ayudar, o puede que pensarán que era una reina del dramatismo. Un desastre del que querrían alejarse durante el resto del año.

De modo que me concentré en el tablón de anuncios vacío encima de mi mesa y respiré. Inspiré y espiré hasta que me calmé. Y entonces, tranquilamente, deshice las maletas e hice la cama. Me retoqué el maquillaje y salí de la habitación para pasear, aunque todavía sentía un nudo en el pecho y los hombros pesados. Terminé en la biblioteca del campus, donde recorrí los pasillos de libros y luché contra los miedos que amenazaban con ahogarme, y me centré en lo afortunada que era por estar allí.

De modo que ahora hago lo que hice entonces. Me escondo.

Sé qué ruta esperará que coja y yo tomo la contraria. Salgo del edificio por una puerta lateral que no pasa por el vestíbulo y por la que no se puede acceder desde fuera. Camino los dos bloques hasta el Starbucks donde lo vi hace tantas semanas y me encierro en el baño.

Me inclino contra la puerta, me rodeo el cuerpo con las manos y me concentro en el secador de manos de la pared opuesta. «No vas a morir, Chloe. Solo respira. Se te pasará en unos minutos».

Espero que sí.

Capítulo 26

Chloe

—Me siento como una idiota.

Estoy en el piso de Everly, tumbada en su sofá tapada con una manta mientras ella habla conmigo para que me aleje del acantilado figurado en el que estoy asomada. He venido aquí directa desde el Starbucks, tras calmarme lo suficiente como para salir del baño.

—Eres la persona menos idiota que conozco —contesta Everly con una expresión sincera.

Estoy enamorada de Boyd.

Es aterrador.

Es emocionante.

—¿Fue tan aterrador para ti como lo es para mí? ¿Enamorarte de Sawyer?

—No, la verdad es que no. —Niega con la cabeza—. Seguro que algunas de mis preocupaciones eran las que tiene todo el mundo. Pero yo soy impulsiva. Tú eres más de pensar. Procesamos las cosas de forma distinta.

—¿No te dio un ataque de pánico y saliste huyendo? —pregunto con sarcasmo.

—No —responde, cavilando—. Ni siquiera aquella vez que se negó a acostarse conmigo.

—Fue en vuestra primera cita, Everly. Y sí que os acostasteis —le recuerdo. Lo sé porque me lo estuvo contando durante una semana entera.

—Uf. —Suelta una bocanada de aire—. Fueron unas horas duras. A propósito, ¿cómo es la FDP de Boyd? ¿Podemos hablar de eso? —Se inclina hacia adelante en el sofá y me mira con expectación.

—Eh, no. Me parece que no.

Se encoge de hombros, de buen humor, y luego vuelve a cambiar de tema para hablar de mí otra vez.

—Chloe, ¿por qué no me dijiste que tenías problemas de ansiedad? Sabes que nunca estoy demasiado ocupada para ti, no importa cuántos maridos o hijos tenga.

—Tienes un marido, cielo —dice Sawyer, que entra en la sala en ese momento.

—Aún eres el único hombre para mí, cariño.

—Llevamos casados tres meses, Everly. Más vale que aún sea el único hombre.

—Sawyer —suspira—. Estaba intentando tener un momento, ¿vale? Sígueme la corriente.

—La próxima vez, intenta esperar más de un día después de bajarte los mayores éxitos de Shania Twain a tu iPod. Te das cuenta de que las facturas me llegan al correo, ¿no?

—Eh... —Everly aparta la mirada y arruga la nariz—. ¿No?

—Esta semana has estado a tope con las baladas de amor de los noventa. Lo que es raro, porque no eres lo bastante mayor como para haberlas escuchado cuando esos CD salieron a la venta. —La mira con divertido interés.

—¿Qué es un CD? —Pestañea hacia Sawyer con teatralidad.

—Qué mona. Sigue así.

—La música de los noventa está de moda entre los jóvenes del milenio —asegura, encogiéndose de hombros—. Vi una entrada en un blog que hablaba del tema.

—No te preocupes, cielo. Venceremos las adversidades juntos. —Él guiña un ojo y ella frunce el ceño—. Aún eres la única con la que sueño —declara alzando la voz mientras va a la cocina a por una botella de agua.

—¿Ves? Ni siquiera me importa que hayas sacado eso de una canción. ¡Igualmente me ha hecho sentir cosas!

Desconecto de la conversación entre Everly y Sawyer y pienso en el día en que Boyd entró en el Starbucks y se entrometió en mi cita. ¿Qué habría hecho si se hubiera limitado a pedirme que fuera a esa boda con él? ¿Si no me hubiera

dicho que era un favor?

Habría ido. Lo habría hecho, creo. Tal vez. Habría querido. Sin duda habría querido. Pero me habría sentido intimidada y ansiosa. Un caso perdido. Un manojo de nervios que no habría parado de contar chistes. No habría sido yo misma. A ver, el caso perdido que cuenta chistes soy yo, pero no es mi mejor faceta.

¿O habría dicho que no? ¿Habría desviado su interés solo para evitarme la ansiedad de una cita con Boyd? No hay duda de que habría dicho que no de haber sabido que era un viaje de dos noches. ¿Y si hubiera tenido tiempo para pensar en ello con antelación? Ni de broma. Me habría pasado dos semanas preocupada por ello. Me habría imaginado diez formas distintas de avergonzarme a mí misma. Me habría alterado yo sola por situaciones que podrían suceder, o no. La ansiedad me habría asfixiado.

Y él lo sabía. Vio lo que mi cita desastrosa y yo contando chistes significaba en realidad: ansiedad social. Y se le ocurrió un modo para que nos pudiéramos conocer de una forma que a mí me viniera bien. Ha llevado a cabo todo este cortejo centrándose en mis necesidades. Y si eso no es amor, entonces, no sé lo que es.

Y, de pronto, caigo en ello como si un montón de ladrillos se derrumbaran sobre mí. Lo que es una analogía estúpida, porque si un montón de ladrillos te golpeará, dolerá. Mmm, puede que la analogía sí que funcione, porque la idea de pasar otro segundo sin decirle a Boyd que le quiero sí que duele. Aunque algo pudiera ir mal entre nosotros, eso es mejor que estar sin él. Todos los miedos, todos y cada uno de ellos... ya los afrontaré. Boyd es el único. El único hombre para mí. Y nada más importa.

—Espera, ¿qué pasa? —pregunta Everly mientras meto las manos en la chaqueta—. ¿A dónde vas?

—A casa de Boyd. Le quiero, soy una idiota y tengo que hablar con él. —La mano me tiembla cuando meto el móvil en el bolsillo, pero no me dejo vencer por el miedo. Confío en el amor.

—Chloe, espera. ¡Necesitas un plan! —Everly salta del sofá y me sigue hasta la puerta—. Por ejemplo... te lo llevas a Las Vegas y os fugáis. —Da una palmada, maravillada, y sus ojos centellean.

Me río mientras mi bolso oscila en mi hombro.

—Gracias, pero eso me parece un tanto dramático. Voy a hacerlo simple: le diré que le quiero.

—Eso también es un buen plan. —La expresión de la cara se le suaviza y me rodea con los brazos—. Ya lo tienes, amiga.

Al irme, me da un azote en el culo acompañado del comentario:

—¡Ve por él, tigresa!

Yo niego con la cabeza y me río, luego agito una mano y la puerta se cierra.

Capítulo 27

Chloe

Cuando salgo de la casa de Everly, casi choco contra Boyd, que está apoyado en su coche, aparcado en la curva.

—Boyd, iba a... —Hago una pausa, me pregunto qué estará pensando y por dónde debería empezar—. Iba a volver a tu casa.

—No hace falta. He venido a buscarte —replica. Tiene una postura relajada, con las manos en los bolsillos, pero muestra una expresión tensa en los ojos—. No contestabas al móvil.

—Lo siento, lo he puesto en silencio durante la comida este mediodía, lleva todo el día en mi bolso. —Hoy lo estoy fastidiando todo—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Primero llamé a Sophie, quien, por cierto, quiere emparejarnos. —La comisura de sus labios se curva—. Luego ella llamó a Everly y se enteró que ibas de camino a su casa, así que vine hacia aquí.

—Vaya. Debo de gustarte mucho. —No puedo evitar sonreír ligeramente.

—¿Por qué lo dices?

—Ahora vas a tener que vivir con el hecho de que Everly tiene tu número.

—He imaginado que tendría que cambiármelo.

Me río y después respiro hondo. Allá vamos.

—Necesito un favor.

—¿Cuál?

—Tengo que contarte un chiste.

—Vale. —Inclina la cabeza con una medio sonrisa, pero la preocupación ha abandonado sus ojos.

—Toc, toc.

—¿Quién es?

—Yo también.

—¿Yo también qué?

—Yo también te quiero. —Y entonces empiezo a reírme—. ¡Qué malo! —exclamo—. ¡Ha sido malísimo! —Me río con tantas ganas que se me saltan las lágrimas—. ¿Cómo me has aguantado tanto tiempo?

—Porque te quiero —contesta, y yo me abrazo a él mientras me rodea con los brazos—. Pero es verdad que ha sido malo. —Su agarre se afloja—. Espera un segundo, que quiero mandármelo por mensaje para poder recordarlo siempre.

—Para. Estaba practicando. Deja que lo haga otra vez.

—Vale. —La sonrisa se le extiende a los ojos esta vez.

—Boyd Gallagher, te quiero.

Ambos nos miramos fijamente un rato más, y entonces sonrío.

—No sé, puede que prefiera la primera. La primera opción era perfecta para ti.

—Puedes quedarte con las dos.

—Hecho.

Epílogo

Chloe

Ser maestra tiene sus ventajas. Dos semanas libres en Navidad es una de ellas. Dos semanas que voy a aprovechar al máximo de vacaciones en Vail con mi novio. Sí, aún bailo de alegría levantando las manos cuando pienso en que Boyd es mi novio. Pero solo en mi cabeza. He dejado de hacerlo delante de la gente. La mayoría de las veces.

Por un momento, me sentí culpable por no ir a casa en Navidad, pero ya lo he superado. Boyd conoció a mi madre en Acción de Gracias, y cenamos con mi padre el siguiente fin de semana, de modo que creo que me he encargado de cualquier responsabilidad que tuviera al respecto. Supongo que no pasa nada por ser un poco egoísta y querer pasar las vacaciones en un refugio de nieve con mi novio. ¿Cuántas ocasiones tendremos de pasar dos semanas enteras juntos, tomando chocolate caliente y acurrucándonos junto al fuego? ¿Nosotros dos a solas?

—Cariño, ¿por qué haces ese baile raro?

—Por nada en especial —respondo, y bajo los brazos.

—¿En serio? —Boyd me enseña una sonrisita arrogante—. ¿En qué pensabas?

—Si quieres saberlo, es mi baile del avión de la empresa de golosinas. —No lo es. Es mi baile del novio. Una mentirijilla de nada nunca ha hecho daño a nadie.

—¿Tu baile del avión de la empresa de golosinas?

—Exacto —digo con firmeza—. Es que el avión de la empresa me gusta muchísimo —añado, y me dejo caer en su regazo. Ahora mismo estamos en el avión, en algún punto por encima de Nebraska. Llegaremos a Vail en un par de horas, más o menos.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí. Es tan erótico y está tan bien equipado... —ronroneo en su oreja—. Y es grande. Mucho más grande de lo que me esperaba. —Deslizo una mano hacia su nuca y le froto la piel. Me encanta tocarlo—. Y, a ver, a nadie le gusta verse atrapado en un avión comercial en el asiento del medio, en dirección suroeste —termino con una risita.

—Sabía exactamente a dónde querías ir a parar con eso —afirma, y mete los dedos bajo la camisa por mi espalda y me acaricia ligeramente la columna.

—Siempre lo sabes —afirmo, mientras apoyo la frente contra la suya. Él siempre me está tocando también, y me encanta. Oficialmente, soy del equipo sobón. Del equipo de las muestras de afecto en público. Del equipo de los que practican sexo en las alturas. Del equipo Boyd. Pero no soy del equipo de deportes de invierno, lo que me recuerda—: Eres consciente de que no sé esquiar, ¿verdad?

—Yo te enseño. —Los ojos se le iluminan cuando sonrío de esta forma y brillan con promesas tácitas.

—Sí que tienes un pequeño fetiche con la figura del profesor, ¿no? —Le devuelvo la sonrisa, y me pego más a su pecho—. Te encanta enseñarme cosas nuevas. Cosas sucias. —Me froto contra él y me pregunto exactamente cuánto falta para llegar. No estoy segura de poder esperar.

—Solo a ti. —Me mordisquea el lóbulo de la oreja, que siempre afecta directamente a mi clítoris.

—¿Crees que los pilotos necesitarán ir al baño, o pillarse una cosa de comer o algo?

—Quién sabe —replica, al parecer, indiferente.

¿En serio no lo pilla?

—Boyd. —Yo suspiro y, tras apoyar una mano en su pecho, me separo unos centímetros y abro los ojos de manera provocativa.

—Chica segura, ¿sugieres que lo hagamos en el avión? ¿De verdad crees que es seguro que nos desabrochemos el cinturón mientras volamos?

—Eh... —Ah. Boyd está relajado en su asiento, como si no tuviera la intención de aceptar mi oferta ilícita a bordo. Tiene las piernas despatarradas

debajo de mí y su nuca descansa en el reposacabezas detrás de él—. Bueno, estoy dispuesta a arriesgarme. —Me encojo de hombros—. Quítate los pantalones.

Un par de horas más tarde, aterrizamos en el aeropuerto regional. Volvemos a hacer una parada en el Red Canyon Cafe para desayunar de camino a Vail. Esta vez nieva, por lo que el viaje se nos está haciendo más lento, pero no tenemos prisa. Conseguimos una mesa junto a la ventana en la cafetería y, después de pedir, nos acomodamos para contemplar la nevada. Es mágico. Todo: la nieve, la ubicación, estar enamorada, la vida.

He encontrado una fantástica terapeuta y estoy aprendiendo cómo llevar mejor mi ansiedad para que no me controle. Porque la vida está llena de estrés, incluso estrés del bueno. Compromisos, bodas, bebés, nuevos hogares. Todos esos eventos son emocionantes, pero siguen siendo agobiantes. Y sé que todo eso forma parte de mi futuro con Boyd. Y sé que nunca voy a adaptarme a los cambios como los demás, y no pasa nada, porque Boyd me entiende y sabe que necesito un minuto (o una hora) para adaptarme. Y me ama lo suficiente como para dármele sin juzgarme.

He tenido que trabajar en lo de sentirme culpable por mi ansiedad, culpable por ponerme ansiosa por cosas que me estresan. Algunas de las mejores cosas de la vida son estresantes. Estar ansiosa por ellas no significa que no esté agradecida por experimentarlas: solo es parte de quién soy y de cómo proceso las cosas. Saber que Boyd no me juzga me ayuda con la ansiedad. Muchísimo. Saber, sin asomo de dudas, que está de mi lado, lo es todo para mí.

—¿Cuál es el postre favorito de los muñecos de nieve? —Oculto mi sonrisa detrás de la taza de café.

—Un momento, ¿estás nerviosa por algún motivo, o recreamos nuestro primer viaje aquí?

Bajo la taza y me echo a reír.

—Lo recreamos.

—Vale, ¿cuál es el postre favorito de los muñecos de nieve?

—¡El helado! —Me río—. Ese lo aprendí ayer en clase.

—Está bien —dice—. ¿Qué cae en invierno pero nunca se hace daño?

—Boyd Gallagher, ¿me estás contando un chiste?

—Sí. —Esboza una sonrisita.

Me quiere de verdad.

—¿Los pingüinos?

Niega con la cabeza.

—¿Los osos polares?

—La nieve. La nieve cae en invierno y nunca se hace daño.

—Muy bueno.

—Gracias.

Me dirige una sonrisa perezosa que me afecta demasiado y estoy desesperada por llegar al hotel. Y cuando me como el desayuno un poco más deprisa de lo normal, se limita a ladear la cabeza con una expresión de diversión.

Paramos junto al aparcacoches del Arrabelle poco después, y me entusiasma ver que nos alojaremos en el mismo hotel que la última vez. Otro recuerdo divertido que repetir.

Salvo que, esta vez, nos saltamos el registro y vamos directamente a los ascensores. Qué raro. Pero tampoco recuerdo que nos registrara la última vez. Me dejó en el spa e hizo el papeleo después. Creo.

—¿Es posible registrarse con antelación en este hotel? —pregunto mientras el ascensor sube—. ¿Cómo has conseguido la llave? —El ascensor se detiene y Boyd sostiene la puerta abierta mientras yo salgo, luego vamos hacia la izquierda.

—La verdad es que soy propietario de un apartamento

—admite como si nada mientras inserta la llave en la cerradura y la gira.

Un momento.

—¿Cómo que eres propietario de una unidad?

—El Arrabelle es mitad apartamentos, mitad hotel —explica como si esto fuera a evitar que hiciera más preguntas. No es así. La puerta se abre y mis sospechas se confirman. El sitio es enorme. La vista es impresionante y todo eso. Pero lo que ahora mismo me interesa de verdad son los dormitorios. O sea, en plural.

—Si esto es tuyo, ¿por qué no nos alojamos aquí la última vez? ¿Por qué pagaste una habitación de hotel en el mismo edificio donde tienes un apartamento?

—Chloe —dice al cerrar la puerta—. Creo que eso es evidente.

—Dilo.

—Aquí hay demasiados dormitorios. —Ni siquiera es capaz de fingir; está sonriendo.

—¡Mentiroso! ¡Trolero! ¡Embustero! —Lo señalo con el dedo—. ¡Dijiste que esa habitación en la que nos alojamos era la única que les quedaba!

—¿Eso dije?

—¡La habitación con una única cama!

—Mmm. —Asiente—. Técnicamente, puede que fuera la única habitación que les quedara libre. No estoy seguro, yo les pedí que me reservaran una habitación con una sola cama.

Jadeo teatralmente al tiempo que lucho por evitar un ataque de risa.

—No creo que en ningún momento dijera: «Chloe, no soy el propietario de ningún apartamento vacío en el quinto piso» —señala.

—Bueno, eso es cierto. —Me encojo de hombros—. Ahí me has pillado.

—Bien, entonces, ¿podemos pasar a algo de lo que te has olvidado?

—¿Qué me he olvidado? —pregunto, genuinamente confusa.

—El fetiche que tienes con las esposas —replica con solemnidad.

—¿El fetiche que tengo con las esposas? —pregunto; pero sí, por favor.

Asiente.

—Creo que ambos sabemos lo dispuesta que estabas a que te pusiera las esposas el día en que nos conocimos.

Ha salvado la distancia entre nosotros y me recorre el brazo ligeramente con los dedos hasta llegar a la muñeca. Esto hace que sienta un hormigueo de emoción, por todas partes.

—Por favor, dime que esta conversación termina contigo diciendo que has traído unas esposas. —El pulso se me está acelerando solo de pensarlo. Espero que no me esté tomando el pelo, porque nos quedaremos aquí dos semanas y no creo que vendan esposas en la tienda de la estación de esquí—. Unas de verdad —añado.

—Chloe, claro que son de verdad. Créeme.

Ah, lo hago.

Agradecimientos

Pues se ha terminado. Hace poco más de un año publiqué *El chico equivocado*, sin un plan a largo plazo. Simplemente sentí la necesidad de escribir la historia de una chica y su ginecólogo, de modo que lo hice. Nunca había escrito nada y no estaba segura de si volvería a hacerlo, pero entonces a la gente le gustó *El chico equivocado*. Podría pasarme páginas hablando de lo que se siente, pero probablemente ya estéis hartas de oírlo (es como un ramo de felicidad, gratitud, unicornios y un gatito naranja). Pero *El chico de mi vida* es el final de la serie de *Los chicos*. Aunque nunca la he clasificado como serie, puesto que todos los considero libros autoconclusivos sobre cuatro parejas distintas que se cruzan en la vida de las demás. Las líneas temporales de *El chico equivocado*, *El chico perfecto* y *El chico de una noche* tienen lugar durante el mismo período tiempo. El único que se diferencia un poco es *El chico de mi vida*, porque los personajes previos están viviendo su final feliz durante la línea temporal de *El chico de mi vida*, y no hay continuidad de una única trama en los libros.

Chloe. Ah, que nerviosa me ponía. Me pone nerviosa, ya que tengo que escribir esta nota antes de que se publique *El chico de mi vida*. ¿La aceptaréis? ¿La entenderéis? ¿Es Boyd demasiado perfecto? ¿Me odiaréis por haceros esperar en torno a un 50 o 60 % del libro para el sexo? (Es difícil de decir en este momento, puesto que en libro lector digital el porcentaje cambiará, ¡pero sé que tarda mucho en llegar!). Eso me dio problemas. Tuve más de una conversación con mi mejor amiga Kristi al respecto...

—Kristi, el sexo está tardando una eternidad en llegar. Me parece que no puedo

poner una escena de sexo hasta... por lo menos hasta la mitad del libro —le digo, escuchando nerviosa el silencio al otro lado de la línea.

—¿En serio?

—¡Ya lo sé!

—¡Tú eres la que se cabrea cuando te hacen esperar más de un 30 %!

—¡Ya lo sé! —admito, tristemente. En realidad, eso pasa si me hacen esperar más de un 25 %, pero esa corrección no me ayuda, así que me lo guardo para mí misma—. Es que... no me obligues a decirlo.

—¿Qué?

—Sencillamente no tenía sentido en esta historia, ¿vale? Es que Chloe es... no hay forma razonable de que esta chica se acueste con Boyd antes.

—Ya —murmura Kristi—. Vale, bueno, estás rompiendo tu propia regla.

—Lo sé. Yo también quiero darme un puñetazo en la cara.

Así que pido disculpas por la gratificación sexual tardía de *El chico de mi vida*. Y espero que pudierais entender a Chloe, incluso si no os sentís identificadas con los problemas derivados de la ansiedad.

¿Qué es lo próximo? Tengo una idea que lleva rondándome en la cabeza el último año y otra idea que se me ocurrió hace solo dos semanas. Y eso es lo único que puedo decir al respecto por ahora. A

Os agradezco muchísimo vuestro apoyo y vuestros ánimos. Cada vez que alguien me ofrece unas horas de su tiempo para leer mi trabajo, me explota la mente. GRACIAS. Cada vez que corréis la voz por una nueva publicación, compartís una publicación, le dais a *like*, dejáis una reseña o le decís a una amiga que os gustó un libro mío, es muy importante. Importantísimo. No podría hacer esto sin vosotras.

Kristi, ¡gracias por ser siempre la primera!

Franziska, gracias por interesarte tanto como para preguntarme constantemente si había terminado *El chico de mi vida*. :)

Chelcie, gracias por las historias fantabulosas...

Os hago la petición desvergonzada de que os unáis a mi boletín informativo, del

que recibiréis notificaciones de nuevas publicaciones, ofertas especiales, firmas y cualquier otra cosa divertida que se me ocurra.

He empezado un grupo de lectores en Facebook. Se llama Grind Me Cafe (Estimúlame) en honor a la cafetería donde empezó la saga. Ahí publico avances y sorteos, de modo que, si estáis interesadas, ¡uníos! Grupo de Facebook: bit.ly/2eXkdpA

Gracias,
Jana

Serie Los chicos 1



El
chico
equivocado

JANA ASTON

SERIE LOS CHICOS I

CHIC 

Serie Los chicos 2



el
chico
perfecto

JANA ASTON

SERIE LOS CHICOS 2

CHIC 

Serie Los chicos 2.5



El
chico
de una noche

JANA ASTON

SERIE LOS CHICOS 2.5

CHIC 

Sobre la autora



Jana Aston es de Nueva York y renunció a su aburrido trabajo como teleoperadora para dedicarse a escribir. Tiene la esperanza de que no haya sido una idea del todo estúpida. En su defensa, hay que decir que era realmente muy aburrido.

Quien la animó a escribir este libro fue la autora J.A. Huss, de quien Jana fue asistente durante más de un año.

Con la publicación de *El chico equivocado* y *El chico perfecto* llegó a las listas de más vendidos de *The New York Times*.

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que
hayas disfrutado de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

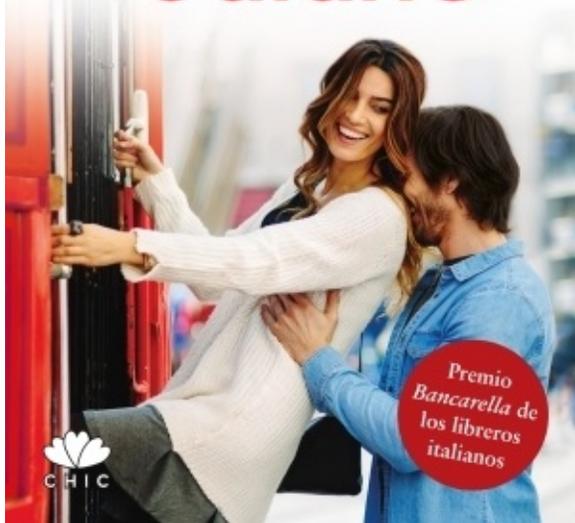
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.Elizabeth ha perdido a su marido.Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.Necesitan recordar lo que se siente al querer.Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos"Nos lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar."New adult addiction"Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros."Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librerios italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

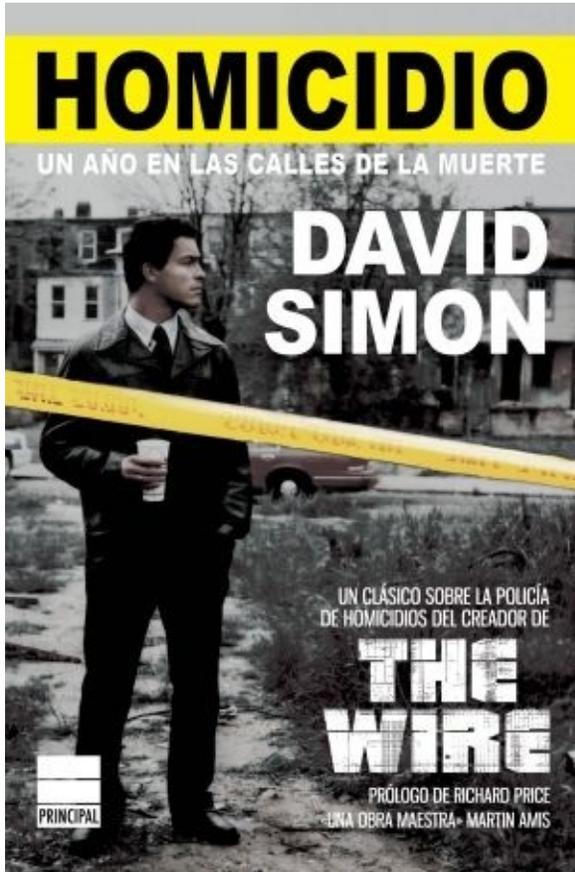
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
UNA OBRA MAESTRA • MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

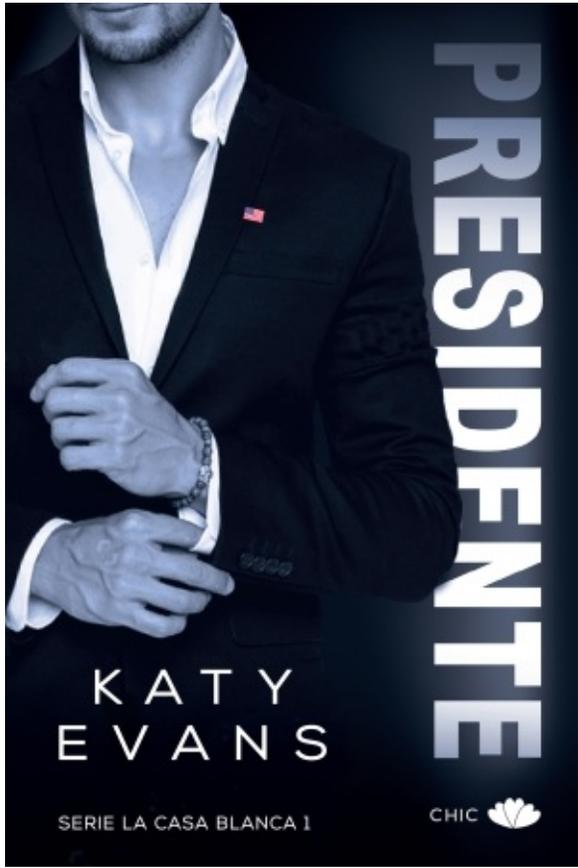
9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



PRESIDENTE

KATY
EVANS

SERIE LA CASA BLANCA 1

CHIC 

Presidente

Evans, Katy

9788416223893

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sube la temperatura en la campaña electoral de Estados Unidos Charlotte conoció a Matt cuando era una niña y se enamoró platónicamente de él. Ahora, diez años después, Matt quiere ser el próximo presidente del país y Charlotte trabaja para él en la campaña. ¿Podrán evitar que su atracción ponga en peligro ganar las elecciones y llegar a la Casa Blanca? "Presidente de Katy Evans me conquistó desde la primera página. Devastadoramente sexy, desgarrador en su honestidad y con una trama magníficamente poética. Totalmente recomendable." AUDREY CARLAN, autora de Calendar Girl "¡Necesitamos más libros como este! Inteligente, intenso, prohibido, caliente y provocador. Katy Evans ha convertido la política en algo sexy y atractivo." PENELOPE DOUGLAS, autora best seller del New York Times y el USA Today "Katy Evans siempre crea personajes que te dejan sin respirar, y se ha superado con Matthew Hamilton." CD REISS, autora best seller del USA Today "¡La química entre Matt y Charlotte es tan explosiva que me pareció que mi Kindle iba a incendiarse en cualquier momento! ¡No podía dejar de leerlo y estoy deseando que llegue la segunda parte!" HARPER SLOAN, autora best seller del New York Times y el USA Today "¡La política nunca había sido tan sexy!" KIM KARR, autora best seller del New York Times y el USA Today "Katy Evans hace subir la temperatura en Washington DC en esta novela de lectura obligada. Atractivo, encantador y oh, muy sexy, ¡Matt Hamilton puede contar con mi voto!" JENN WATSON, Social Butterfly "No podía dejar de leer. Sexy y con mucho ritmo,

Presidente tiene todos los elementos que adoro de Katy Evans." R.S. GREY,
autora best seller del USA Today

[Cómpralo y empieza a leer](#)